

ESTUDIOS

filosofía/historia/letras

ITAM

12

E. SUBIRATS *La cultura como obra de arte total*
A. PEREIRA *Roland Barthes: los incidentes del deseo*
B. URÍAS *El Ateneo Mexicano*

Y. KARIAKIN *Una humanidad mortal*
J. L. ABELLÁN *José Gaos*

C. REVERTE *El "Ciego de la Merced"*

R. ARON *Política, radio y televisión*

INSTITUTO TECNOLÓGICO AUTÓNOMO DE MÉXICO

primavera 1988

ESTUDIOS

filosofía / historia / letras

12

DEPARTAMENTO ACADÉMICO DE ESTUDIOS GENERALES



ESTUDIOS

filosofía / historia / letras

Publicación trimestral del Departamento Académico de Estudios
Generales del Instituto Tecnológico Autónomo de México

12

primavera 1988

Rector: Javier Beristain

Jefe del Departamento Académico: Rodolfo Vázquez

Director: Julián Meza

Subdirector: Armando Pereira

Consejo editorial: Margarita Aguilera, Luis Astey, José Ramón Benito, Carlos de la Isla, Paulette Dieterlen, Antonio Díez, Luz Elena Gutiérrez de Velasco, Carlos Mc Cadden, Franz Oberarzbacher, Jorge Serrano, Julia Sierra, Reynaldo Sordo, Ramón Zorrilla

Jefe de redacción: Alberto Sauret

ESTUDIOS aparece en febrero, mayo, agosto y noviembre.

Los artículos firmados son responsabilidad de sus autores.

Precio del ejemplar: \$3 000 M.N. D.F. Extranjero: 8 dls. U.S.A.

Suscripción anual (4 números): \$12 000 M.N. D.F.,

\$15 000 M.N. interior de la República, 30 dls. U.S.A.

Correspondencia:

Departamento Académico de Estudios Generales
Instituto Tecnológico Autónomo de México
Río Hondo 1, San Ángel
01000 México, D.F.
Tels. 550-93-00 ext. 320 y 328

© Instituto Tecnológico Autónomo de México (ITAM)

ISSN 0185-6383

Diseño: J.R. Anaya Rosique

Distribución: Difesa (locales cerrados e interior de la República)

Amado Paniagua 47-bis, Col. Moctezuma

15500 México, D.F. Tels: 784-66-96 784-67-22 762-28-13

Promoción y publicidad: Carlos Francesconi

Administración: Margarita Aguilera, María Elena Trejo

Tipografía en láser y formación: Promociones Azanca S.A.

Madero 12, Centro

Negativos, impresión y acabados: Cuicatl Ediciones

Gral. Gómez Pedraza núm. 13

Col. San Miguel Chapultepec, C.P. 11850. México, D.F.

Índice

TEXTOS

Eduardo Subirats
La cultura como obra de arte total 7

Armando Pereira
Roland Barthes: los incidentes del deseo 19

Beatriz Urías
*Educación para la democracia:
El Ateneo Mexicano (1840-1851)* 29

Coloquios y conferencias

Yuri Kariakin
Una humanidad mortal 53

José Luis Abellán
José Gaos y el fundamento filosófico de la historia de las ideas 61

Dossier

Concepción Reverté
*Un poeta virreinal peruano: Fray Francisco del Castillo,
"el Ciego de la Merced"* 69

Traducciones

Raymond Aron
La significación política de la radio y la televisión 89

NOTAS

Carlos Blas Galindo
Nacionalismo y neonacionalismo 111

Jaime Castañeda
Sobre la novela policiaca 116

RESEÑAS

Jan Patula
Mijail Gorbachov, Perestroika. Nuevas ideas para mi país y para el mundo 129

Manuel Olimón
Coloquios y doctrina cristiana 135

Miguel León-Portilla, Los franciscanos vistos por el hombre náhuatl 138

EDUARDO SUBIRATS

La cultura como obra de arte total*

LA ANALOGÍA entre la obra artística y la producción tecno-científica del mundo como simulacro pone de manifiesto todavía otros aspectos importantes de la cultura moderna. Al fin y al cabo, el simulacro no solamente es heredero de la dimensión ontológica de la obra de arte, su consitución como una realidad autónoma más consistente e intensamente real que la realidad misma. Es también una obra de arte en cuanto al proceso de su formación, así como de su significado social. Que el mundo se convierte en simulacro medial o tecno-científico, quiere decir que la realidad del mundo objetivo, tal como la experimentamos a la vez subjetiva y colectivamente, ha sido creada, compuesta o programada como una gran obra de arte colectiva, absoluta y universal: una obra de arte total.

Pero quizás sea más ilustrativa, a este respecto, una experiencia, más ligada aparentemente a las técnicas modernas de psicoterapia que al arte dramático, que comenzar este capítulo con la propia teoría de la ópera total de Wagner. El psiquiatra austríaco Moreno cuenta, en alguno de sus tratados de psicología, una interesante experiencia de psicoterapia colectiva. Su escenario real tuvo lugar en la ciudad de Viena, los días que siguieron a la Primera Guerra Mundial. En su informe, el científico destaca un hecho fundamental: los moradores de la ciudad estaban espiritualmente extenuados y el orden social se encontraba arruinado.

En este marco social, conflictivo y problemático, Moreno ingenió una situación particular. Alquiló un teatro metropolitano, y tal fecha y tal hora convocó en él a un nutrido público de cono-

* Capítulo III de la obra *La cultura como espectáculo*, de próxima aparición en Editorial Anthropos, Barcelona.

cidos y curiosos. En el teatro en cuestión no había, sin embargo, nada que representar. El escenario estaba solemnemente vacío. El propio Moreno, que hacía las veces de director de la insólita escena, no sabía a ciencia cierta lo que podía esperar de su experimento, ni del inquieto público.

Por lo demás, su intervención fue mínima. Dispuso un improvisado trono en el centro del tablado y, mediando muy pocas explicaciones, invitó a la audiencia a que ascendiese al escenario, tomara por momentos posesión de aquel trono y, desde sus alturas, dispusiera como un monarca imaginario de los destinos de la ciudad. Podemos representarnos el sentimiento de estupefacción que debió apoderarse de la audiencia, la cual no debía estar acostumbrada en aquellos tiempos a semejantes experiencias de un teatro vanguardista. Pero cabe suponer que, unos primero, luego otros, todos fueron cediendo paulatinamente a la real tentación de aquel poder imaginario.

Muchos se sentaron en el trono de monarca recitante y, durante algunos minutos, cada cual soñaba despierto su nuevo papel trascendental, lo mismo que en los Autos del barroco español. Pero bastaba aquel abrir y cerrar de ojos para que la pequeña representación derivase en gran espectáculo. En instantes, el ciudadano particular se sentía crecer como tribuno despótico, monarca omnisciente o legislador absoluto. Como tal, disponía cambios institucionales, decretaba leyes, ordenaba trabajos, organizaba el orden y la vida de la comunidad. La reacción del público convertido en vasallos, tampoco se hacía esperar. Vociferaban unos, protestaban otros, aclamaban unos terceros, y todo debía respirar a pasiones encendidas, conflictos y descontento. Al cabo de la función los monarcas de la imaginación se desengañaban de su empeño, lo mismo que el Segismundo de Calderón. Y la audiencia, de acuerdo con el testimonio de Moreno, aprendió de la improvisada representación que el mundo, al fin y al cabo, no se podía gobernar.

Tan bella anécdota resulta edificante desde una cierta perspectiva moral. Desde el punto de vista del simulacro muestra, sin embargo, un nexo más elemental. El drama de Moreno es una duplicación escénica que, por lo demás, su teoría del psicodrama no permite definir solamente como obra de la espontaneidad colectiva. Luego, a lo largo de su representación, el sujeto colectivo contempla su propia realidad existencial o social a través de su

identificación con el espectáculo. Ya no son, al final de la función, hombres y mujeres derrotados por la barbarie, los engaños de la política y la desesperación social. Son los propios espectadores de esta realidad, y han aprendido que no existe otro destino que el de aquella deprimente representación de su nulidad.

Luego, Moreno trasplantó este modelo fundamental a cualesquiera situaciones críticas de la vida real: en los conflictos familiares o laborales, en la escuela y en el manicomio. Su fundamental función terapéutica, por cierto, tiene que ver también con el significado emocional del simulacro medial. Moreno lo llama catarsis. Podría confundirse este concepto con su valor estético en la tragedia clásica, como lo quería el psiquiatra. Su significado, sin embargo, esta desposeído de la dimensión estética de la experiencia humana de lo real. Catarsis significa, en el contexto del psicodrama, la neutralización emocional de una situación real a partir de su duplicación en el simulacro dramático, y de la nueva identidad subjetiva, esto es espectacular, que de aquella situación dramática se desprende. Y aunque en la práctica las situaciones ideales elegidas para estos experimentos provenían de conflictos concretos, su modelo funcional es asimismo hábil para cualquier experiencia humana de placer, belleza o felicidad. La reduplicación artificial, técnicamente concertada, de la vida, y la relación del sujeto individual respecto a ello como espectador de su propia réplica escénica, permitía crear las condiciones de la neutralización espectacular de sus intensidades emocionales, la igualación fantasmal de todos los contenidos, diferencias y conflictos de una situación real, y asumir su propia transustanciación en espectáculo como su liberación efectiva.

Por lo demás, Moreno figura como uno de los padres de la moderna psicología del "rol". Resulta curioso leer en las páginas de este científico la ingenuidad genial de su descubrimiento: trasladar un concepto elemental proveniente del teatro, la representación del papel, a una categoría nuclear de la psicología científica. Bajo el concepto de "rol" la moderna psicología cierra la concepción del alma humana como la representación dramática de un sujeto individual en la unidad trascendental del Yo con las normas culturalmente definidas de la acción social. Es la concepción del sujeto como simulacro, el cual es definido a su vez terapéuticamente como liberación acabada de sus tensiones

históricas, sociales y espirituales en el escenario normalizado de la sesión psicodramática.

Con anterioridad a que esta técnica de la liberación humana fuera inventada, la teoría crítica había descubierto, sin embargo, su pequeño secreto. No me parece por eso innecesario citar, aunque sólo sea brevemente, el recuerdo de los más bellos pasajes analíticos que Simmel hizo de las formas de vida cotidiana en la moderna metrópolis industrial. Allí la infinita multiplicación de los contactos humanos, su anonimidad, la complejidad de las relaciones sociales, los rigores de la competitividad entre las personas, y el principio formal de eficiencia económica o técnica, obligan a una racionalización de la conducta, a una definición precisa y calculada de las formas de presentación de la persona, y a un principio de economía de los intercambios emocionales. El hombre metropolitano tiene que controlar su interacción social como el actor que interpreta su personaje, porque de la eficacia técnica de su escenificación depende también el equilibrio de su economía emocional, su funcionalidad social y la preservación de su identidad. La relación ética, o incluso los vínculos estéticos de cordialidad, o la propia estructura de un reconocimiento entero resultan, cuando menos, aventuras peligrosas en este universo urbano, y en su lugar, el hombre moderno se reduplica como el espectáculo de sí mismo, que organiza y desenvuelve, a su vez, con arreglo al mismo principio de fría calculabilidad y de racionalidad formal con que resuelve sus negocios. Y no es ininteresante subrayar en este contexto que el propio Simmel desentraña esta reproducción del Yo como simulacro social como la consecuencia lógica de la determinación espectacular de la existencia bajo el principio constitutivo del dinero. El hombre moderno de las metrópolis industriales es definido por ello como personalidad sin carácter, como un yo vacío, como la pura sustancia cerebral o el principio trascendental de la organización abstracta del mundo bajo el principio de su reducción monetaria al cálculo: como un simulacro del simulacro.

Pero la duplicación psicodramática de la persona sólo muestra un lado de la producción de la cultura como simulacro: sólo su necesidad subjetiva, así como el papel terapéutico, o en un sentido más estricto, neutralizador e igualador que entraña sobre la realidad alienada de la existencia individual y su acción social. La producción del simulacro tecno-cultural parte, al mismo

tiempo, de una perspectiva global sobre la sociedad moderna, sobre su realidad alienada o escindida, y el proyecto artístico de su superación a través de su reduplicación en la obra de arte total.

La idea elemental de la obra de arte total ya se configuró en la ópera wagneriana como una tentativa de superación de la especialización y división de las artes, de la separación entre la provincia de lo estético y la existencia real, y como una crítica de los valores alienantes de la reproducción industrial. Algo muy esencial de aquella concepción romántica de la sociedad y de la vida como una creación poética subyace a esta utopía social de la ópera moderna. La teoría schilleriana de la educación estética, la utopía del papel civilizador del arte debida a Schinkel, la idea que Herder y Hegel desarrollaron de la formación cultural como una creación artística, la propia concepción de los orígenes de la historia en la poesía que distinguió la filosofía de Vico, renacía en la resacralización wagneriana de la ópera como espectáculo integrador de todas las artes y de la propia historia de la civilización en ellas.

Pero el ideal de la obra de arte total no había de echar firmes raíces en el suelo europea hasta la crisis social en torno a la Primera Guerra Mundial. El desarrollo de las metrópolis industriales había borrado en cierta manera del panorama cultural de comienzos del siglo XX el ideal romántico y revolucionario de una formación artística de la sociedad y el individuo. Los pioneros de la arquitectura moderna, como Taut, Gropius o Le Corbusier, coincidían en sus pronósticos negativos sobre los conflictos sociales del industrialismo, la desolación material y estética de las ciudades, la liquidación de los valores éticos y religiosos de las comunidades históricas, y en ocasiones arrojaron las visiones más pesimistas sobre los páramos industriales de la alienación y la miseria social. Taut describió, lo mismo que Kandinsky, bellas alegorías apocalípticas con el final de la metrópolis por tema literario de fondo. Le Corbusier llama la atención sobre los peligros de un colapso social, psicológico y económico que la evolución desenfrenada y caótica del industrialismo señalaban para el futuro de las ciudades modernas y su cultura. Gropius definió las metrópolis industriales como infiernos de asfalto y cemento. Fritz Lang y Georg Kaiser estilizaron poéticamente las visiones angustiantes de magalópolis apocalípticas.

Las experiencias revolucionarias del arte moderno, desde Ruskin hasta el Bauhaus, y no en último lugar bajo el tenor espiritualista que distinguió la vanguardia expresionista, retomaron, frente a las visiones del ocaso de la civilización, aquel ideal a la vez social y estético bajo una figura más idónea con respecto a las exigencias sociales, y a las posibilidades económicas y tecnológicas de la sociedad industrial. La utopía romántica de la obra de arte total aportaba para los experimentos innovadores del nuevo arte y el nuevo estilo una alternativa programática eficaz. Primero en cuanto que una concepción global del arte capaz de integrar los conflictos de la sociedad y de configurar soluciones asimismo sociales al unísono con los impulsos revolucionarios de entreguerras. En segundo lugar como una concepción de la forma, del estilo y de la propia configuración social capaz de superar la división y especialización de las artes que a la postre las condenaba a un estéril esteticismo. Por último, en la medida en que era capaz de articular esta síntesis artística y social con las capacidades tecnológicas del industrialismo moderno.

Artistas del período expresionista, como Taut y Poelzig, formularon la conciencia de esta crisis y su necesaria solución artística con el espíritu más radical: sólo esta integración global de las artes permitía una esperanza histórica más allá de los signos de decadencia cultural y la barbarie del maquinismo industrial.

La utopía revolucionaria de una obra de arte total sufrió, sin embargo, a lo largo de las primeras décadas del siglo XX, una doble transformación, que básicamente definieron, por una parte, el funcionalismo, como reduccionismo tecnocrático de la utopía artística de la modernidad, y, en segundo lugar, la doctrina nacional-socialista del poder como representación artística total. Ambas corrientes de la cultura contemporánea expresaron, cada cual en un sentido diferente, las últimas consecuencias lógicas del ideal artístico de la cultura.

El funcionalismo adoptó como principio último, al mismo tiempo de la definición programática del estilo y de la función socializadora del arte, un principio de racionalidad formal técnico-económica. Nadie mejor que Loos, o los portavoces del neoplasticismo, formularon la unidad del nuevo arte y la transformación revolucionaria de la sociedad industrial bajo el imperativo definitivo de la producción industrial y la racional-

dad formal que le es inherente. A su vez, el nacional-socialismo, a través de obras tan representativas y tan actuales como las del arquitecto Speer, formuló el proyecto de un sistema de dominación política y social cuyo instrumento era, precisamente, la construcción total de la sociedad, desde la organización industrial de las masas a través de la arquitectura y el urbanismo, hasta la movilización medial de los símbolos y de las fibras más íntimas de la sensibilidad subjetiva con ellos, como una monumental obra de arte o una obra de arte real.

Las afinidades históricas y teóricas entre ambas concepciones programáticas de la obra de arte total —una tesis que desagrada a la historiografía en la medida en que le compromete a una visión crítica de la historia contemporánea— no son, sin embargo tan interesantes como el fundamento común de las que ambas parten, y sus consecuencias totalitarias desde el punto de vista de la organización global de la existencia humana. Las citas de la estética nacional-socialista son más bien rutilantes. Las arquitecturas nocturnas de las paradas militares constituyeron nunca superados, aunque sí olvidados, espectáculos a gran escala en que la ingeniería, la arquitectura, la música y la disciplina militar, los mitos y la vida humana se concertaban en una unidad estética que proyectaba efectivamente el poder político e industrial a la escala infinita y sublime de una civilización de dimensiones cósmicas. La concepción de aquellas efemérides obedecía al ideal clásico de una cerrada composición artística realizada a partir del material humano y del mundo, en la que nada, ni las emociones más secretas, ni los destinos de una historia milenaria, escapaba a la unidad formal de un estilo, que era, al mismo tiempo, un lenguaje simbólico, un principio formal de la organización de la vida y un proyecto total de dominación tecnológica y política.

La estética funcionalista adoptó figuras menos brillantes del espectáculo de la cultura, la historia y la vida, y, por consiguiente, ni su análisis ni su crítica resultan tan transparentes. Y no obstante, algunos de sus postulados programáticos son lo suficientemente explícitos en cuanto a sus consecuencias sociales totalitarias. Los manifiestos programáticos del neoplasticismo y del purismo defendieron una estética de valores formales racionales y absolutos. Ambos, como ilustran bastantes escritos de Oud o Le Corbusier, concibieron el sistema de las nuevas categorías estéticas racionales como la síntesis cumplida de la forma

artística y el principio formal exigido por las técnicas de reproducción industrial. La unidad del maquinismo y el nuevo estilo artístico recorre, por lo demás, la totalidad de las experiencias vanguardistas desarrolladas desde Loos y el Bauhaus.

Pero el nuevo arte moderno no agotó la exploración de sus posibilidades en el ámbito experimental del estilo industrial. Las revolucionarias categorías del racionalismo estético promulgado por el funcionalismo, el constructivismo, el neoplasticismo, el arte concreto y tantas otras corrientes afines, se abocaron radicalmente a lo que se llamó la construcción de una nueva realidad. Mondrian fue el primero y, sin duda alguna, el exponente más entusiasta de esta confluencia del diseño industrial, la estética racionalista y el ideario de una obra de arte total, es decir, de una teoría de la composición formal concebida y realizada como proyecto de transformación social, de organización de la vida individual y colectiva, como un nuevo sistema de valores éticos y sociales, y como el sistema de una civilización nueva concebida como un todo.

Las dimensiones efectivas de lo que sólo ayer eran las utopías del mañana son de por sí lo suficientemente elocuentes en los propios programas urbanísticos del neoplasticismo, de Hilbersheimer o Le Corbusier. Las ciudades realmente construidas de acuerdo con estos principios, y que hoy se extienden en las periferias de todas las megalópolis industriales, son testimonios del carácter normativo total de la nueva arquitectura sobre la vida humana. Nada en ellas, de la vida privada hasta al trabajo, de la comunicación intersubjetiva a las mismas imágenes de felicidad, escapa al principio compositivo de un escenario a escala masiva y con arreglo a un criterio formal de racionalidad funcional. Son obras de arte plenamente integradas en la sociedad, concebida como material humano de su programación absoluta de la vida.

Sin duda alguna, las vanguardias artísticas y arquitectónicas concibieron el nuevo papel normativo, organizador y sobreterminante de la nueva estética como una utopía social de signo emancipador. En el contexto de la sociedad europea de entreguerras, destruida moral y materialmente por los efectos de la guerra y las sacudidas de los movimientos revolucionarios, la organización tecnológica y racional de la vida abría las puertas del futuro histórico bajo un signo esperanzador. En este sentido las grandes utopías, a un tiempo arquitectónicas, estilísticas y civili-

zatorias, que desarrollaron pioneros de la cultura moderna como Gropius, Hilbersheimer o Le Corbusier, pueden concebirse como psicodramas a gran escala, en que la vida humana paga su programada felicidad funcional, al precio de su transformación en marionetas de una fabulosa quimera artístico-total. Sólo el contexto histórico de la crisis de la sociedad industrial de comienzos de siglo podía conferirle este significado positivo de felicidad cumplida en un orden definitivamente racionalizado, no los principios intrínsecos a la utopía total de la obra de arte como principio programador de la sociedad.

Y aunque los modelos específicos de organización integral de la vida social a partir de los postulados de un estilo racional y absoluto (Mondrian), los ideales del maquinismo y de la organización industrial de las masas (futurismo) o las mismas concepciones heroicas de un poder cósmico resulten hoy obsoletas, e incluso superadas, en virtud de las nuevas y más radicales normas epistemológicas, mediales y tecno-industriales de la organización total de la existencia, o por los múltiples reformismos historicistas, humanistas o regionalistas, arropados bajo el aleatorio movimiento del post-modernismo, su principio rector permanece idéntico.

La crítica humanista de la arquitectura moderna ha llamado la atención, en efecto, sobre algunos aspectos notorios de los nuevos páramos suburbanos de hormigón y acero. Ya no son los paisajes de la miseria industrial del siglo XIX los que hieren la sensibilidad social de las postrimerías de la sociedad industrial. Es la frialdad y la absoluta ausencia de atributos que distingue la construcción de espacios funcionales, y la consiguiente falta de toda identidad, ya sea histórica, cultural o simplemente visual, la que ha generado ya nuevas y más violentas formas de desintegración social. En consecuencia, el revisionismo postmoderno ha inaugurado la reprogramación terapéutica y compensatoria de identidades sociales, paisajísticas o culturales, la implantación compulsoria de símbolos de identificación o la creación de espacios alternativos de comunicación. El punto de partida de semejantes revisiones de la utopía artística moderna sigue, sin embargo, incólume. Se instituye el simulacro técnicamente reproducido de identidades pasadas, de microclimas sociales o de formas de vida tradicionales como un nuevo sistema simbólico artificial, bajo el presupuesto común de la organización total de

la vida a través de los medios técnicos de la producción industrial de la cultura.

El espectáculo político, por otra parte, tampoco frecuenta los grandes escenarios de masas, ni enarbola heroicos símbolos estéticos, ni hace temblar la tierra ante la magnitud sublime de los instrumentos de su dominación cósmica. El concepto de masa, en la sociedad tardo-industrial, ha sufrido una modificación tan aparente como el de la vida privada y sus símbolos. El simulacro cultural de los medios de comunicación ha generado nuevos sistemas de socialización y modificación de la conducta. No es preciso encapsular al sujeto individual en unidades de habitación mínima, ni garantizar su integración social con desfiles de millones bajo el espectacular entusiasmo de mitos e ideologías sonoras. En la silenciosa soledad que contemplan las pantallas la existencia individual no es menos dueña de sí misma, ni su tiempo y su espacio están peor programados por la unidad compositiva que define el medio, ni su integración social e histórica es menos espectacular que en los rituales primitivos de las concentraciones de las masas tradicionales. Como espectador, el hombre contemporáneo sigue siendo la misma criatura del espectáculo de la historia y de sus valores simbólicos que ya fue en su calidad de existente minimalizado por las condiciones racionalizadas de la habitación industrial, o como sujeto heroico de las hordas y falanges que el nacional-socialismo movilizaba como vanguardia de la reorganización a la vez estética e industrial de la cultura.

Sólo que en la vacía sucesión de las imágenes mediales hallará la plenitud de su tiempo vivido, encontrará una suerte de felicidad en las descargas emocionales que los sistemas técnicos de comunicación garantizan para perpetuación de su inanidad, y se sentirá parte integrante del mundo al identificarse con la ficción programada de su simulacro. El mismo principio estético diseña íntegramente su percepción sensorial y la organización material de su existencia, y pone ante su mirada la unidad cerrada de la conciencia y la historia, convertida en espectáculo y en destino. Pero el hombre moderno aplaudirá finalmente la composición medial del mundo si en su acabamiento estético le ofrece los símbolos necesarios para la autosatisfacción de su existencia encerrada en el solo ejercicio de la espectación. A fin de cuentas el espectáculo es más gratificador que la independencia del juicio,

la experiencia de los conflictos del mundo y la conciencia de la propia irrealdad interior.

Maravilloso milagro del espectáculo. Duplica la realidad más desesperada del mundo en una composición artística universal, y convierte su irrealdad en el principio de una autorealización contemplativa del sujeto humano. Su liquidación cognitiva como experiencia de sí y de las cosas se transforma en la premisa de su libertad. Su vida industrialmente programada se revela ante sí mismo y ante todos como una perfecta creación artística. Pues en esto consiste el mágico poder del simulacro: suplantar la existencia escindida del hombre moderno, su conciencia negativa, sus visiones de desamparo y las esperanzas de felicidad que sólo de ellas nacen, por su réplica artificial, a la vez artística y tecnológica e industrial, y configurar el espectáculo de su vida, de la sociedad o la cultura como la única alternativa de sobrevivencia, y la única posibilidad de su devenir histórico, y cerrar por ende la performatización integral del mundo como reino realizado de la creación artística y cumplimiento de la libertad.

ARMANDO PEREIRA

Roland Barthes: los incidentes del deseo

I

INCIDENTES es, tal vez, el último libro póstumo de Roland Barthes. (Desde su muerte, en 1980, han aparecido *Le Grain de la voix*, 1981; *L'Ovie et l'obtus*, 1982; *Le Bruissement de la Langue*, 1984, y *L'Aventure semiologique*, 1985.) Si tuviéramos que ubicarlo en la amplia y polifacética producción teórica del escritor francés, sin duda aparecería en el mismo vector en el que se encuentran *Roland Barthes por Roland Barthes* y *Fragmentos de un discurso amoroso*. Aquí, una vez más, la escritura se pregunta por lo que fue quizás el núcleo central de las últimas reflexiones de Barthes: los inusitados síntomas del amor, los signos que denuncian el imprevisible movimiento del deseo.

Incidentes reúne tres textos escritos entre 1977 y 1979: "La luz del sudoeste", "Esta noche en el Palace" y "Noches de París", y el que da título al libro, escrito en 1969, durante la estancia de su autor en Marruecos, especialmente en Tánger y Rabat. En los cuatro textos, sin embargo, no es tanto el espacio físico descrito —un teatro, París, la provincia francesa o el norte de África— lo que importa, sino la escritura misma que da cuenta de ese espacio y de lo que sucede en él. Decir que se trata de la "escritura del deseo", sería incurrir en una crasa obviedad, por lo menos para aquéllos que están familiarizados con la producción más reciente de Barthes. Sería preferible, más bien, intentar una mínima aproximación a una escritura desde la que sonríen y gesticulan (a veces de una manera obscena) el deseo, el goce, el placer.

Esa aproximación —es necesario decirlo desde ahora— se llevará a cabo, en lo posible, tomando en cuenta algunos de sus libros anteriores, en la medida en que hemos creído encontrar en éste la culminación de un cierto proceso que se inició con el Barthes sociólogo y semiólogo, y devino, por azares de la escri-
tu-

ra misma, en el sujeto de un texto distinto, ya no resultado del arduo trabajo intelectual que consiste en desentrañar e intrepertar una significación o un sentido de acuerdo a un cierto código establecido, sino producto de una operación tal vez más sencilla, pero al mismo tiempo más gozosa: la operación que consiste en leer el corpus del texto (real o ficticio) desde el placer que produce en mi propio cuerpo.

Lo primero que salta a los ojos que recorren las páginas de este libro, es la incisiva presencia en él de los sentidos: "Cuando viniendo de París en coche, rebaso Angoulême, una señal me advierte que he traspasado el umbral de casa y que estoy entrando en el país de mi infancia; un bosquecillo de pinos a un lado, una palmera en el patio de la casa, las nubes a determinada altura, dando al paisaje la movilidad de una cara. Empieza entonces la gran luz del sudoeste, noble y sutil a la vez... Es una luz luminosa: no encuentro otra manera de decirlo. Hay que verla (diría casi: oírla, de tan musical como es)..." O bien: "Le pedí que viniera a mi lado, a la cama, mientras dormía la siesta; acudió muy amablemente, se sentó en la orilla, leyó en un libro ilustrado; su cuerpo estaba demasiado lejos, cuando alargué mi brazo hacia él, no se movió, encerrado en sí mismo..." Todo es visto u oído o palpado en este libro, sin que esas impresiones sensibles remitan necesariamente a un sistema de signos —sociológicos, lingüísticos, psicoanalíticos— que las explique. Como si ese sujeto, nacido en la teoría y que supo desarrollarla sensiblemente (*El grado cero de la escritura, Ensayos críticos, S/Z*, etc.), se hubiera cansado de pronto de los lenguajes y de las jergas científicas, y hubiera decidido abandonarlos para recuperar lo que empalidecía en ellos: la experiencia sensible, el placer de los sentidos.

El giro, sin embargo, no fue tan repentino. Hay algunos textos de transición: entre ellos, sin duda, uno de los más significativos es *El placer del texto*. En él, puede leerse: "todo esfuerzo consiste en materializar el placer del texto, en hacer del texto *un objeto de placer como cualquier otro*. Es decir, ya sea vinculando el texto de los 'placeres' de la vida (una comida, un jardín, un encuentro, una voz, un momento, etc.) al catálogo personal de nuestras sensualidades, o ya sea abriendo mediante el texto la brecha del goce..." Esa necesidad, que ya se presentaba entonces, de devolverle a la escritura una sensualidad que le es propia y que hasta ahora se le había hurtado, se convertirá en la sustan-

cia, en el principal alimento de sus libros posteriores. En *Fragments de un discurso amoroso*, por ejemplo, es un sujeto enamorado —sus pasiones, sus miedos, su odio, su ternura— es lo que nos habla. Como ya antes, en *Roland Barthes por Roland Barthes*, ese mismo sujeto nos había hablado de su relación con la madre y del ámbito de su infancia. Así, más que sustraer el dato sensible al discurso, los últimos textos de Barthes se apoyarán en él como la única posibilidad real de decir *lo otro*, lo que ocurre en el cuerpo, esas instancias libidinales que nos ponen en contacto con el mundo y que la incesante teorización que nos caracteriza no ha hecho sino ocultar y subsumir sistemáticamente, remitiéndolas sin más a un determinado sistema de significación tras el cual toda dimensión sensible adelgaza hasta desaparecer.

De ahí el valor indiscutible de un libro como *Incidentes*, no sólo porque con él culmina un proceso que se había iniciado a principios de los setenta, sino por el hecho de restituir ante los ojos del lector —ahora ya de una manera definitiva y sin ningún tipo de concesiones— ese mundo sensible del que la teoría había exiliado al sujeto. Por un momento habíamos llegado a creer —y el primer Barthes contribuyó en buena medida a esa creencia— que vivíamos en un universo de signos —históricos, libidinales, políticos, sociales— que debían ser interpretados: toda cosa nos remitía a otra y ésta a otra más, entretejiéndose así una compleja red de significaciones en la que el sujeto, al intentar allí una explicación de sí mismo, terminaba extraviándose en la gramática de un discurso preexistente. Más que hablar, resultaba hablado por un lenguaje que se le imponía desde fuera, desde esa exterioridad que estructura la teoría y que no hace sino borrar, bajo la figura de una “escritura tachada” (Derrida), lo que realmente está sucediendo en el cuerpo. “Entro en esas regiones de la realidad a mi manera, es decir, con mi cuerpo”, escribe Barthes. Y con ello, no hace sino devolverle a la experiencia la dimensión sensible que está en su origen y que necesariamente la recorrerá, una dimensión sensible, por lo demás, que se explica en sí misma, que no necesita de ningún intérprete exterior a ella que nos la torne inteligible. “En el Occidente cristiano —escribía Barthes en *Fragments de un discurso amoroso*— toda la fuerza pasa por el Intérprete... Pero la fuerza amorosa no puede transferirse, ponerse en manos de un Interpretador; ahí quedá, en estado de lenguaje, encantada, intratable”.

Por otra parte, para expresar la contingencia inmediata de la experiencia, la escritura de *Incidentes* adopta una forma fragmentaria. Y es que el fragmento es la única forma literaria que puede dar cuenta a cabalidad del carácter intermitente e imprevisible del deseo, que es nuestra primera instancia de contacto con la realidad: “es la intermitencia, como bien ha dicho el psicoanálisis, la que es erótica —había dicho Barthes en *El placer del texto*—, es el centelleo el que seduce, o mejor: la puesta en escena de una aparición-desaparición”. Esa “puesta en escena de una aparición-desaparición” en la que anida el deseo, sólo se logra plenamente a través de esa escritura fragmentaria que sabe recoger la experiencia inmediata y transmitírnosla como tal: en su carácter abrupto, repentino, accidentado, como un súbito impacto a los sentidos sin solución de continuidad posible: “el placer en pedazos; la lengua en pedazos; la cultura en pedazos... El texto de goce es absolutamente intransitivo” (*El placer del texto*). No necesita de nexos que subordinen un juicio a otro, que estructuren relaciones casuales entre dos o más ideas, que elaboren un arduo proceso de razonamiento desde una hipótesis inicial hasta una impecable demostración final. Y es que el deseo no busca *demostrar* nada: a lo sumo *mostrar*, a los ojos que lo miran, esa experiencia de placer (o de dolor, es igual) que la constituye. En una escritura trabada por la lógica de la razón, el deseo moriría de asfixia. Su lógica es otra: tan sólo quiere acontecer, y para ello necesita de una escritura que lo muestre tal como es: en su intermitencia, en su imprevisibilidad, en su rareza, es decir, a través de esa impronta que nos deja de lo vivido la escritura como fragmento. “La ley irreprimible del deseo —escribe Jordi Llovet en el ensayo que sirve de prólogo al libro— no toma la forma de una narración ligada de lo experimentado, sino que se superpone a la parcialidad y la contingencia de la experiencia misma”. De ahí que Barthes se haya negado siempre a lo novelesco,¹ a

1 “El relato más clásico (una novela de Zola, de Balzac, de Dickens, de Tolstoi) lleva en sí una especie de tesis debilitada: no leemos enteramente con la misma intensidad de lectura, se establece un ritmo audaz, poco respetuoso de la *integridad* del texto; la avidez misma del conocimiento nos arrastra a sobrevolar o a encabalgarr ciertos pasajes ... para reencontrar lo más rápido posible los lugares quemantes de la anécdota: ... saltamos impunemente (nadie nos ve) las descripciones, las explicaciones, las consideraciones, las conversaciones: nos parecemos a un espectador de cabaret que subiendo al escenario apresura el *strip-tease* de la bailarina

ese acontecer que se explica por una psicología o una sociología que sustentan a lo narrado. No se trata, para Barthes, de ficcionalizar la experiencia; tampoco de teorizarla. Tal vez por eso sus últimos textos se mantienen equidistantes de la novela (como intriga) y de la teoría.

Esta experiencia de escritura, que sigue de cerca el gesto de la escritura nietzscheana, alcanza quizás su punto culminante en este libro, aunque se había iniciado ya con *El placer del texto*, *Roland Barthes por Roland Barthes* y *Fragments de un discurso amoroso*. Si en el primero de estos libros existía todavía una cierta postulación teórica sobre el texto ("*Texto* quiere decir *Tejido*, pero si hasta aquí se ha tomado este tejido como un producto, un velo detrás del cual se encuentra más o menos oculto el sentido (la verdad), nosotros acentuamos ahora la idea generativa de que el texto se hace, se trabaja a través de un entrelazado perpetuo...", o bien: "El texto es (debería ser) esa persona audaz que muestra su trasero al *Padre Político*", entre muchas otras postulaciones) y en el último había aún una velada reflexión sobre la función crítica (su incesante diálogo con el *Werther* de Goethe), en *Incidentes* estas preocupaciones han dejado definitivamente de existir. No quiero decir con esto que haya habido en Barthes un cierto proceso que *necesariamente* lo llevara de la reflexión teórica y crítica a la "simple" enunciación de una vivencia, ni mucho menos que, de haberle sido posible, no volviera a ellas en libros posteriores (la teoría y la crítica no excluyen, paralela a ellas, la posibilidad de una escritura de goce); quiero decir tan sólo que un libro como *Incidentes* inaugura² un nuevo continente a la escritura que Barthes sólo alcanzó a esbozar: aquél en el que la experiencia vivida no necesita de ningún Saber específico que la explique. Su inteligibilidad radica en ella misma. Más que inter-

quitándole rápidamente sus vestidos, pero siguiendo el orden establecido, es decir: respetando por un lado y precipitando por el otro los episodios del rito... es el ritmo de lo que se lee y de lo que no se lee aquello que construye el placer de los grandes relatos: ¿se ha leído alguna vez a Proust, Balzac o *La guerra y la paz* palabra por palabra? (El encanto de Proust: de una lectura a otra no se saltan los mismos pasajes). Lo que me gusta de un relato no es directamente su contenido ni su estructura; corro, salto, levanto la cabeza y vuelvo a sumergirme" (*El placer del texto*).

2 Se podría pensar que se trata, más bien, de la reactualización de una escritura "tachada" por los Saberes. De cualquier forma, esa "reactualización" tendría hoy un valor inaugural, en la medida en que prefigura la posibilidad de un territorio literario desde hace tiempo inexistente.

pretarla, es decir: someterla al imperialismo de los Saberes, hay que otorgarle por una vez la palabra, dejar que nos diga lo que ella tiene que decir.

II

La realidad que nos habla desde este último libro de Barthes, que usa su escritura para expresarse, es la realidad cotidiana de un hombre que sabe abandonarse a las instancias del deseo. No se trata de ese intelectual siempre alerta a las múltiples significaciones del mundo, que permanentemente analiza y somete a juicio lo que le rodea, sino de un hombre como todos, que disfruta de un paisaje africano y de los intercambios que ese nuevo ámbito le ofrece, de la luz del Mediodía francés y de la abrupta irrupción de los recuerdos de la infancia, de las largas noches de París mariposeando entre cafés y restaurantes o caminando displicente por calles bulliciosas a la espera de algún encuentro furtivo. En esos interminables y siempre renovados recorridos es el deseo el que lo guía como hilo de Ariadna, el que salta a los ojos para dirigir la mirada hacia esos “dos adolescentes desnudos [que] cruzan el vado lentamente; la ropa, hecha un ovillo, en la cabeza”; el que aguza el oído a la propuesta sibilina de un lúgubre tendero: “el tendero, joven y desdentado, me propone una cita en su ‘piso de soltero’”; el que concentra los sentidos en el objeto (metonímico) de deseo: “Gérard, hijo de francés e indígena, quiere enseñarme el camino de la Gazelle d’Or; se repatinga en el coche para que yo adivine su atractivo; luego, como una golosina exótica, un último argumento irresistible: ‘¿Sabes?, ¡no tengo la cosa cortada!’”.

Si los fragmentos citados arriba corresponden a algunos de los “incidentes” ocurridos a Barthes durante su viaje a Marruecos, “Noches de París” reúne también otra larga ristra de nuevos y cotidianos “incidentes” en su incesante periplo tras ese fantasmático cuerpo adolescente que representó para él algo más que una obsesión. En restaurantes, en cafés, en las salas de teatro, a lo largo de las calles, la mirada (el deseo) de Barthes se veía constantemente raptada(o) por la presencia fugaz de un muchacho: su aroma, el gesto de una mano, la caída del pelo, un furtiva sonrisa, eran suficientes para abstraerlo a él de su entor-

no y, seducido, ponerlo a girar, como el abejorro de Proust, en torno a esa imagen.

Es sintomático, sin embargo, que en sus constantes flirteos, Barthes adoptara siempre —por lo menos, eso nos deja ver en *Incidentes*— una postura pasiva frente al deseo: la del seducido, la del que espera:

En el Flore, no lejos de nuestra mesa, otro chico, angelical, con los cabellos largos separados por una raya en medio; me mira de vez en cuando; me atrae su camisa muy blanca, abierta, mostrando el pecho; está leyendo *Le Monde* y bebe *Ricard*, me parece; no se va, acaba por sonreírme; sus manos grandes desmienten la delicadeza y la dulzura del resto; por ellas intu-yo al chapero (acaba saliendo antes que nosotros; le llamo, ya que me sonrío, y nos citamos vagamente).

O bien:

Por la noche, cena en casa de J.-L. (...) Darlame habló mucho (muy rápido, un poco bebido); comprendí al cabo de un rato que lo hacía más o menos por mí (para seducirme).

O aun:

O. no ha querido venir a casa, cosa que ya me imaginaba aunque tenía que llegar a suceder (a la vez por mi deseo y por su sueño); hemos quedado en comer juntos el domingo y nos hemos despedido en la plaza Chatelet; no me ha besado pero esta vez no me ha dolido que no lo hiciera, como habría pasado tiempo atrás.

O incluso:

Por la tarde de este sábado, una especie de ligue variado y libre, insaciable: primero en los Baños V, nadie: ninguno de los árabes que conozco, ninguno interesante y muchos europeos estreñidos; la única singularidad: un árabe, mayor pero que no está mal, se interesa por los europeos. Sin pedir, aparentemente, dinero le toca a uno la cola y luego pasa a otro; no se sabe bien lo que quiere.

En todos los casos el participio (tocado, besado, seducido) presenta de una manera tácita o explícita la descripción del *affaire* nos habla de la posición pasiva del sujeto del texto frente al deseo de los otros. Es desde ahí, desde la revelación de esa pasividad frente al deseo, que nos parece sumamente significativa a última anotación de "Noches de París" (17 de septiembre de 1979). Me permito citarla en extenso:

Ayer domingo, Oliver G. vino a comer; dediqué a la espera y al recibimiento el especial cuidado que revela, por lo general, que estoy enamorado. Pero, ya mientras comíamos, su timidez o su distanciamiento me intimidaron; ninguna euforia en la relación, ni de lejos. Le pedí que viniera a mi lado, a la cama, mientras dormía la siesta; acudió muy amablemente, se sentó en la orilla, leyó en un libro ilustrado; su cuerpo estaba demasiado lejos; cuando alargué mi brazo hacia él, no se movió, encerrado en sí mismo: ninguna complacencia; y acabó por marcharse a la otra habitación. Me invadió como una desesperación, tenía ganas de llorar. Me pareció evidente que iba a tener que renunciar a los chicos, porque no existe ningún deseo de ellos hacia mí, y porque yo soy demasiado escrupuloso, o demasiado torpe, para imponer el mío; creo que este es un hecho indiscutible, avalado por todas mis tentativas de *flirt*, que mi vida es triste, que, bien mirado, me aburro, y que es necesario que expulse este interés, o esta esperanza, de mi vida. (Si repaso mis amigos uno a uno —aparte de los que ya no son jóvenes—, descubro un fracaso cada vez...). No me van a quedar más que los chaperos. (Pero ¿qué haré, entonces, durante mis correrías? No ceso de mirar a los chicos, deseando inmediatamente, en ellos, el estar enamorado de ellos. ¿Cuál va a ser para mí el espectáculo del mundo?) He tocado un poco el piano para O., a petición suya, a sabiendas de que acababa de renunciar a él para siempre... Luego le he dicho que se fuera, con la excusa del trabajo y la convicción de que habíamos terminado, y de que, con él, algo más había terminado: el amor de *un* muchacho.

Hay, en ese gesto desesperado del brazo que se alarga para tocar al cuerpo deseado algo trágico y al mismo tiempo paradóji-

co: no sólo rompe (sufriendo el desgarramiento interior que ello implica) con esa postura cómoda y habitual a que lo había confinado su pasividad (esperar, ser seducido), sino que lo hace sabiendo de antemano que su gesto va a ser rechazado. De ahí que la conciencia del fracaso al que se alude en el texto remita necesariamente a la pasividad que recorre el cuerpo del sujeto que escribe: "Me pareció evidente que iba a tener que renunciar a los chicos, porque no existe ningún deseo de ellos hacia mí, y porque yo soy demasiado escrupuloso, o demasiado torpe, para imponer el mío". Y es que en el fondo de toda pasividad hay una timidez, un temor al rechazo, que imprime su huella en el deseo; en este caso, cortando un flujo (seminal/afectivo/verbal), o desviándolo: "No me van a quedar más que los chaperos". De ahí entonces esa pregunta final que quedará sin respuesta: "¿Cuál va a ser para mí el espectáculo del mundo?", remitiendo, como un bumerang atroz a la propia historia de ese cuerpo que devino escritura, tejido textual.

BEATRIZ URÍAS

Educación para la democracia: El Ateneo Mexicano (1840-1851)

I. Introducción

EN LA conclusión a su *Ensayo histórico*, Lorenzo de Zavala (1788-1836) explicitó el fundamento del proyecto educativo de los primeros regímenes independientes. La educación, escribió, estaría dirigida a las “clases numerosas”, buscando su “fusión completa” en la nueva sociedad; siendo el objetivo principal de dicha educación, poner los “sentimientos, los cálculos, las transacciones de cada uno en consonancia con las exigencias sociales”.¹ Otro liberal, José María Luis Mora (1794-1850) corroboró esta aseveración añadiendo que el “elemento más necesario para la prosperidad de un pueblo es el buen uso y ejercicio de su razón, que no se logra sino por la educación de las masas, sin las cuales no puede haber gobierno popular. Si la educación es el monopolio de ciertas clases y de un número más o menos reducido de familias, no hay que esperar ni pensar en sistema representativo, menos republicano, y todavía menos popular”.²

Estas ideas no se originaron en el siglo XIX; desde el último tercio del siglo XVIII, los ilustrados habían vinculado la transformación del orden social a la educación de las masas. Los liberales volvieron a discutir este planteamiento después de la independencia, al iniciarse el proceso de secularización a través del cual el Estado asumió la gestión y el diseño de una educación

1 L. de Zavala, *Ensayo histórico*, tomo segundo, Secretaría de Hacienda, México, MCMXVIII, pp. 312-313.

2 J. M. L. Mora, *Escuelas laicas. Textos y documentos*, Empresas Editoriales, México, 1948, p. 44.

destinada a formar los ciudadanos de la nueva nación.

A pesar de que desde el último tercio del siglo XVIII la monarquía había restringido la ingerencia del clero en materia educativa, en la época independiente educar a la población se convirtió en una función cívica de integración, vinculada directamente a la nueva modalidad en el ejercicio del poder. Para la minoría ilustrada al frente del nuevo Estado, una educación secularizada podía contribuir a la consolidación de un nuevo orden social basado en el bienestar económico de toda la población.

El proceso de secularización de la enseñanza se enfrentó, sin embargo, a repetidos obstáculos y no desembocó en la aplicación de una política educativa coherente por parte de los primeros regímenes independientes. La crisis económica provocada por la guerra de Independencia, las luchas partidarias, la irrupción de las logias en la vida política, los levantamientos promovidos por caciques locales y otros fenómenos que caracterizaron la historia de la primera República Federal, no favorecieron la realización de los cambios esperados.

Con la caída de la primera República y la instauración del centralismo en 1836, las condiciones se tornaron aún más desfavorables. Estos acontecimientos echaron por tierra las expectativas generadas por la independencia. Los liberales, que hasta mediados de la década de los treinta habían pugnado por la secularización de la enseñanza, comenzaron a cuestionar la viabilidad del proyecto inicial.

Dicho cuestionamiento se realizó en el seno de asociaciones independientes, cuyas actividades quedaron plasmadas en una abundante folletería que abordó temas históricos, literarios, jurídicos y económicos; en las publicaciones de las academias científicas y los círculos de estudio que se habían formado en las postrimerías de la época colonial; finalmente, en los periódicos políticos que ofrecieron un espacio a la polémica que se entabló entre los pensadores de la época. Casi medio siglo hubo de transcurrir para que pudiera consolidarse un orden político estable, y con él, nuevas instituciones educativas.

A pesar de que no es clara la presencia de una burguesía que animara la cultura del momento, esta intensa vida intelectual quedó en manos de una incipiente clase media, dentro de la cual se agruparon profesionistas, funcionarios, periodistas y pequeños comerciantes e industriales. Este grupo —integrado por criollos

medios desplazados de los cargos públicos por los peninsulares que llegaron a México durante la administración de los Borbones —vio en sí mismo el germen de la nueva sociedad. De ahí su preocupación por iniciar una reforma social, que no necesariamente coincidió con aquella que había sido emprendida desde el poder.

El razonamiento de los intelectuales del segundo tercio del siglo XIX fue que la transformación del viejo orden no dependía sólo de la renovación del aparato jurídico, que ya había sido iniciada, sino que era necesario cambiar las condiciones de vida que imperaron durante la época colonial. En este sentido, se habló de la necesidad de que las mayorías fueran creadoras de riqueza y se ocuparan productivamente gracias a la difusión de una educación utilitaria. Este fue uno de los elementos clave del proyecto de transformación esbozado dentro de la corriente del racionalismo ilustrado, cuyos elementos más importantes habían sido asimilados en México desde la época de las reformas borbónicas.

En efecto, excluyendo las ideas políticas, el pensamiento ilustrado llegó a las colonias americanas en el último tercio del siglo XVIII con la implantación de una nueva estrategia económica inspirada en los principios de la filosofía de las Luces, y dirigida a incrementar y extraer la riqueza de los dominios americanos. En Nueva España, los Borbones aplicaron una serie de reformas económicas y hacendarias que produjeron un formidable crecimiento económico, así como fuertes presiones sociales y desajustes en la estructura productiva. Como es sabido, el dinamismo de la economía novohispana de este período estuvo basado en la promoción de actividades que favorecían el desarrollo de la economía metropolitana —la minería y el comercio—, en detrimento de la agricultura y la manufactura. Este desequilibrio, aunado a diez años de guerra, produjo el agotamiento de la economía nacional durante los primeros años de vida independiente.

En el orden de las ideas, entre 1790 y 1810, la efervescencia se acrecentó en la sociedad novohispana. Una acerba crítica a la escolástica y a las viejas tradiciones fue emprendida en colegios, seminarios y curatos de la región donde se inició la insurrección, que fue una de las más conmovidas por las reformas económicas. Sin embargo, la relación entre el movimiento de Independencia y el racionalismo ilustrado ha sido objeto de controversia puesto que la afirmación de la identidad criolla no iba necesariamente de la mano con la aceptación de las Luces. Todavía se discute, por

ejemplo, si los criollos recurrieron a las ideas políticas tradicionales para oponerse a las reformas propugnadas por la monarquía borbónica.

Dicho esto, en México la influencia del racionalismo ilustrado tomó su verdadero impulso durante las primeras décadas del siglo XIX, manifestándose de manera específica en el desarrollo de una concepción educativa similar a la que la "minoría selecta" reivindicó en la España del siglo XVIII. El auge de las ideas ilustradas en materia educativa a partir de la independencia puede ser explicado tentativamente a través de la siguiente hipótesis.

La creación de un gobierno republicano no provocó cambios ideológicos sustanciales en la élite que se encontraba al frente de la sociedad independiente. Las ideas liberales permearon lentamente la mentalidad del hombre decimonónico, y existió un período en el que el liberalismo se entrelazó con el legado intelectual colonial de tipo ilustrado. Durante este período, que abarcó aproximadamente hasta mediados de siglo, la presencia de la corriente ilustrada permitió conciliar algunas de las contradicciones que produjo la brusca transición del orden monárquico a la democracia. Dichas contradicciones estuvieron vinculadas a la dificultad de conferir a todos los miembros de una sociedad escindida por una jerarquía tradicional, los nuevos derechos y libertades establecidos en la ley para la sociedad en su conjunto. Es decir, las ideas ilustradas justificaron que una "minoría selecta" se impusiera sobre la "masa ignorante", a pesar de las transformaciones que introdujo el liberalismo político al consagrar la igualdad esencial de los hombres. Se argumentó que la masa — pobre e ignorante— no estaba preparada para hacer un uso responsable de los nuevos derechos; en tanto que la élite, que gozaba de educación y de ocupación productiva, podía iniciar "desde arriba" un proyecto de reforma social que en un futuro permitiría a las masas participar en el proceso de transformación política que se iniciaba.

Durante la primera parte del siglo XIX coexistieron, pues, dos concepciones educativas. La primera, animó el proyecto que el Estado liberal articuló a través de diversos planes y programas oficiales de estudio, que subrayaron la necesidad de generalizar una educación que permitiera acrecentar el número de los iguales. La segunda, quedó expresada en las propuestas de una minoría marcada por la influencia de las Luces, que partía del su-

puesto de que una educación para todos no tenía porqué gozar necesariamente de carácter universal; en estas propuestas subyacía una clara diferenciación entre la instrucción para las masas y la educación para las clases superiores.

Analizaremos la concepción educativa en la que se apoyó el proyecto de instrucción popular iniciado por la élite decimonónica después de la ruptura con España. El examen de esta cuestión conduce a reflexionar acerca del lugar que le fue conferido a la educación en la definición del nuevo orden social. En efecto, es posible interrogarse si la educación moderna fungió como el mecanismo efectivo del ascenso social —es decir, el “gran igualador” de las diferencias que dividieron a la sociedad colonial—, o como un refuerzo de los relieves y contrastes existentes.

Responder a esta pregunta implica examinar, primero, el significado que revistió la noción de igualdad para los hombres progresistas de la época. Conocer el planteamiento en torno a esta cuestión, permitirá dar cuenta de la imposibilidad de concebir —dentro del marco de un pensamiento en el que confluyen las influencias del racionalismo ilustrado y del liberalismo—, un proyecto educativo dirigido a las clases sociales en su conjunto. Desde estas premisas será posible apreciar en qué medida la enseñanza de los oficios útiles apareció como una alternativa dirigida a preparar a las masas para vivir en la democracia. El estudio de El Ateneo Mexicano (1840-1851) profundiza en el análisis de esta cuestión.

2. Educación e igualdad

En una reflexión acerca del principio de igualdad, José Joaquín Fernández de Lizardi (1776-1827) señaló que “la igualdad sancionada por la Constitución es la igualdad de las virtudes para el premio y de las penas para los delitos; es la igualdad delante de la ley, que obliga lo mismo al monarca que al más ínfimo de sus súbditos”.³ La igualdad aparece como un derecho que delimita la

3. J. J. Fernández de Lizardi, “Se destruyen las otras dos preocupaciones que tienen los ignorantes contra la Constitución, o sea pretextos de que se valen los maliciosos para malquistarla, y son la igualdad y la libertad mal entendida”, *El Conductor Eléctrico*, núm. 11 (1820), *Obras IV Periódicos*, UNAM, México, 1970, p. 330.

esfera de acción del individuo en la sociedad. El goce de este derecho acarrea obligaciones, así como la sujeción a la ley:

...la igualdad que nos señala y sanciona la ley fundamental de la monarquía española es la de las virtudes sociales, por las que todo hombre, sea quien fuere, debe contribuir al bien universal de la sociedad en que vive; debe sacrificar sus intereses particulares al interés general; debe cooperar al bien común con sus talentos, con su industria, con sus propiedades, con sus virtudes (...) Luego, la igualdad sancionada por nuestra Constitución es la igualdad moral que consiste en que cada uno sea mantenido en sus derechos, en su estado hereditario o adquirido, en sus posesiones, en su casa y, finalmente, en su libertad sujeta a la subordinación necesaria, a fin de que los demás sean mantenidos en la suya.⁴

A partir de estos supuestos, Fernández de Lizardi planteó que la diversidad de condiciones es el rasgo distintivo de las modernas sociedades civiles: "Las muchas necesidades, las pasiones y la debilidad de nuestros sentidos, que no pueden acordarse en un mismo punto ni percibir los objetos de un mismo modo, han formado sobre la tierra las sociedades civiles, y son éstas una prodigiosa diversidad de condiciones".⁵ El autor recurre a la imagen del cuerpo social para fundamentar su argumento:⁶

La sociedad civil es un cuerpo moral compuesto de muchos miembros; y así como en el cuerpo natural no pueden todos los miembros ser semejantes por razón de la diversidad de sus funciones que piden diferente conformación de órganos, tam-

4 *Idem*, pp. 331-332.

5 *Idem*, p. 331.

6 Sobre la significación de la figura del cuerpo social en el México decimonónico, véase B. Urías, "Derecho y organismo social en el pensamiento positivista mexicano", *Revista de investigaciones jurídicas*, Escuela Libre de Derecho, año 10, núm. 10, 1986, pp. 403-418.

bién en un cuerpo moral es preciso que haya personas que se apliquen a los diferentes empleos a los que se les destina, para que se remedie a un tiempo sus diferentes necesidades.⁷

La diversidad de condiciones se traduce, pues, en una diferenciación creciente en lo que concierne el estado social de los individuos: "Unos son eclesiásticos, otros legos; unos toman el partido de las armas, otros el de la toga; algunos se dedican a las ciencias, otros a las artes; éstos son negociantes, aquéllos artesanos; unos superiores, otros inferiores; el uno es amo, el otro criado; aquél destinado a mandar, éste para obedecer".⁸ La legítima igualdad no significa entonces "igualación", sino "igualdad de remuneración en los premios y castigos; igualdad ante la ley pública que prescribe las obras buenas y abomina las malas; igualdad de relaciones, esto es, que en su posibilidad natural o de su fortuna, cada uno ha de contribuir al bien general: el alto en la medida de su estatura, el rico como rico, el mediano como mediano, el pobre como pobre, el sabio como lo que es, el magistrado y demás funcionarios públicos en el desempeño de sus ministerios, contribuyendo todos con esa igualdad relativa a mantener el edificio del bien y de la prosperidad".⁹

A partir de la afirmación de que la Constitución de 1824 no confirió a todos los mexicanos una "igualdad absoluta", Fernández de Lizardi deduce que las diferencias que se desprenden de la diversidad de condiciones y que dividen a la sociedad en clases superiores e inferiores, continuarán existiendo después de la independencia. La función de la educación en una sociedad democrática, dice, es permitir que estas diferencias sean reconocidas, a fin de que cada cual acepte desempeñar la función social que le corresponde.

De acuerdo con los principios ilustrados, la difusión de esta educación debía llevarse a cabo "desde arriba", al tiempo que cumplía con dos requisitos esenciales: transmitir conocimientos prácticos que permitieran a todos los individuos vivir de una ac-

7 *Idem*, p. 331.

8 *Ibidem*.

9 *Idem*, p. 333.

tividad productiva, y hacer llegar a las masas una educación política elemental. Sobre este último punto, Fernández de Lizardi insiste en que no puede esperarse que la democracia se consolide entre la gente ignorante o la llamada "plebe", que es "la más pobre, la más viciosa y también la más a propósito para ser esclava. Necia, cobarde y atrevida, desconoce sus derechos; besa con abatimiento la mano del tirano que los encadena, desagrada los beneficios, cierra los ojos a la luz, desprecia su misma libertad, y bien hallada con la opresión se enfurece y se alarma contra los que tienen la noble osadía de hacerse libres".¹⁰

Estas tesis fueron compartidas por los contemporáneos de Fernández de Lizardi. El fundador de la Escuela Lancasteriana en México, Andrés González Millán (?-1830) señalaba, por ejemplo, que la educación es esencialmente un nivelador de la opinión que conduce al reconocimiento y a la aceptación de las diferencias que dividen a la sociedad. De acuerdo con este pedagogo, buen conocedor de las ideas educativas más avanzadas de su tiempo, una vez nivelada la opinión, las "primeras jerarquías no desdeñan las subalternas...considerando las estrechas obligaciones anexas a la menor superioridad de representación"; asimismo, añade, "ni el último menestral se abate o confunde, porque conoce que su ser y existencia es tan provechoso y necesaria como la del legislador, la del héroe mismo".¹¹ La idea que la educación nivela las opiniones sin igualar la condición social de los in-

10 J. J. Fernández de Lizardi, "Vaya una zapiroleta en vez de prólogo", *El Páyo de los Periódicos*, (1823), *op. cit.*, p.23.

11 A. González Millán, "Educación pública, única base en la que debe descansar la grandiosa obra de la Independencia Mexicana como único y seguro medio de la prosperidad imperial", discurso pronunciado al Exmo. Sr. D. Agustín de Iturbide, generalísimo de mar y tierra, Presidente de la Regencia y Primer Jefe del Ejército Trigarante, en la felicitación que con sus discípulos le hizo el 21 de octubre de 1821, primero de nuestra gloriosa Independencia, en el salón de Palacio, por la feliz conclusión de la obra grande de nuestra libertad política, por D. Andrés González Millán, Profesor de Primera Educación establecido en esta Corte, México, Imprenta (contraria al despotismo) de D. J. M. Benavente y Socios, 1821, *Fondo Reservado, Colección Lafragua*, v. 131, pp. 8-9.

dividuos fue reformulada en los años siguientes por los liberales.

Para Lorenzo de Zavala, la condición social de los individuos no podía ser transformada radicalmente por la educación, en el sentido de que el hombre de la masa sólo era capaz de acceder a una instrucción elemental que le permitiera asimilar las nociones indispensables para vivir en una sociedad moderna. Zavala puso de manifiesto la imposibilidad de que se “generalizase en las clases incultas de la nación un género de conocimientos profundos, suficientes a que cada ciudadano pudiese dar razón de su creencia y opinión política”.¹² Según él, hacer llegar al pueblo los conocimientos necesarios para elevar su condición y no sólo para nivelar las opiniones, demandaba la existencia de una *tradición*; es decir, la existencia de “una larga serie de generaciones, con instituciones locales en las que fuesen llamados a educarse los hijos de los mexicanos que no han podido recibir los beneficios de la educación”.¹³

La ausencia de una tradición propia y el prolongado apego a la herencia española que, paradójicamente, no era posible abandonar antes de que se constituyera una cultura mexicana autónoma, explica en última instancia el que se afirmase un concepto específico de educación para una masa considerada ignorante y supersticiosa. En efecto, las reflexiones acerca de la cuestión educativa de la época que siguió a la independencia establecieron que la mejor manera de regenerar a la sociedad y nivelar la opinión de los individuos, era inculcar en las masas una educación que hiciera posible el desempeño de los oficios útiles. Además de promover el bienestar social, dicha educación estaría orientada hacia un entrenamiento técnico, y por consiguiente, no preciaría de la existencia de una tradición cultural sustancial. Analicemos el nuevo concepto de educación dirigido a las masas.

3. *Los oficios útiles*

En un proyecto que buscaba la reorganización y la diversificación de la enseñanza, Enrique Teodoro Turreau de Linières resumió

12 L. de Zavala, “Memoria de la gestión del gobierno del Estado de México”, 30 de marzo de 1833, *Fondo Reservado, Colección Lafragua*, v. 437, p. 1.

13 *Ibidem*.

en 1833 la posición de la élite ilustrada en lo que concernía la educación popular: "Verdad es que hay ya en la Nación establecimientos científicos. Las universidades, los colegios, especialmente el de Minería y la Escuela de Ingenieros, han dado y darán a la patria ciudadanos ilustrados y sabios; pero falta a la clase numerosa de los artesanos, de los labradores, en general, a la clase pobre de la sociedad, que forma su inmensa mayoría, un establecimiento científico, agrícola y fabril, donde con los conocimientos elementales de que tanto necesita encuentre medios fáciles de proporcionarse una subsistencia cómoda y segura".¹⁴ Esta idea cobró sentido a la luz de la consigna "que nadie quede ocioso", guía de aquella "minoría selecta" que pensó transformar la España del siglo XVIII, si lograba que todos los individuos —de cualquier raza o condición— estuviesen capacitados para producir una riqueza material.

Desde fines del siglo XVIII, la administración de los Borbones había expedido decretos en contra de la vagancia y la mendicidad. Sin embargo, la cruzada sistemática contra la ociosidad fue emprendida en México años más tarde; prueba de ello son las reflexiones políticas y literarias que abordaron este tema durante las primeras décadas del siglo XIX. En 1816, *El Periquillo Sarmiento* señalaba, por ejemplo, que "no hay oficio vil en las manos de un hombre de bien, ni arte más ruin, oficio o ejercicio más abominable que no tener arte, oficio, ni ejercicio alguno en el mundo", pues "el ser ocioso e inútil es el peor desatino que puede tener un hombre; porque la necesidad de subsistir y el no saber cómo ni de qué, lo ponen con la mano en la puerta de los vicios más vergonzosos, y por eso vemos tantos drogueros, tantos rufianes de sus mismas hijas y mujeres, y tantos ladrones; y por esta causa también se han visto y se ven tan pobladas las cárceles, los presidios, las galeras y las horcas".¹⁵ En esta obra, Fernández de Lizardi equiparaba la importancia que para la so-

14 E. T. Turreau de Linières, "Proyecto para el establecimiento en México de una compañía científico-industrial que somete a la aprobación de las augustas Cámaras de la Unión el ciudadano Enrique Teodoro Turreau de Linières", México, 1833, *Archivo General de la Nación, Fondo Gobernación, Ramo Instrucción Pública*, v. VIII, exp. 13, p. 77.

15 J. J. Fernández de Lizardi, *El Periquillo Sarmiento* I-IX, *Obras VIII. Novelas*, UNAM, México, 1982, p. 151.

ciudad tenían profesiones y oficios,¹⁶ y criticaba a los padres de familia que querían que sus hijos fueran “clérigos, frailes, doctores o licenciados, aún cuando son ineptos para ello o les repugna tal profesión”, añadiendo que “también hay artes liberales y ejercicios mecánicos con qué adquirir el pan honradamente”.¹⁷ El entusiasmo que despertaba el trabajo manual en este autor se encontraba vinculado a valores como el honor, que reflejaban la influencia de las Luces.

Al entrar en contacto con el liberalismo económico, la concepción educativa de un autor como Fernández de Lizardi se modificó sustancialmente. A partir del último tercio del siglo XIX, el desempeño de una “ocupación útil y honesta” comenzó a ser valorada en función de la formación de una fuerza laboral. Un liberal moderado como Mariano Otero (1817-1850) señalaba, por ejemplo, que tres siglos de dominación colonial enseñaron a “ver con desprecio a todo hombre que se dedicaba a algún oficio”, considerando que “para ser hombre decente era preciso ser militar, empleado, clérigo, abogado o cuando menos médico”; por lo que, “la clase de artesanos que en otros países más afortunados forma la parte principal del verdadero pueblo, por su inteligencia y actividad, en México es insignificante y despreciable, así por su corto número como por la ignorancia y abatimiento en que se halla”.¹⁸

En el mismo sentido, Ignacio Ramírez (1818-1879) sostenía que “en la República hay más falta de herreros cosecheros y fabricantes, que de retóricos, licenciados y doctores”. El Nigromante proponía que “mientras mejora la suerte de la mayoría, se conviertan estos colegios (seminarios de ociosos) en establecimientos donde las ciencias físicas se apliquen a las artes; que en todos los establecimientos industriales de alguna consideración se enseñen los experimentos físicos y químicos, y los demás interesantes al ramo respectivo; y por último, que en todas las ha-

16 De hecho, en la época en que escribió Lizardi, eran muy pocos los criollos que vivían de una profesión. Basándose en la encuesta realizada hacia 1803, David A. Brading señala que el número de abogados ascendía a 386, y de éstos, únicamente 210 estaban en ejercicio, concentrándose en la ciudad de México, *op. cit.*, p. 289.

17 J. J. Fernández de Lizardi, *op. cit.*, p. 150.

18 M. Otero, *Consideraciones sobre la situación política y social de la República Mexicana en el año de 1847*, Obras I, Porrúa, México, 1967, pp. 110-111.

ciendas se abran cátedras donde la hacienda con la agricultura proyecten sobre el mismo terreno sus mejoras".¹⁹ Examinemos los cauces a través de los cuales estas ideas dieron lugar a una nueva alternativa en materia educativa en el segundo tercio del siglo XIX.

En primer lugar, empresarios como Esteban de Antuñano (1792-1847) impulsaron la creación de establecimientos educativos vinculados con la incipiente industria, buscando la consolidación de una fuerza laboral independiente de los gremios de artesanos que se oponían a la mecanización de la producción. A través de estos establecimientos se trató de difundir la llamada "ilustración industrial o económica", que Antuñano vinculó a la producción de riqueza, y por consiguiente, al mejoramiento de las "ocupaciones que son indispensables a todo hombre para alimentarse, vestirse y educarse al modo que la naturaleza y la civilización exigen".²⁰ La educación industrial o económica no pretendía homogeneizar el nivel social de los mexicanos, sino despertar entre los hombres de la masa el sentido del "interés común", que haría posible la consolidación de un nuevo orden político.

El Estado apoyó estos esfuerzos individuales creando las Juntas de Industria, como parte del proyecto de industrialización a través del cual Lucas Alamán (1792-1835) fundó el Banco de Avío en 1830. Las Juntas de Industria tomaron como modelo las Sociedades Económicas de Amigos del País, formando bajo su auspicio escuelas de artes y oficios. Estas escuelas en nada se asemejaban a las ya existentes, en el sentido de que su objetivo era transmitir sólo los conocimientos directamente relacionados con la producción: reunían en el salón de clases, "los diversos medios que la industria emplea para producir", y contaban con "un gabinete lleno de instrumentos, máquinas y útiles necesarios a ca-

19 I. Ramírez, "Sobre la instrucción popular", *Don Simplicio*, tomo II, segunda época, núm. 9, México, 28 de enero de 1846, p. 3.

20 E. de Antuñano, "Memoria breve de la industria manufacturera de México desde el año de 1821 hasta el presente, señalando los motivos de su aniquilamiento, los efectos que éste ha producido sobre la moral y la riqueza, y el remedio análogo para poner nuestra industria en un estado animado", Oficina del Hospital de S. Pedro, Puebla, 30 de julio de 1835, *Fondo Reservado, Colección Lafragua*, v. 686, p. 4.

da profesión”.²¹ La existencia de estas escuelas fue, por lo general, efímera.

Finalmente, la historia intelectual de México independiente estuvo marcada por la presencia de asociaciones, círculos, clubes, liceos, salones, sociedades, uniones, etc., animados por hombres ilustrados deseosos de educar a las “clases menesterosas”. Sin perseguir una finalidad política deliberada, liberales y conservadores coexistieron en el seno de estas asociaciones dedicadas exclusivamente al intercambio de ideas. En su estudio, Alicia Perales Ojeda explica que muchas de ellas tuvieron dificultades en subsistir, ya que los socios cubrían sus cuotas con dificultad y las publicaciones se veían afectadas por la supresión del subsidio gubernamental, dada la crisis por la que atravesaba el país. No obstante, los miembros de un círculo que se extinguía volvían a reunirse en una nueva asociación pocos meses o años después.²²

Las razones por las cuales estos profesionistas, funcionarios, intelectuales, clérigos, militares y pequeños comerciantes e industriales, perseveraban en su esfuerzo, eran de diversa índole. Perales Ojeda menciona algunas de ellas: lograr un lugar de importancia en el mundo de las letras; crear alianzas políticas; auxiliarse mutuamente en situación económica precaria, en prisión y enfermedad; reafirmar las relaciones de solidaridad que se originaron en las logias, las sociedades secretas y en las agrupaciones religiosas.²³

Además de haber realizado una labor de docencia, las asociaciones científicas y literarias entablaron una discusión sistemáti-

21 *Semanario de la Industria Mexicana*, órgano de la Junta de Industria de la ciudad de México, “Conservatorio de París”, México, 1841, p. 67.

22 Entre 1814 y 1840, fecha en que se fundó El Ateneo Mexicano, existieron las siguientes sociedades de pensadores y academias: Reuniones Literarias del señor Montañón (1814-1820); Sociedad Pública de Lectura (1820-1821); Sociedad de Amigos del País (1822-1823); Instituto Nacional (1826-?); Academia de San Gregorio (1829-1848); Salón Literario de Gómez de la Cortina (1832-1833); Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística (época 1833-1839); Tertulia de Francisco Ortega (1833-1835); Academia de la Lengua (1835-1854); Liceo Mexicano Artístico y Literario (1835-?); Academia de San Juan de Letrán (1836-1856); Sociedad Patriótica (1839-?); Gran Sociedad Filarmónica y Conservatorio Mexicano de Ciencias y Bellas Artes. Cf. A. Perales Ojeda, *Asociaciones literarias mexicanas, siglo XIX*, UNAM, México, 1957.

23 *Idem*, pp. 16-17.

ca acerca de problemas cruciales, como lo eran el desarrollo de una literatura nacional y de una historia crítica, la generalización de una mística del trabajo y de la educación, así como la delimitación de la esfera de acción de la Iglesia y del ejército frente a aquella de la sociedad civil, cuyos derechos estaban respaldados por un nuevo orden jurídico a partir de la independencia. El Ateneo Mexicano es uno de los ejemplos más representativos dentro de este género.

4. *El Ateneo Mexicano*

a) *Historia de la asociación*

El 22 de noviembre de 1840, un grupo de intelectuales convocó una reunión en el Colegio de Santa María de Todos Santos. Entre ellos se encontraban Ángel Calderón de la Barca, Andrés Quintana Roo, José Gómez de la Cortina, Juan Bautista Morales, Francisco Ortega y algunos más. Su propósito era formar una sociedad literaria cuyo objetivo sería "propagar los conocimientos útiles, adquirir nuevos y divertirse con el trato mutuo".²⁴ Durante esta reunión, Miguel Valentín y Pablo Vergara fueron electos presidente y secretario de la asociación, respectivamente.

Las actividades del Ateneo se iniciaron formalmente el 6 de diciembre de 1840, con la aprobación oficial del gobierno departamental. El reglamento provisional que había sido elaborado establecía que la nueva asociación "no se ocupará de política", a pesar de que los socios fundadores del Ateneo eran, en su mayor parte, liberales moderados profundamente involucrados con los partidos y las logias.²⁵

24 *El Ateneo Mexicano*, Anales del Ateneo. Primera Junta, 22 de noviembre de 1840, Imprenta de Vicente G. Torres, tomo I, México, 1844, p. 48.

25 Juan N. Almonte, Luis G. Cuevas, Ángel Calderón de la Barca, Luis Gonzaga Vieyra, Juan N. Gómez Navarrete, Andrés Quintana Roo, Juan Bautista Morales, Miguel Valentín, Manuel Moreno y Jove, Joaquín Román, Luis G. Movellán, Pedro Ahumada, José María González de la Vega, Guadalupe Arriola, Agustín Flores Alatorre, José Gómez de la Cortina, José María Casasola, Ignacio González Pavón, Ignacio Flores Alatorre, Francisco López, José María Cuevas, Antonio Fernández Monjardín, Lucas Alamán, Miguel Bustamante, José María Bocanegra, Manuel de la Peña y Peña, José María Tornel, Luis Iturbe, Cayetano Ibarra, Ignacio Sierra y Rosso, Isidro R. Gondra, Mariano Domínguez, Francisco

En las primeras semanas del mes de enero de 1841, el Ateneo inició sus labores de docencia.²⁶ Las cátedras y lecturas estuvieron organizadas a través de secciones.²⁷ Comenzó a integrarse una biblioteca con donaciones particulares y con la mitad del acervo de la biblioteca del Estado de México, cedida por el gobierno.²⁸ Simultáneamente, se organizaron concursos que abrían un debate público sobre temas de gran importancia: la minería, la conservación de los bosques y la educación primaria. Estas actividades atrajeron nuevos socios.²⁹

Arbeu, Pedro García Conde, Ramón Malo, Francisco Modesto Olaguibel, Mariano G. de Aguirre, Camilo Bros, Mariano Icaza, Francisco Fagoaga, Juan Rodríguez de San Miguel, José Gálvez, Juan Orbeagozo, José Sotero Castañeda, Felipe Neri del Barrio, Juan María Flores, Manuel Escandón, Francisco Ortega, Luis Varela, José de la Fuente, Agustín Gómez Eguarte, Joaquín Villa, Manuel Carpio, Arno Fonseca, Miguel María Azcárate, Benigno Bustamante, Vicente Segura, José Durán, Miguel Arroyo, Felipe Saldívar, Luis Robles, Juan Matuti, Juan N. Pereda, Agustín Letamendi, Pablo Vergara. *El Ateneo Mexicano*, Anales del Ateneo, acta de la sesión del día 20 de diciembre de 1840, *op. cit.*, p. 240.

26 Desde su fundación hasta 1842, El Ateneo realizó las actividades docentes y las reuniones en la calle de Espíritu Santo núm. 8. La falta de recursos para pagar la renta de este local obligó a los socios a pedir prestado al rector de la Universidad un salón. Hasta la desaparición de la asociación, la Universidad dio albergue a los ateneístas. *Archivo General de la Nación, Ramo Gobernación, Fondo Instrucción Pública*, vol. 9, exp. 2; vol. 29, exp. 21.

27 El Ateneo contaba con once secciones: Ciencias morales, (Miguel Valentín), Ciencias naturales (Juan Orbeagozo), Botánica y agricultura (Miguel Bustamante), Historia (José María Bocanegra), Literatura (Manuel Moreno Jove), Geografía (José Gómez de la Cortina), Legislación (Manuel de la Peña y Peña), Idiomas (Lucas Alamán), Industria (Ignacio Cumplido), Fomento del Ateneo (Juan N. Gómez Navarrete), Redacción del periódico (Andrés Quintana Roo). *El Ateneo Mexicano, Instalación del Ateneo*, acta del día 17 de enero de 1841, *op. cit.*, pp. 263-264.

28 *El Ateneo Mexicano*, "Anales del Ateneo", 22 de noviembre de 1840, *op. cit.*, p. 144.

29 Miguel Atristáin, José Joaquín Avilés y Pruneda, José Ignacio Anievas, Lino José Alcorta (general), José Miguel Arias, Manuel Barbachano, José Valente Baz, Tiburcio Cañas, Guadalupe Cobarrubias, José Bernardo Couto, Ignacio Cumplido, Juan Cano, Ildelfonso Castillo, Juan Domínguez (coronel), José María Durán, Francisco Espinosa de los Monteros, Pedro Escobedo, José Basilio Guerra (abogado), Juan Martín Garza Flores (abogado), Manuel Eduardo Gorostiza, Francisco Gómez (abogado), Rafael Garza Flores, Antonio García y García, Juan Hierro (abogado), Germán Landa, Carlos Landa, Bernardo González Angulo, José María Ortiz Monasterio, Ramón Pacheco (abogado), Leopoldo Río de la Lo-

Con la aparición de la revista *El Ateneo Mexicano*, publicada entre 1844 y 1845, la organización de la asociación se sistematizó más: durante este período se amplió el número de secciones,³⁰ y se nombró una nueva junta de gobierno.³¹ Casi todos los autores que colaboraron en *El Ateneo Mexicano* ocuparon un lugar preponderante en la vida política de la época.³²

Desconocemos las actividades de los ateneístas entre 1846 y 1850. Suponemos que la crisis política por la que atravesó el país

za, Wenceslao Reyes, Mariano Sánchez Mora, Hipólito Thivol, José Dolores Ulíbarri, Ignacio Vera (doctor), Mariano Villela, Manuel Villada (general), Antonio Icaza, Francisco Iturbe. *El Ateneo Mexicano*, "Instalación del Ateneo", acta del día 17 de enero de 1841, *op. cit.*, pp. 263-264.

30 Redacción y revisión (José María Lafragua), Geografía y estadística (Pedro García Conde), Literatura (Andrés Quintana Roo), Legislación (Mariano Otero), Industria (Mariano Gálvez), Idiomas (Camilo Bros), Ciencias morales (Ignacio Vera), Ciencias naturales (Miguel Bustamante), Ciencias militares (José María Tornel), Economía política (Juan Bautista Morales), Dibujo lineal y arquitectura (Lorenzo Hidalgo), Dibujo natural (Jesús Corral), Lengua castellana (José G. de la Cortina), Historia (José María Lacunza), Agricultura (Isidro Rafael Gondra), Fomento (Pablo Vergara), Instrucción primaria (Rafael Espinosa), Ciencias médicas (Manuel Carpio), Matemáticas (Manuel Castro), Música (Rafael Palacios). *El Ateneo Mexicano*, pp. 7-8.

31 La nueva junta de gobierno estuvo integrada por José María Tornel (presidente), Mariano Otero (vicepresidente), Pedro Fernández del Castillo (primer conciliario), Benigno Bustamante (segundo conciliario), Lorenzo Hidalgo (tesorero), José María Lafragua (primer secretario), Guillermo Prieto (segundo secretario), e Isidro Rafael Gondra (bibliotecario).

32 *José María Lafragua* (1813-1850): liberal, ministro de Relaciones Exteriores con comonfort, Juárez y Lerdo de Tejada. *Mariano Otero* (1817-1850): liberal, economista, historiador, legislador y diputado. *José María Lacunza* (1808-1869): abogado y poeta, ministro de Relaciones Exteriores durante los regimenes de José Joaquín Herrera y Maximiliano. *Melchor Ocampo* (1814-1861): liberal, gobernador de Michoacán, ministro de Hacienda, de Gobernación y de Relaciones Exteriores con Juárez. *Francisco Ortega* (1793-1849): diputado y senador. *José María Tornel y Mendivil* (1789-1853): introductor de la masonería en México, gobernador del Distrito Federal, colaborador cercano de Santa Anna en cuyos regimenes ocupó el cargo de oficial mayor de Guerra y Marina. *Isidro Rafael Gondra* (1788-1861): participó en la guerra de Independencia y más tarde se incorporó al Partido Liberal. *Luis de la Rosa* (1804-1861): liberal, ministro de Hacienda con el general Herrera, ministro de Justicia con el general Anaya, ministro de Relaciones con de la Peña y Peña, ministro de Relaciones con Comonfort, gobernador de Puebla y diputado. *Juan Bautista Morales* (1788-1856): destacado periodista liberal. *Juan Suárez y Navarro* (1813-1867): escitor y colaborador cercano de Santa Anna. Cf. *Diccionario Porrúa. Historia, Biografía y Geografía de México*, Porrúa, México, 1970.

durante aquella época hizo disminuir, o acaso desaparecer, sus reuniones. Existen testimonios de que la asociación reanudó sus labores en 1851: en el mes de enero, *El Siglo XIX* anunció el nombramiento de un nuevo tesorero interino (Pablo Vergara), y publicó la lista de los socios que habían sido admitidos.³³ El Ateneo quedó así formalmente reinstalado, "a pesar de haber muerto muchos de los socios y de estar ausentes otros".³⁴ Tenemos noticias de las lecciones de Derecho administrativo que Teodosio Lares impartió en El Ateneo durante este período. Hacia fines de 1851 o principios de 1852, la asociación desapareció en cuanto tal. Sin embargo, muchos de los ateneístas volvieron a reunirse en otras asociaciones, dando así continuidad al proyecto.³⁵

b) *Las ideas*

La importancia que los pensadores decimonónicos dieron a la formación de asociaciones científicas y literarias, estaba fundada

33 Mariano Yañez, José María Aguirre, José María Diez de Sollano, José María Enciso, Juan Francisco Bustillos, Blas Balcarcel, Miguel Velázquez de León, Teodosio Lares, Manuel Gargollo, Diego Somera (hijo), Ignacio Aguilar, Mariano García Cuenca, José Valente Baz, Francisco Espinosa de los Monteros, Marcelino Castañeda, Juan de la Granja, Aquilino Mendieta, Arcivaldo Hope, Nicánor Beistegui, N. Pinal, José María Barientos, José Sebastian Segura. *El Siglo XIX*, año undécimo, cuarta época, sábado 25 de enero de 1851.

34 *Ibidem*.

35 Para dar cuenta de este fenómeno, baste revisar la composición de las asociaciones culturales que existieron en México durante los años que siguieron a la clausura del Ateneo: *Academia de la Lengua* (1835-1854): J. Gómez de la Cortina, A. Quintana Roo, J. M. Heredia, F. M. Sánchez de Tagle, M. Valentín, A. Torres Torija, J. M. Blasco, J. M. Tornel, J. M. Fagoaga, C. M. de Bustamante, B. Arrillaga, J. J. Pesado, M. E. de Gorostiza, J. Rodríguez Puebla, J. Obregoso, B. Couto, L. Alamán, M. Diez de Bonilla, J. J. Espinosa de los Monteros, J. M. del Castillo y Lanzas, I. R. Gondra, F. Ortega, J. R. Pacheco, M. Santamaría, C. de J. Munguía, J. M. Bassoco, M. Valdovinos, J. F. Ramírez, M. Moreno y Jove, I. Sierra y Rosso, F. Miranda, I. Aguilar y Marocho, J. M. Lafragua. *Academia de San Juan de Letrán* (1836-1856): J. M. Lacunza, G. Prieto, M. Tossiat Ferrer, J. N. Lacunza, M. Carpio, J. J. Pesado, I. Ramírez, H. Frías y Soto, I. Rodríguez Galván, E. Ortega, A. Larrañaga, F. M. Olaguibel, J. Cardoso, C. de J. Munguía, I. Aguilar y Marocho, R. I. Alcaraz, J. M. Lafragua, F. M. Escalante, C. del Collado, J. Navarro, M. E. de Gorostiza, M. Payno, J. M. Tornel. *Liceo Artístico y Literario* (1851-1852): J. M. Lacunza. *Liceo Hidalgo* (primera época, 1850-1892): J. M. Tornel, F. S. Maldonado, F. Zarco, F. González Bocanegra, M. Arróniz, E. Rey, J. Suárez y Navarro, F. M. del Castillo, L. Ortiz, J. M. Rodríguez y Cos, J. M. Reyes, H. Frías y Soto, J. M. Domínguez, F. Aranda, J. Galindo, M. Orozco y Berra, M. G. García, L. Rivera Melo, F. Rodríguez y Callaga, J. S. Segura, P. Bejarano. Cf. A. Perales Ojeda, *op. cit.*, pp. 35-36.

en la convicción de que en la época moderna, el sabio, el profesor, el hombre de letras, el artista, no podían ya producir en forma aislada. Se pensaba que la transformación de la condición del hombre de la masa demandaba la búsqueda explícita de una coherencia entre las orientaciones del saber y las “necesidades más urgentes del pueblo”, y que esto sólo podría lograrse mediante la conjunción de los esfuerzos de los privilegiados. Concientes de su misión histórica —regenerar al pueblo ignorante—, los ateneístas declaraban estar animados por “el sublime deseo de ser útiles a sus conciudadanos”; añadiendo que, “hay en el hombre sabio una generosidad infatigable que trabaja sin otra mira que el beneficio de la humanidad, que madura con paciencia y sensatez los frutos que desea derramar, huyendo igualmente del presuntuoso arrojo de la sofistería, que de la indolencia del egoísmo”.³⁶

Con base en estos principios, el proyecto de educación popular que animó la vida de El Ateneo estuvo articulado en torno a tres objetivos: “introducir la instrucción en muchos ramos de ciencias de que habíamos carecido hasta el día de hoy, y que por lo mismo, eran totalmente desconocidas al mayor número de habitantes de nuestro suelo”; adaptar a México “los métodos más modernos de Europa”; en fin, “facilitar la instrucción, conciliando los medios de que se vale para darla con los intereses privados de los que la solicitan”.³⁷

La posibilidad de educarse debería estar abierta a todos. A las cátedras y lecturas impartidas en El Ateneo asistía “una multitud de personas de todas edades, estados y condiciones, que *voluntariamente* acuden a adquirir en aquel establecimiento los medios de aplicar el ingenio a las artes, a las ciencias y a las bellas artes, esto es, la verdadera instrucción, el amor al trabajo, y las luces necesarias para conocer nuestros deberes, y asegurar la felicidad posible en esta vida”.³⁸ Fueron en particular los artesanos —“esa apreciablesísima clase de toda sociedad libre y civilizada”— quienes encontraron en El Ateneo, “medios de instrucción que les

36 *El Ateneo Mexicano*, “Instalación de El Ateneo”, acta del día 17 de enero de 1841, *op. cit.*, p. 263.

37 *El Ateneo Mexicano*, Introducción, *op. cit.*, p. 4.

38 *Idem*, p. 5

sería acaso imposible conseguir, si no existiera aquel establecimiento. En él empiezan a adquirir ideas ciertas de la dignidad del trabajo, y las doctrinas que allí se les inculcan, les muestran el porvenir bajo el punto de vista más propio para animarlos, haciéndoles ver con otros ojos la importancia de la profesión que cada uno abraza, y el distinguido lugar que por medio de ella pueden ocupar en la sociedad”.³⁹

A diferencia de universidades y colegios donde además de costosa, la educación impartida era “antigua, embrollada, confusa, reducida a ocupación única y exclusiva por espacio de años enteros, y confinada a ciertos establecimientos rutineros y sombríos...propios para hacerla odiosa, nula y ridícula”,⁴⁰ El Ateneo buscó *facilitar y amenizar* la instrucción y hacerla compatible con la vida cotidiana del pueblo. Además de que no era necesario realizar gastos especiales, ya que la asociación proporcionaba gratuitamente los libros y los útiles necesarios, las actividades del Ateneo estaban diseñadas para que los alumnos pudieran conservar su trabajo y adaptaba sus horarios a la conveniencia de los asistentes.

La revista *El Ateneo Mexicano* reflejaba los mismos ideales: en ella se buscó unir la “solidez de principios a la variedad de materias”, y despojar la instrucción de su “aspecto ceñudo” para presentarla “en forma risueña, placentera, y a veces juguetona, a todas las clases de la sociedad”.⁴¹ Esto se tradujo en la presentación de una temática variada que abarcaba la literatura, la historia, las ciencias naturales, la religión, la arqueología, la educación, el derecho, la filosofía, la industria, la arquitectura, así como otros conocimientos que podían ser considerados de utilidad social. Al lado de los artículos de fondo, se publicaron obras poéticas y una serie de noticias relativas a los esfuerzos de hacer llegar al pueblo un nuevo tipo de instrucción. Entre estas noticias encontramos, por ejemplo, un proyecto de Lucas Alamán para impulsar el estudio de la historia, y otro para promover la educación técnica para niños.

Los ateneístas pensaron que la producción de este saber enci-

39 *Ibidem.*

40 *Ibidem.*

41 *Ibidem.*

clopédico era de utilidad social en la medida en que el conocimiento científico y las artes encerraban un potencial para transformar al hombre colonial en un ciudadano libre y conciente de sus derechos. Más que por sus aplicaciones directas al mejoramiento de la vida material, la importancia de las actividades realizadas en esta sociedad de pensadores se desprendía de la posibilidad de enunciar los elementos que favorecerían el surgimiento de un nuevo tipo de relaciones sociales basadas en la libre asociación de individuos, iguales en su esencia.

Para los ateneístas la transformación de la sociedad colonial apuntaba hacia el desarrollo de una sociedad de propietarios, respetuosos de las instituciones y confiados en el progreso. El sostén de esta transformación estaba dado por la realización de un trabajo intelectual: el objeto de la historia, la literatura, la economía o el derecho era, en efecto, esbozar el perfil del hombre nuevo en relación con valores como la propiedad, la cultura y el trabajo.

El proyecto pedagógico de la élite reunida en círculos literarios y sociedades de pensadores descansó, pues, en el supuesto de que el hombre del pueblo tenía que pasar por una transformación para poder ser reconocido como un ciudadano. Esto, a pesar de que en el pensamiento político moderno la noción de ciudadano quedaba referida al hombre en abstracto, cuya especificidad no estaba dada por una determinación social como por ejemplo el interés de enriquecerse o la adquisición de la cultura democrática.⁴²

La imposibilidad de supeditar la noción de ciudadano a la educación o a la propiedad, nos lleva a cuestionar la finalidad explícita del proyecto ateneísta. Es decir, cabe interrogarse si esta asociación cultural de ayuda a las "clases menesterosas" estuvo más bien al servicio de los intereses políticos de la élite ilustrada. El análisis de la organización interna del Ateneo nos ayudará a esclarecer esta pregunta.

5. Educación para la democracia

La vida intelectual del México independiente estuvo en manos

⁴² F.-X., Guerra, *Le Mexique. De l'Ancien Régime a la Revolution*, tome premier, L'Harmattan, París, 1985, pp. 144-145.

de una élite que se concibió como el único grupo capaz de definir un proyecto político para la nueva nación. Dicho proyecto fue generado y desarrollado en diversos espacios, entre los que se contaron las asociaciones culturales donde los ilustrados se reunían para discutir temas variados, sin aparente finalidad política.

Un historiador de la Revolución Francesa, Augustín Cochin (1876-1916), interpretó la irrupción del “fenómeno democrático” en una sociedad con un pasado monárquico, en relación con el trabajo que se llevó a cabo en dichas asociaciones. Para este autor la consolidación del orden democrático estaba estrechamente vinculada a la reproducción de un nuevo “modelo social” —basado en el individualismo moderno—, que las logias y las sociedades de pensadores contribuyeron a difundir a partir de la segunda mitad del siglo XVIII en Francia.⁴³

De acuerdo con Cochin, la condición para ingresar en logias y sociedades de pensadores era que los aspirantes se despojara de los elementos concretos que determinaban su inserción dentro de la sociedad —la profesión o el nivel económico—, y reafirmaran su apego a las ideas. Lo importante no era que existiera un acuerdo en cuanto al contenido mismo de éstas (recordemos que en El Ateneo coexistieron tendencias políticas opuestas), sino el hecho de que cada uno de los asociados pudiera ser considerado como un ser pensante y conciente del poder de la razón. A diferencia de las antiguas corporaciones, donde la referencia a la profesión, la clase y la raza eran elementos esenciales para definir la membresía, las asociaciones de ilustrados se formaron en función de una identificación ideológica que traducía el compromiso personal de cada uno de los asociados con una nueva concepción social basada en la noción de individuo.

La estructura misma de las asociaciones científicas y literarias reflejaba la moderna concepción individualista. En primer lugar, la organización interna semejava aquella de una *república ideal* —con sus leyes, sus premios, sus sanciones, sus magistrados, su pueblo—, en la que se practicaba una *democracia pura*; esto es, la ficción del gobierno directo del Pueblo, que el Jacobinismo llevó hasta sus últimas consecuencias en la época del Terror. Por otra

43 A. Cochin, *Les sociétés de pensée et la démocratie*, Plon, París, 1921; *La révolution et la libre pensée*, Plon, París, 1924.

parte, el principio de *igualdad* que regía las relaciones entre los asociados era una réplica de la noción abstracta que en una democracia queda plasmada en la dimensión jurídica, y que confiere a todos los individuos los mismos derechos. En fin, los mecanismos que regían el intercambio de ideas entre los pensadores permitían extraer la *Opinión* —otra de las piezas clave del modelo democrático— a partir de la realización de un trabajo de síntesis sobre las opiniones individuales. Dichos mecanismos traían aparejada la anulación de las convicciones personales de cada uno de los miembros, en aras de la elaboración de un *consenso* que, al ser presentado como producto de la voluntad general, se convertía en una forma de poder susceptible de impugnar la legitimidad de las relaciones sociales que no estaban fundadas en el principio de la libre asociación de individuos. Por ejemplo, las relaciones que prevalecían en las comunidades indígenas y en la Iglesia.

El corolario a esta interpretación es que las academias y las sociedades de pensadores fueron uno de los instrumentos a través de los cuales la élite logró conservar el derecho a dirigir y gobernar, aún cuando de acuerdo con los principios democráticos cualquier miembro de la sociedad pudiera en principio acceder al poder. Francois-Xavier Guerra ha señalado en este sentido que la difusión del individualismo moderno dio lugar a una “sociedad política radicalmente diferente, con nuevas formas de organización y de acción, con un nuevo sistema de representaciones y valores”,⁴⁴ en el seno de la cual se consolidó una red de relaciones personales que dieron una base al Estado mexicano a partir de la derrota de los conservadores. La hipótesis de Guerra es que la estabilidad de los regímenes de Juárez y Díaz estuvo sustentada en las formas de organización social que existieron en las primeras décadas del siglo XIX.

Hay que añadir que si bien las academias y las sociedades de pensadores permitieron a la élite absorber los elementos innovadores que configurarían el orden democrático, el proyecto educativo que en ellas se gestó mantuvo vivo el legado colonial. Es decir, después de la Independencia, la educación seguía siendo concebida como parte integral de un programa político similar

44 F.-X. Guerra, *op. cit.*, p. 143.

al que la “minoría selecta” aplicó en el último tercio del siglo XVIII, primero en España y después en las colonias americanas.

En tanto que educadores, los ateneístas se concibieron, pues, como promotores del “bien común” —categoría en perfecta coherencia con los principios que fundaron la monarquía absoluta— dentro del marco de un sistema democrático, donde la educación constituye un derecho y no una obra de benevolencia. ¿Puede esto explicar el fracaso de la educación utilitaria, dirigida a incrementar el número de los iguales en una sociedad donde, a pesar de la ruptura con la monarquía colonial, el ejercicio de la libertad y la igualdad estaba reservado a una minoría?

YURI KARIAKIN

Una humanidad mortal*

ANTE TODO quiero expresar mi agradecimiento a los organizadores de este evento por la invitación que recibí para participar en él. De igual manera quiero agradecer a los presentes el que con tanta generosidad me regalen en este momento su tiempo. Realmente tengo deseos de ser merecedor de su confianza.

Hace cien años un filósofo dijo: "Imaginemos un circo. Alegría. De pronto sale corriendo un payaso y grita: ¡Fuego! Los espectadores responden con risas y aplausos. Por segunda vez, sale el payaso gritando: ¡Fuego! Y también entonces el público lo celebra con risas y aplausos. Por tercera vez grita: ¡Fuego! ¡El circo está ardiendo! Y por tercera vez la respuesta se reduce a risas y aplausos..." El filósofo Kierkegaard concluye: "El mundo perecerá ante el aplauso general".

Nuestra lectura de Dostoievski ha sido similar: cien años lo hemos admirado y aplaudido, y cien años no lo hemos escuchado, no lo hemos comprendido.

Me persigue una sensación que me atormenta constantemente y no se aleja de mí ni por un momento: todos sabemos que vivimos en un mundo amenazado por una doble muerte: la militar y la ecológica. Lo sabemos y sin embargo vivimos, sentimos, hablamos, pensamos y trabajamos como antes, como cuando no existía ninguna amenaza. La amenaza de muerte llegó inesperadamente y todavía no logramos comprender que cada día, cada hora, quizá cada minuto, cada palabra nuestra (sobre todo la de los filósofos), cada acción puede ser la penúltima, tal vez la última oportunidad que tenemos de salvarnos. Quizá esta conferencia también nos haya sido dada para eso. Yo les pregunto, ¿cuál

* Conferencia pronunciada el 30 de noviembre de 1987 en el ITAM. Traducción de Selma Ancira.

es nuestra actitud ante esta situación? Salvo contadas excepciones, estamos dedicados a jugar solitarios filosóficos o ideológicos en una casa en llamas en vez de luchar por salvar la casa del fuego. Pero miremos las cosas detenidamente: hemos seguido viendo como si aún rigiera nuestra vida ese viejo reloj que parecía tener cuerda para toda la eternidad. Sin embargo ahora el reloj es otro; hay dos relojes. Después de la explosión de Hiroshima los físicos norteamericanos comenzaron a publicar una revista en cuya portada está dibujada la carátula de un reloj que señala la hora dependiendo de la proximidad de la catástrofe nuclear: diez para las doce, cinco para las doce, un minuto para las doce. Existe además el reloj ecológico y nosotros desconocemos si sus manecillas han alcanzado ya la posición fatal. ¿Comprenden ustedes? Lo ignoramos y nos perdemos en discusiones que intentan definir si esta situación es de primero o de segundo orden, o si es cuestión de conciencia o de ser.

Pero ahora el no ser (es decir, la amenaza del no ser) es lo que define, o más bien, lo que debería definir nuestra conciencia.

Se dice que en 1945 comenzó una era absolutamente nueva, una periodización absolutamente inédita, un calendario totalmente distinto: quedó atrás el largo camino de una humanidad práctica y psicológicamente inmortal. Ahora tenemos por delante el camino desconocido de una humanidad mortal, de una humanidad amenazada por el suicidio. Sin embargo, no es en 1945 cuando comienza una nueva era, ni una nueva periodización. Pienso que esta nueva era se inicia a principios del siglo XX. ¿Sabían ustedes que, por los círculos concéntricos de un tronco, es posible determinar si un año fue lluvioso o seco?

En el Cáucaso hay una montaña llamada Elbruz. Su cima está cubierta de nieve eterna, *eterna*. Si hiciéramos un corte vertical, veríamos la diferencia que existe en la pureza de las nieves de siglo en siglo, de década en década, de año en año. La nieve es cada vez más gris y pronto será negra. Respiramos un aire diferente del que respiraron nuestros antepasados. No vemos ya el cielo tan azul como ellos lo vieron. Hemos agotado la tierra. Ya **no** bebemos la misma agua. Nos acosa la asfixia. Y sin embargo, a lo largo de nuestra historia hemos tenido tiempo para vivir dos guerras mundiales y muchas otras pequeñas. Hemos escrito miles, millones de libros y casi ninguno acerca de lo primordial.

¿Acaso todo esto no tiene relación con la filosofía? Durante la

segunda guerra mundial murió tanta gente que si guardáramos un minuto de silencio por cada uno de los desaparecidos, la humanidad callaría para siempre.

Henri Poincaré afirmó que mientras menos premisas haya y más consecuencias se tengan de ellas más sustancial es la teoría. Sin embargo, ahora, ante nosotros, no hay más que una única premisa cruel y descarnada, un postulado único: el género humano. La vida toda se ha vuelto prácticamente, técnicamente mortal. Este postulado significa que han de surgir nuevas coordenadas, nuevas referencias, nuevos criterios relativos tanto a la concepción del mundo como a nuestra actividad. Esta premisa trae consigo infinitas consecuencias. Voy a referirme sólo a algunas de ellas.

La primera de estas consecuencias es una percepción del tiempo completamente nueva. La inmortalidad del género humano había predeterminado cierta relación con el tiempo; la mortalidad predetermina ahora una relación totalmente distinta. Y ambas percepciones del tiempo en sí mismas predeterminan la posibilidad de la muerte o de la salvación. Aquí, según creo, es imposible seguir adelante sin utilizar dos conceptos que podríamos llamar conceptos-modelo: *tiempo vivo* y *tiempo muerto*. Tiempo vivo cuando la vida florece, cuando por lo menos es posible salvarla; tiempo muerto cuando ya no se puede hacer nada, cuando nuestra nave terrestre ha tomado una ruta equivocada y no se le puede hacer regresar ni se puede alterar su rumbo.

Antes, en verdad teníamos la eternidad como reserva y vivíamos como regidos por un reloj de arena: pasaba un día, un año, un siglo, volteábamos el reloj y de nuevo el tiempo comenzaba y corría como siempre había corrido. Ahora, el tiempo ha comenzado literalmente a *escurrirse* del *ser* herido por nosotros, ha comenzado a escurrirse como escurre la sangre de una herida.

En general, este gran invento, el invento del reloj (sobre todo el del reloj mecánico y más aún el del electrónico, al que no hay que dar cuerda) nos jugó, a fin de cuentas, una mala pasada al acostumbrarnos de manera inadvertida a la sensación de que éramos dueños del tiempo: lo cazábamos como se caza al ratón en la ratonera... ¿No caímos nosotros en la ratonera? ¿Y acaso no nos sucede lo mismo con el calendario? Lo imprimimos para todo un año (a veces para diez), y de ahí surge una sensación fisi-

ca de futuro bienestar tangible, una sensación de garantía de la existencia como si hubiéramos recibido un boleto y fuéramos en un tren por un camino infinito y seguro, y a nuestro encuentro correrían las estaciones de antemano conocidas.

La relación que la humanidad tenía antes, en general, con el mundo era en esencia una relación adolescente, juvenil, sin temores ante los posibles *zig-zag* del destino; una relación con el mundo como la que tan precisamente expresó el protagonista de *El adolescente* de Dostoievski:

“Me enmendaré. Esto de alguna manera lo voy a corregir... Haré alguna buena acción... Aún tengo cincuenta años por delante...”

Anteriormente todas las cuestiones se planteaban y se resolvían dentro del marco de una vida garantizada tanto para la humanidad, como para la naturaleza. Ahora, se plantean dentro de las coordenadas de una elección entre la vida y la muerte. Pero tengamos en cuenta que es posible salvar la vida, vencer la muerte orientándonos únicamente hacia las formas sociales y espirituales más elevadas de la existencia humana.

Seguramente ustedes se acuerdan del hacha de Raskólnikov en *Crimen y castigo*. Del hacha que llevaba debajo del brazo, aquella con la que mató a la vieja prestamista.

Pero... ¿recuerdan ustedes el hacha de *Los hermanos Karamázov*? Me refiero concretamente al pasaje en donde Iván conversa con el diablo.

Iván le pregunta:

—¿Qué sucederá con el hacha en el espacio, en el cosmos, en la tierra?

El diablo responde:

—¿Qué sucederá con el hacha en el espacio? ¡Vaya idea! El hacha volará alrededor de la Tierra como un *satélite*.

Es la primera vez que Dostoievski utiliza esa palabra.

Vamos, pues, del hacha de Raskólnikov al hacha en el espacio, en la Tierra: de “mata a un hombre” a “mata a la humanidad”.

En otro momento de la novela, Raskólnikov tiene un sueño en el que el mundo entero ha caído enfermo de la peste:

“Aparecieron ciertas nuevas triquinas, seres microscópicos, que se instalaron en el cuerpo de la gente. Quienes los alojaban, se convertían en endemoniados y locos. Nunca antes la gente se había considerado tan inteligente e inmovible en la verdad,

como se consideraban a sí mismos los contagiados. Nunca se habían considerado tan incommovibles en sus juicios, en sus deducciones científicas, en sus convicciones y creencias morales. Todos estaban inquietos y no se comprendían unos a otros. Cada cual pensaba que él era el único poseedor de la verdad... No sabían a quién juzgar, ni cómo hacerlo; no podían ponerse de acuerdo sobre qué es el mal y qué es el bien... Por momentos los hombres se amontonaban, se ponían de acuerdo sobre algo, juraban que ya no se separarían, pero al momento siguiente se dedicaban a algo totalmente distinto de lo que ellos mismos habían supuesto, comenzaban a culparse unos a otros, se peleaban y se acuchillaban (...) Todo, todo se perdía.”

El contrapunto a este sueño de Raskólnikov lo encontramos en otra obra de Dostoievski, el *Sueño de un hombre ridículo*:

“Comenzaron a surgir personas en quienes nacía la idea de unirse nuevamente, para que cada uno pudiera dejar de amarse a sí mismo más que a los demás (...) y de esa manera todos podrían vivir juntos en una sociedad armoniosa. En aras de esta idea se desencadenaron guerras, en las que los combatientes estaban convencidos de que la ciencia, la sapiencia humana y el instinto de conservación finalmente obligarían a los hombres a unirse en una sociedad armoniosa y sensata y por eso, por lo pronto, para que las cosas se aceleraran, los ‘sensatos’ trataban de aniquilar cuanto antes a los ‘no sensatos’, es decir, a aquéllos que no comprendían la Idea, para que no obstaculizaran su tiempo. Pero el instinto de conservación pronto comenzó a debilitarse, aparecieron los orgullosos y los voluptuosos que exigían todo o nada. Para adquirir el todo se recurría a la maldad y si así no se conseguía, se recurría al suicidio.”

Esta imagen de la historia nunca antes se había dado. Si llegara un extraterrestre vería lo mismo que vio Dostoievski, es decir una representación del *Apocalipsis*.

¿Se puede decir que la estética de Dostoievski es una estética de catástrofes universales? Sí. Pero su característica principal es que es una estética de *salvación de la humanidad*. Una estética que habla de salvar nuestra vida, mediante un único camino, el de la *proeza espiritual*. Al respecto me gustaría relatarles algo que sucedió en Japón: un automóvil estaba aplastando a un niño. La madre, pequeña y frágil, sacó fuerzas de sí capaces de levantar el

coche y salvar así al niño. Más tarde, diez hombres juntos no lograron mover el automóvil.

Durante la guerra, los fascistas encerraron tras una reja de hierro a nuestra gente, para quemarla dentro de una iglesia. Una madre, con sus brazos femeninos, logró forzar la reja para que su hijo pudiera salvarse.

Con esto, lo que quiero recalcar es que solamente un esfuerzo extremo de nuestras capacidades morales, espirituales e intelectuales puede salvarnos en este momento. Únicamente podemos salvarnos con un acto de heroísmo. Así como ahora somos simplemente gente, obreros, filósofos, artistas, escritores, políticos, científicos, así como eran nuestros antepasados, así no nos salvaremos. O nos transformamos o perecemos.

El ser, como señalaba Dostoievski, únicamente es cuando lo amenaza el no ser. Estoy convencido de que cada corriente filosófica, cada filósofo, tiene algo que decir en torno a esta cuestión, que es la más importante. Estoy seguro de que si no meditamos al respecto somos pobres, no solamente como seres humanos y como ciudadanos, sino también como profesionales, es decir como filósofos. Estoy convencido de que el interés personal, individual, irrepetible de cada uno de nosotros (no importa si nos dedicamos a la hermenéutica, a Sócrates o al estructuralismo), no se extinguirá; al contrario, se encenderá cuando nos hayamos encaminado hacia puntos de referencia más importantes: la vida y la muerte del género humano. Sólo entonces vamos a comprendernos más profundamente, a escucharnos más claramente, a alegrarnos los unos por los otros, porque todos encaminaremos entonces nuestros esfuerzos hacia el mismo fin.

La tarea de la filosofía y del nuevo pensamiento es conseguir un autoconocimiento exacto, es decir un conocimiento adecuado del género humano. En primer lugar en extensión, es decir, hasta alcanzar un conocimiento de la humanidad de hoy y, en segundo lugar, en profundidad, es decir, hasta tocar por un lado las raíces históricas del género humano, y por el otro su futuro.

El autoconocimiento de la humanidad como género significa que otro hombre, otro pueblo, otra nación, otra raza, en general lo *otro* deja de ser un obstáculo para la unidad. *Lo otro es la vida*. Lo *uno* no es vida, es muerte.

El autoconocimiento de la humanidad como género significa que, además de la patria que cada uno de nosotros tiene, tene-

mos una patria en común: el tiempo en que vivimos. El tiempo también es una patria.

Para finalizar quisiera pedirles que tratemos de no cultivar nuestra vanidad, que tratemos de no sentirnos satisfechos con nosotros mismos. Al contrario: tratemos siempre de sentirnos insatisfechos con nosotros mismos. Sólo entonces, quizá, podremos ser mejores, más inteligentes, más nobles. Imaginemos por un momento que así como hoy se lleva a cabo esta plática, mañana la humanidad entera puede perecer. Pero todo, absolutamente todo, depende por lo pronto de nosotros. ¿Quién de nosotros se atrevería a decir que ha hecho todo lo que podía hacer para impedir la catástrofe? Yo, de ninguna manera. Me apena la debilidad y la pobreza de mis palabras. Por eso estoy consciente de que si no me han comprendido, él único culpable soy yo. Dejemos que Dostoievski nos ayude, a mí, a todos. La noche del 22 de diciembre cuando, tras haber sido condenado a muerte, le perdonaron la vida, Dostoievski escribió: "Hoy estuve con la muerte, tres cuartos de hora conviví con esa idea, viví mi último minuto y ahora de nuevo... vivo. La vida es un don, la vida es felicidad y cada minuto podría convertirse en un siglo de felicidad..."

Tengamos fe en que la humanidad podrá decir algún día: "Hoy estuve con la muerte, viví mi último instante y ahora de nuevo... vivo. La vida es un don, la vida es felicidad. Que cada minuto se convierta en un siglo de felicidad."

JOSÉ LUIS ABELLÁN*

José Gaos y el fundamento filosófico de la historia de las ideas

CUANDO José Gaos llega a México en 1939, tras la derrota republicana en la guerra civil española, lleva a sus espaldas una convivencia filosófica con su maestro José Ortega y Gasset prolongada durante toda su juventud desde los años de estudio en la Facultad de Filosofía y Letras de la entonces Universidad Central, de Madrid. En ese período había asimilado una serie de principios filosóficos, originarios del maestro, que a partir de su llegada a tierras americanas, van a convertirse en las bases teóricas que fundamentan la Historia de las Ideas como disciplina con autonomía propia.

El concepto axial de dicha fundamentación es el de “circunstancia”, una vez sometida a profunda elaboración filosófica, de acuerdo con la cual ésta constituye un entramado dialéctico del “yo” con las “cosas”, en modo tal que convierte la vida individual en realidad radical. Cuando Ortega escribe en su primer libro: “yo soy yo y mi circunstancia, y si no la salvo a ella no me salvo yo”, está implicando la existencia de una “perspectiva” individual para cada circunstancia, con lo que “perspectivismo” y “circunstancialismo” inciden en una unidad de sentido, que exige a su vez un proyecto de salvación en el que la cultura —como expresión específica de la vida humana— y la razón —como manifestación suma de la cultura— quedan involucradas. Ahora bien, si lo que hay que salvar es una circunstancia en sus múltiples y concretas determinaciones, quiere decirse que, la cultura y la razón han de ser vitales. Cultura vital y razón vital son imperati-

* Texto de una conferencia leída en el Congreso Internacional Extraordinario de Filosofía, celebrado en Córdoba, Argentina, del 20 al 26 de septiembre de 1987.

vos de un impulso cultural que no es pura faena académica y de una razón circunstanciada que se opone a la razón pura.

A partir de una posición filosófica semejante se cobra conciencia de que la "circunstancia" no es algo inmóvil y estático, sino que representa un dinamismo propio de su naturaleza temporal, lo que convierte a la "razón vital" en "razón histórica" apta para captar el proceso diferenciador que va afectando al paso de unas a otras circunstancias. Este es el bagaje orteguiano con que José Gaos llega a México y el que le va a permitir elaborar la fundamentación filosófica de la Historia de las Ideas.

Los antecedentes a un planteamiento semejante hay que buscarlos en España antes de la guerra civil y del exilio de Gaos a México; durante los años de la Segunda República, y aún antes, se había planteado la polémica sobre el valor filosófico de la obra de Ortega, que muchos le negaban plenamente, considerándola como de interés exclusivamente literario, todo lo alto que se quiera, pero sin pasar nunca de las fronteras de la mera literatura.

Ya entonces salió Gaos al paso de la desvalorización filosófica de su maestro, que creía originada por la forma periodística — "aquellos folletones de *El Sol*, de atractiva memoria"—, y propone ante la incompreensión con que se había recibido su primera obra —*Meditaciones del Quijote*— el siguiente experimento: "arranque el lector del citado libro el prólogo y la meditación preliminar, poniéndoles una cubierta que diga: *Ensayo de una nueva teoría de la realidad y de la filosofía*. Lea el volumen así reeditado por él —añade Gaos— y encontrará perfectamente justificado el título que le habrá puesto".

La obra de reivindicación de la filosofía orteguiana representa algo mucho más importante que la de incorporar un pensador más —por muy importante que sea— a nuestra historia. Se trata de reivindicar los valores anejos a las formas peculiares del pensamiento hispánico. La salvación de "la enorme circunstancia que era el maestro" es para Gaos caso paradigmático de algo más importante y profundo: la posibilidad misma de una filosofía hispánica, según los moldes con que ésta se había desarrollado en el pasado y que parecen más adecuados a la idiosincrasia de nuestros países. O, reproduciendo la interrogación que el mismo Gaos escribió: "¿Qué esperanzas puede tener un español de llegar a tener una filosofía?". De esta interrogación

surge la siguiente reflexión: “La negación de la índole de filosófico al ‘pensamiento’ hispánico es conclusión del razonamiento que puede sintetizarse en esta fórmula: Filosofía es la *Metafísica* de Aristóteles, la *Ética* de Spinoza, la *Crítica de la razón pura* de Kant, la *Lógica* de Hegel.

“Es así que *Los motivos de Proteo*, *Del sentimiento trágico de la vida*, las *Meditaciones del Quijote*, *La existencia como economía, desinterés y caridad*, se parecen muy poco a aquellas obras.

“Luego, éstas no son Filosofía.

“Mas, ¿por qué no razonar de esta otra manera?

“*Los motivos*, *El sentimiento*, las *Meditaciones del Quijote*, *La existencia* se parecen muy poco a la *Metafísica*, a la *Ética*, a la *Crítica*, a la *Lógica*.

“Y son Filosofía.

“Luego Filosofía no es exclusivamente la *Metafísica*, etc., sino también *Los motivos*, etc.”.

En el año 1950, Gaos comentando la obra de Eduardo Nicol, *Historicismo y existencialismo*, tropieza con la opinión de éste que le niega carácter de filósofo a Ortega. “Para la validez de la conclusión —comenta Gaos— me parece requisito la aplicación del mismo método a los demás filósofos, sin excluir a Nicol, con adopción de este criterio: si los resultados son los mismos la conclusión debe ser ‘o todos o ninguno’; sólo si los resultados son exclusivos para Ortega, la conclusión debe ser ‘todos menos él’, descartadas la posibilidad de que debiera ser ‘ninguno más que él’.”

Y añade en interesante comentario a pie de página: “un puro absurdo sería tal posibilidad —referida sólo a Ortega. Referida a los filósofos de su tipo, entraña una cuestión profunda y grave: la de la posibilidad de innovación en filosofía, es decir, la de la posibilidad de la historia misma de la filosofía. Se argumenta: filosofía es a, b, c —caracteres tomados a los autores de tipo M; es así que la obra de los autores de tipo N no tiene esos caracteres, sino los caracteres x, y, z; luego no es filosofía. Pero si no se argumenta así, la obra de los autores de tipo N no tiene los caracteres a, b, c, sino los caracteres x, y, z; es así que es filosofía; luego filosofía no es a, b, c, exclusivamente, sino también x, y, z; si no se argumenta así, debiera considerarse la historia de la filosofía terminada —¿dónde?”.

Hemos hecho esta segunda cita que aparentemente no hace

más que reproducir el argumento de la primera, porque creemos que en ella se revela el problema que más de fondo le preocupó a Gaos durante toda su vida: el de las relaciones entre la Filosofía y su historia. Si en el párrafo extraído de las *Confesiones profesionales*, lo que le interesa más a Gaos es la reivindicación de los valores y las formas inherentes al pensamiento hispánico, en esta segunda cita el problema radical es el de hacerse una idea de la Filosofía que admita la innovación, es decir, la historicidad de sí misma. Ésta será la cuestión básica que servirá de origen e inspiración a toda la filosofía gaosiana: el problema de la unidad y pluralidad de la filosofía, que es el problema de su historia. A través de su preocupación por el pensamiento hispánico, Gaos desemboca en lo que ha sido el eje de su actividad intelectual: una "Filosofía de la Filosofía" que dé razón de sí misma y de la historicidad que comporta, sin dejar fuera ninguna de sus manifestaciones. "De lo que se trata —dice Gaos— en el fondo es nada menos que de lo siguiente: de confinar a la Filosofía en ciertas formas pasadas o de dejarle abierta la posibilidad de nuevas formas en el futuro". No se trata, pues, tanto ni principalmente de justificar la actividad filosófica del pensamiento hispánico como de hacer posible la innovación y con ello la historicidad de la filosofía misma.

El tema afecta directamente al estatuto epistemológico de la Historia de la Filosofía, cuyo planteamiento tradicional queda hondamente removido en sus raíces cuando se le aplican tres conceptos claves de la filosofía orteguiana. El de "circunstancia", al que ya nos hemos referido; la dialéctica "ideas—creencias", en un segundo momento, y el concepto de "generación", en tercer lugar. A continuación nos ocuparemos someramente de los mencionados en segundo y tercer lugar.

Por lo que se refiere a la dialéctica "ideas—creencias", debemos constatar, ante todo, que ambas son dos tipos de "ideas", a las que Ortega califica respectivamente de "ideas—ocurrencias" o de "ideas—creencias"; las primeras son objeto de nuestra *posesión intelectual* como contenidos propios de nuestra vida, con lo que podemos hacer lo que queramos ("tener ideas, prestarlas, cogerlas, abandonarlas, mezclarlas") como hacemos con lo que poseemos; las segundas —"creencias" propiamente dichas— son objeto de nuestra *suposición intelectual*, y en ese sentido más bien son continente que contenidos: "estamos" en las *creencias*, mientras

que “tenemos” las ideas. Como todo aquello con lo que *se cuenta y se da por supuesto*, cualquier fallo en las creencias cuarteo el suelo sobre el que pisamos, introduciendo períodos críticos que convulsionan las vidas individuales o colectivas. Es aquí precisamente donde se introduce la dialéctica “ideas–creencias”, pues el fallo de determinadas *creencias* implica su sustitución por *ideas* que rellenan el hueco dejado por aquéllas, transformándose a su vez en *creencias*. El esquema es básico para entender las crisis históricas.

Esta dialéctica es, de modo aún más amplio, clave para entender la historia, pues el cambio de unas épocas a otras es, muy fundamentalmente, cambio de unas ideas–creencias por otras, en la medida que ambas son emancipación de las “circunstancias” de cada momento y de cada situación histórica. Como dice Ortega en un texto sobre el asunto: “*La idea es una acción que el hombre realiza en vista de una determinada circunstancia y con una precisa finalidad. Si al querer entender una idea, prescindimos de la circunstancia que la provoca y del designio que la ha inspirado, tendremos de ella sólo un perfil vago y abstracto. Este esquema o esqueleto impreciso de la efectiva idea es precisamente lo que suele llamarse ‘idea’ porque es lo que, sin más, se entiende, lo que parece tener un sentido ubicuo y ‘absoluto’. Pero la idea no tiene su auténtico contenido, su propio y preciso ‘sentido’, sino cumpliendo el papel activo o función para que fue pensada y ese papel o función es lo que tiene de acción frente a una circunstancia. No hay, pues, ‘ideas eternas’. Toda idea está adscrita irremediabilmente a la situación o circunstancia frente a la cual representa su activo papel y ejerce su función. (...) Sólo si hemos reconstruido previamente la concreta situación y logramos averiguar el papel que en función de ella representa, entenderemos de verdad la idea. En cambio, tomada en el abstracto sentido que siempre, en principio, nos ofrece, la idea será una idea muerta, una momia, y su contenido la imprecisa alusión humana que la momia ostenta. Pero la filosofía es un sistema de acciones vivientes, como puedan serlo los puñetazos, sólo que los puñetazos de la filosofía se llaman ideas.”*

La Historia de la Filosofía debe entenderse, según lo expuesto, como Historia de las Ideas, pero para que el esquema quede completo hay que introducir aquí el tercer concepto–clave de esta nueva concepción: el concepto de “generación”. De acuerdo

con la definición que Ortega nos da del mismo, la *generación* — “compromiso dinámico entre masa e individuo” — es el sujeto de la historia o el protagonista de la misma, introduciendo así un tipo de interpretación de la historia que se mueve a medio camino entre las interpretaciones individualistas de la misma — los protagonistas son los héroes, los genios, los caudillos, los reyes, etc. — y las interpretaciones colectivas — la historia la hacen los pueblos, las naciones, las clases sociales, las civilizaciones, etc. —. El concepto intermedio de *generación* resulta, pues, un instrumento básico para entender el tipo de cambio histórico que se produce mediante la dialéctica ideas-creencias. Así ocurre que tenemos un medio de investigación extraordinariamente útil para los estudios de *microhistoria*, alejados tanto de las interpretaciones tradicionales de carácter individualista como de los grandes sistemas macrohistóricos propuestos por los mejores filósofos de la historia.

El marco teórico que acabamos de desarrollar es el que sirvió a José Gaos, al llegar a México, para dar respuesta a los problemas que le preocupaban sobre las relaciones entre la filosofía y su historia, poniendo el fundamento filosófico de una Historia de las Ideas, donde tuviesen cabida las historias “nacionales” de la filosofía referida a los distintos países iberoamericanos.

El problema de la existencia o inexistencia de las Historias “nacionales” de la Filosofía ha recibido tres contestaciones estereotipadas entre aquellos que: 1) *las niegan*, mediante la idea de que la Filosofía es un quehacer científico basado en una temática universal que afecta a la última realidad del mundo y del hombre — ser, sustancia, esencia, accidente, naturaleza, modo, alma, muerte, espíritu, Dios... — y que rechaza, en consecuencia, por definición cualquier enfoque de tipo nacional; 2) *las afirman*, defendiendo la especificidad propia de las Historias “nacionales”, al abogar por una historia filosófica donde el “espíritu del pueblo” o los “caracteres nacionales” lo tiñen todo; o 3) mantienen una *postura intermedia*, al afirmar el quehacer filosófico como propio de comunidades nacionales, que incorporan posteriormente sus resultados a un cuerpo universal de doctrina, que es el conocido como “Historia Universal de la Filosofía”.

Las dos últimas alternativas rara vez logran verse libres de actitudes de carácter *nacional* o *nacionalista*, consecuencia, por otro lado inevitable, desde el momento en que se emplea la voz *nacio-*

nal en la formulación misma del problema. El tema conduce a la cuestión de si está o no justificado ocuparse moralmente con ellas, independientemente de su existencia o inexistencia. Entre el *internacionalismo* empobrecedor y esterilizante de las historias “universales” y el *nacionalismo* reaccionario y chovinista, se da el común denominador de un irracionalismo metodológicamente inaceptable. Ahora bien, si aceptamos la “nación” —como podemos aceptar la “región”— en cuanto “hecho diferencial” en la expresión cultural y filosófica de los pueblos, habremos encontrado el término medio equilibrado que puede salvar las historias “nacionales” de la filosofía. La cuestión es evidente y se ve muy facilitada si eludimos el término “nacional” en su significado más fuerte, eso es precisamente lo que ocurre con la doctrina filosófica de la “circunstancia”, tal como la expusimos anteriormente.

En la formulación expuesta aquí encontramos, pues, el primer fundamento de una Historia de la Filosofía entendida como Historia de las Ideas, donde el concepto de “circunstancia” permite acotar a ésta según una convencional fijación de fronteras. La circunstancia puede ser la “comarca”, la “nación”, la “región”, el “continente”...; en cualquier caso, su misma naturaleza exige la fijación de un *en...* geográfico.

“Historia de las ideas *en...*” —donde sea. Esta es la fórmula de la nueva filosofía que justifica la ocupación con la Historia de las Ideas a niveles muy distintos: Historias “nacionales”, “regionales”, “continentales”, etc. La limitación de la óptica a espacios pequeños o reducidos permite poner en marcha los métodos y los criterios de una *microhistoria*, donde adquieren sentido las expresiones anteriores limitadas a un tipo de “espacios” que se pierden de vista en los grandes planteamientos *macrohistóricos*. Sólo, pues, cuando hemos logrado neutralizar científicamente la palabra “nación” podemos hablar de Historias “nacionales” de la Filosofía, si bien ello supone haber convertido la Historia de la Filosofía tradicional en una Historia de las Ideas, donde cobran sentido tres afirmaciones fundamentales: 1) la de la identidad cultural; 2) la de las raíces autóctonas, y 3) la de “categorías filosóficas” emanadas de la propia realidad cultural. Es en esta labor, referida a la Historia de las ideas iberoamericanas, donde la aportación de José Gaos cobra pleno sentido.

Un poeta virreinal peruano: Fray Francisco del Castillo, “el Ciego de la Merced”

FRAY Francisco del Castillo, apodado “el Ciego de la Merced”, vivió en Lima entre 1716 y 1770. Personaje de biografía legendaria fundamentada en su ceguera, rara inteligencia, dotes como repentista y como escritor “de pensado”, a ella contribuyó Ricardo Palma en sus célebres tradiciones,¹ al igual que sucedió con otras figuras de la Lima virreinal. La mayor parte de los datos históricos que conocemos de él son los que aportó Guillermo Lohmann Villena en *El arte dramático en Lima durante el virreinato*.²

Castillo dejó escrita una obra abundante. De él se conservan cinco piezas dramáticas extensas y siete breves y más de un centenar de composiciones líricas, amén de otros tantos poemas que se le atribuyen, muchos de los cuales permanecen inéditos.³

1 “El Ciego de la Merced”, en *Apéndice a mis últimas tradiciones peruanas*, Barcelona, Maucci, [1910], pp. 269-280; “Un Calembourg” y “Otra improvisación del Ciego de la Merced”, en *Tradiciones en salsa verde*, Lima, ediciones de la Biblioteca Universitaria, imp. Artes Gráficas de Editorial Jurídica, 1973, pp. 31-33 y 34.

2 Publicaciones de la Escuela de Estudios Hispano-Americanos de la Universidad de Sevilla: XII, serie 2a., monografía 3, Madrid, CSIC, 1945, pp. 413-425. También han estudiado a Castillo, Severo Aparicio en “Vida y obra poética del Ciego de la Merced de Lima”, separata de la *Revista de Estudios de Madrid*, año XVII, núm. 54, julio-septiembre de 1961, pp. 457-479, y Carlos Milla Batres en *Vida y obra literaria edita e inédita del Ciego de la Merced: Fray Francisco del Castillo Andraca y Tamayo (1716-1770)*, tesis doctoral, Lima, UNMSM, 1976. La principal edición impresa del Ciego de la Merced es *Obras de Fray Francisco del Castillo*, edición de Rubén Vargas Ugarte, colección “Clásicos peruanos”, vol. 2, Lima, Studium, 1948. En junio de 1987 el profesor Daniel R. Reedy, de la Universidad de Kentucky, me comentó que próximamente iba a publicar un artículo sobre Castillo. No obstante estos trabajos, el Ciego de la Merced sigue siendo un escritor virreinal mal conocido, en cuyos estudios pesan todavía mucho las tradiciones de Palma.

3 Para el estado de la cuestión puede verse mi “Relación completa de las

Tuvo como mecenas a José Perfecto de Salas, asesor del virrey Amat en Perú, quien al parecer dispuso las obras del Ciego para su edición, que no se llevó a cabo entonces por diversas dificultades.⁴ En Castillo no sólo sobresale el número de sus obras, sino también su calidad, que permiten considerarlo uno de los mejores escritores virreinales hispanoamericanos. Yo me he ocupado de la edición y del análisis literario de todo su teatro⁵ y en este artículo deseo dar a conocer algunos poemas suyos como botón de muestra de su obra.

Como poeta lírico Castillo puede ser calificado de rococó.⁶ Es un poeta que gusta de lo menudo, del juego, de la galantería; se complace en mencionar objetos ornamentales y elude, en general, temas profundos. Su lenguaje es más sencillo que el del pleno barroco y el despliegue de ingenio va acompañado de humor. Los poemas que recojo en este artículo son inéditos⁷ y dan a conocer diversas facetas de la personalidad y la obra del Ciego: su afición a los toros y a lo popular, su comicidad, su inspiración religiosa, su habilidad como improvisador y su actitud como cortesano que adula al mecenas. Aunque algunos de ellos sean puestos en boca de otros personajes, es claro que pertenecen a Castillo, salvo la "Sentencia". En las normas de transcripción sigo las adoptadas por mí para la edición de su teatro, donde destaca que conservo el seseo y su correspondiente ultracorrección.

Concepción Reverte

obras de Fray Francisco del Castillo (Lima, 1716-1770)", *Rilce*, Universidad de Navarra, 1987, en prensa.

4 Las características de los manuscritos conservados con las obras de Castillo parecen indicar que fueron preparados para una próxima impresión. Entre los óbices que la impidieron destaca el rompimiento entre Amat y su asesor, con la partida de Salas de Lima en 1775.

5 El análisis literario está publicado como *Aproximación crítica a un dramaturgo virreinal peruano: Fray Francisco del Castillo ("el Ciego de la Merced")*, Cádiz, Servicio de Publicaciones de la Universidad, 1985. Mi edición de su teatro se encuentra en microfichas en espera de su posible comercialización.

6 Aunque el término deba ser mucho más estudiado respecto a toda la lírica virreinal hispanoamericana y al Ciego de la Merced en particular, a la vista de la mayor parte de su obra poética no es aventurado utilizarlo.

7 Todos pertenecen al vol. 805, Fondo Varios, Archivo Nacional de Santiago de Chile. Los poemas ocupan las pp. 31-39, 61-65, 81-84.

Al Señor Doctor Don Juan José Vidal, Agente del Real Fisco,
la abuela de la Tinajita le escribía

Romance

Una de aquellas andantes
del uno al otro portal,
que por tan caritativas
paran en la Caridad
5 y que con gustos ha hecho
dos mil incautos quejar,
porque con hacerles bien
les hizo infinito mal;
en la Corrida de Toros
10 de este año, al acabar,
decía sin conformarse
en esta conformidad:
[¿Pos] ible es que una mujer
que se hizo tanto lugar
15 que exedía a los comunes
de cualquier comunidad,
se vea tan destituida,
no teniendo en qué sentar
de estas sus asentaderas
20 ni siquiera la mitad?;
¿aquélla que con sus cuartos
feriaba sin limitar
hoy ni una cuarta de cuarto
se le presente en su edad?;
25 ¿aquélla que supo a muchas
cofradías arrostrar,
hoy, sola, sin tener otra
que la de su soledad?;
éla que con ser carta doble
30 tanto se llegó a franquear
que no ha tenido otro porte
que la liberalidad?;

5 *Gustos*: corregido sobre *gastos*.

15 *Los*: corregido sobre *las*.

26 *Arrostrar*: corregido sobre *arrastrar*.

¿a la que con galerías
 solían antes rogar,
35 hoy ni galeras le ofrecen
 por ser obra de piedad?
 Y aunque estos motivos son
 bastantes a deslomar
 a una que entre desolladas
40 no fuese la capital,
 hay otro más poderoso
 que me hace desesperar,
 y, a tener juicio, perdiera
 gran parte de su entidad:
45 Este se reduce a que
 he venido a averiguar
 que, a quien quijadas no tiene,
 muchas muelas se le dan;
 a un sujeto conocido
50 ciego de natividad,
 cuarto porque vea Toros
 le acaban de preparar.
 ¿Quién habrá visto en el mundo
 más monstruosa necedad?
55 ¡Ciego en Toros!, imás implica
 que un mudo con predicar!;
 pues de esta suerte a tullidos
 los sacarán a danzar,
 los cojos correrán posta
60 y los sordos cantarán;
 porque, digan lo que quieran,
 no alcanza la habilidad,
 al correr, sin pies ni manos,
 como ni a ver sin mirar.
65 Y, en fin, conociendo él mismo
 tan enorme impropiedad,
 se llevó a su Esteban por si
 lo quisiesen apedrear.
 No es el ciego a quien se debe
70 muy muchas piedras tirar,
 sino al que esconde la mano
 pero no la iniquidad.
 Desproporción que da en rostro

75 y nadie puede arrostrar,
que se llene un gran vacío
con la misma vaciedad.
A él, sin tenerlos, dio en ojos
tanto aquella ociocidad,
80 que por ocuparla quiso
ciertos huecos alquilar;
con razón, que para ver
tan solemne novedad,
cosa es de alquilar balcones
por reír y por admirar.
85 A describir las Corridas
disque vino, y es verdad,
que están las vistas corridas
de verse así despreciar;
como estuvieran corridas
90 las manos, si es que a pintar
estas Corridas de Toros
traen al manquito Tomás.
Por esa razón a ti,
insigne Agente Fiscal,
95 como a centro de las vistas
ocurren a tu piedad,
por si logran conseguir
las quieras desagruar
de esta irónica figura
100 formada en la ceguedad;
porque si en tiempo no estorbas
esta loca impropiedad,
la Semana Santa en andas
también lo querrán sacar.
105 Permítase norabuena,
que pueda el cuarto arrendar,
que así las botillerías
tendrán su comodidad.
Así lo pide y suplica
110 una que en su mocedad
cegó, y hoy tiene los ojos
abiertos de par en par.

Respuesta a la demanda de la abuela de la Tinajita

Romance

Mujer, que cuando eras mosa
fuiste capás de dejar
con deseo de aprender
a la misma iniquidad;
5 puerta franca para todos
con tal liberalidad,
que eran en ti más baratas
las ferias que en el portal;
abuela de una Tinaja
10 en donde se puede hallar,
en lugar de agua estilada
asufre de liviandad:
Ya que piensas querellarte
y me vienes a buscar,
15 llevarás palo de siego,
que bien merecido va.
Toda tu rabia proviene
de que a los Toros no vas,
y si tienes tantos cuernos
20 ¿dónde hay para otros lugar?
Solamente a tu ignorancia
puede hacerle novedad
que un siego supla el defecto
con la vista intelectual;
25 digo esto, porque te pones
neciamente a murmurar
el que yo vaya a los Toros
cuando en mí vista no hay.
Mucho pudiera decirte
30 sobre esta dificultad,
pero tú entiendes el libro
de generación nomás;
algo te diré, no obstante,
porque el Agente Fiscal
35 diga en vista que, aunque siego,
no me falta claridad.
En un vidrio graduado,

el que quisiere verá,
 que sus mismos grados hacen
 40 de aquello que es menos más;
 lo mismo a ti te sucede,
 porque, en llegando a mirar
 en Toros al que no ve,
 se figura en propiedad;
 45 pero si tú especularas
 la razón de esto en qué está,
 no hicieras sólo al centido
 criterio de la verdad.
 Esta diverción no sólo
 50 recreo a la vista da,
 cada sentido en su línea
 algo tiene que gosar:
 Lo que entra por el oído
 placer previniendo va,
 55 que en el tímpano las voces
 armonía han de causar.
 Flora y Vertumno en la Plasa
 un vergel formando están,
 y lo que da en las narices,
 60 si no es tú, no huele mal.
 Ir allá para escribir
 no lo jusgo impropiedad,
 pues lo que no oyen los ojos
 los oídos lo verán.
 65 Llevo a Esteban porque oiga
 especies que he de cantar,
 porque ellas, a darme asunto,
 seguras con éste van.
 ¿No será mayor mi triunfo
 70 cuando en la posteridad
 se oiga que acerté a escribir
 lo que no pude mirar?
 Si supieras tú que es numen
 quien me entró en proyecto tal,
 75 advirtieras dicipada

57 *Vertumno*: divinidad romana que presidía el cambio de las estaciones.

en su luz mi ceguedad,
y así puedes creer, simplona,
que yo no soy siego ya,
porque, transformado en él,
80 todo es en mí claridad.
Tales son las instrucciones
con que ilustrándome está,
que más comprendo en su idea
que en la vista material;
85 porque sin mérito mío
le debo fineza tal,
que se hace ojos porque yo
salga de un torpe ignorar.
Que alquile mi cuarto dices,
90 y eso tú mejor lo harás,
porque de alquilar los tuyos
tu fábrica es hueso ya.
Dices que en Semana Santa
en andas me sacarán,
95 y yo temo que en la Pascua
tú como Judas saldrás.
Por tanto, pido y suplico
a nuestro Agente Fiscal,
que con pedir que te maten
100 me dé la vida Vidal,
otrosí digo, Señor,
que si la ven con piedad,
la envíen a Juan Fernández
si está capaz de poblar,
105 y, quitado este embaraso,
Usía decir podrá:
Corra la vista y el siego
escriba de Toros más.
También pide el suplicante
110 despacho con brevedad,
porque si se cierra el punto
no habrá línea que tirar.

Muy poderoso Señor

El Agente del Real Fisco,
 de aqueste expediente en vista
 que, aunque en romance está puesto,
 echa verbos como chispas;
 5 donde por falta de agua
 se queja la Tinajita,
 quien de las muchas mojadas
 seca está de humedecida;
 por la boca de su abuela
 10 su querella formalisa,
 cogiendo de aguas arriba
 toda su genealogía.
 De que nadie le dé un cuarto
 sus sentimientos duplica,
 15 cuando ella a muchos urgentes
 les dio piadosa acogida.
 De verse a un siego pospuesta
 su angustia a voces intima,
 la que tuvo en los concursos
 20 el grado de preferida.
 Que a un siego lleven a Toros
 llora, triste y afligida,
 y que hoy nadie pueda ver
 a la que fue tan bien vista.
 25 Que sin tener ojos vayan
 de Toros a la Corrida,
 funda por diversos medios
 que contradicción implica;
 mas su antigua sequedad
 30 aun la reflexión le quita
 para advertir que los siegos
 también por los oídos miran,
 y que los sinco sentidos,
 con conexión peregrina,
 35 unos en subcidio de otros
 sus oficios ejersitan.
 Quanto ella por dadivosa

32 *Oídos*: antes *ojos* (tachado).

desperdió en torerías,
un siego, honor de su Patria,
40 en memorias eternisa.
La posteridad verá,
cuando sus obras se impriman,
que cada rasgo en su pluma
fue una octava maravilla;
45 verá que su gran talento
atesoró en pocos días
más caudal que el que ha arrojado
el Potosí de sus minas;
verá que el ponerlo en andas
50 era acción justa y debida
a un hombre que en proceción
merese andar por su dicha,
porque del todo ha dejado
guaragua y botillerías
55 por recibir agasajos
de quien lo aprecia y estima.
Si acaso, por real y medio,
el que le dan cuarto alquila,
es porque todos conoscan
60 quien está en la galería.
Dise que muy muchas piedras
deben llover desprendidas
sobre quien la mano esconde
y descubre su malisia;
65 mas yo jusgo que la pobre
está rabiando de envidia,
porque ella no tiene mano
que le mueva la Picina;
para el siego, este es el ángel
70 que sus pasos ilumina,
y, haciéndolo inteligencia,
genio es que lo inmortaliza.
Que oiga el que no sea sordo,
que quien tiene pies aprisa
75 ande y el que no sea mudo
cante con dulce armonía,

58 *Alquila*: tachado -n.

- cosa es que, por muy común,
 como la ven no la admiran;
 mas que un siego lo vea todo,
 80 cuasi es una obra divina,
 y es que un Argos vigilante
 que, amante, la ciudad mira,
 porque sus grandezaz cante
 le da a ese siego sus niñas.
- 85 Qué importa, pues, que, angustiada,
 en tanta soledad gima
 quien, porque enterró sus muertos,
 quebró con la cofradía;
 al recibir las limosnas
- 90 que los hermanos le envían,
 para dar cuenta con pago
 ya con su fiador se obliga.
 Cuanto aquélla por sus obras
 se llora tan abatida,
- 95 tanto este otro por sus poemas
 sobre muchos se autorisa.
 Por todo esto es de sentir
 el Agente que hoy Usía
 a relegación condene
- 100 a la infeliz Tinajita,
 y que el siego y bachiller
 en sus tareas prosigan
 porque la Fiesta de Toros
 quede perfecta y concluida.
- 105 Mas, pues es tiempo de gracias,
 justo es que el Agente pida
 que, a quien confiesa sus yerros,
 se le absuelva de justicia;
 sobre todo mandará
- 110 su recta distributiva
 hoy, tres de enero, del año
 de sesenta y nueve en Lima.

88 *Quebró*: antes *acabó* (tachado), posteriormente se agregó *con* (escrito encima).

Sentencia

Fallo, atento los autos, con audiencia
del Fisco y de las partes mala y sana,
que debo pronunciar de buena gana
en la forma siguiente mi sentencia:

5 La que su vida larga y su insolencia
en *hacer toros* consumió, losana,
no será de razón también que, ufana,
al *desaserlos* tenga concurrencia;

10 pero el ciego (mal digo), la lumbrera,
del Pindo cisne de las Indias lauro,
Zodiaco feliz de primavera,

ni en los signos materia dé al reparo;
por *Géminis* es justo que a su esfera
le sustituya duplicado *Tauro*.

6, 8, 13, 14 Subrayados según el manuscrito.

11 Tachado y *el* a comienzo del verso.

En nombre de un miserable a quien se le trata un casamiento,
responde el poeta excusándose de dar cuanto le pidiere la novia
en estas

seguidillas

Han dado en que me case
con cierta niña
yo digo que la tomo
como no pida,
5 porque, en pidiendo,
seré de la tenaza
el caballero.
 Mas, por si es petulante,
quiero avisarla
10 lo que he de concederla
que ha de ser nada,
 que, en sabiendo esto,
claro está que por nada
no ha de haber pleito.
15 Iréme figurando
lo que me pide,
que aquí nada se pierde
pues no se exhibe,
 y es bien pensado,
20 por lo que sucediere,
que esté contado.
 Si quiere casa grande
le digo luego:
Para eso, vida mía,
25 vete a un convento,
 porque es muy cierto
que, aunque quieras fundirme,
ni un cuarto tengo.
 Cuando me pides clavos
30 es la respuesta:
Adonde no hay un cuarto
¿cómo habrá puestas?,

6 Al acabar la línea tachado: *el caballero*.

27 *Quieras fundirme*: antes (tachado) *me despe [incompleto]*.

ni es bien que tengas
a quien pueda matarte
35 o morir pueda.
En pidiéndome coche
le digo: Paso,
que cosa que yo estimo
no anda rodando,
40 y fuera injuria
poner hoy una discreta
entre dos mulas.
Si tostada me pide
diré con rabia:
45 ¿Cómo tan sin empacho
pides tostada?,
¿no ves que a Midas
le fue veneno el oro
en la barriga?
50 En nombrándome puntas
diré que calle,
pensando que las pide
para clavarme,
diciendo: ¡Mi alma,
55 sólo las Amasonas
son Capitanas!
En boqueándome encajes
así le digo:
Tuyo me ofresco entero
60 mas no partido,
y tu belleza
no ha menester, Señora,
que la guarnescas.
En pidiendo manillas
65 de oro muy fino
sabrás que el castellano
no lo he entendido,
y así es presiso
poner muchas escalas
70 por lo subido.
En queriendo sarcillos
diré enfadado:
¿Tus orejas son puertas

- para candados?,
 75 y es gran martirio
 no desembarasarse
 de los sarcillos.
 Si pide faldellines
 hará mal ella,
 80 pues por no ir a sacarlos
 habrá contienda,
 y es mucho lance
 que por un sastre quiera
 ver un desastre.
 85 Medias no ha de ponerse,
 aunque se enfade,
 que no quiero crecientes,
 menos menguantes,
 y no es seguro
 90 que ande una mujer noble
 buscando puntos.
 Si me pidiere ligas
 le haré que vea
 que ya nos ha ligado
 95 la Madre Iglesia,
 y haré notorios
 los lazos que nos juntan
 del matrimonio.
 Para que no me pida
 100 jamás sapatos
 le diré las virtudes
 de los descalsos,
 pues es bien claro
 que ellos sin sapateros
 105 son ajustados.
 Porque espejos no pida
 y mejor vea,
 el espejo de ejemplos
 le haré que lea,
 110 pues verá claros,
 no por entre vidrieras,
 los desengaños.
 Si guardar estas leyes

quiere mi niña,
115 aquí tiene mi mano
pero vacía,
y es de estimarla,
porque yo se la entrego
con toda el alma.

Haciendo relación del inefable misterio de la Encarnación del Hijo de Dios, dijo el autor las siguientes

quintillas.

Hoy, con toda claridad,
una historia contaré;
negarla será impiedad,
porque de su Autor yo sé
5 que Él es la misma verdad.
Con su mujer lisonjero
dejó Adán perdido el mundo,
y Dios, con amante esmero,
nos envió un Adán segundo,
10 que existió antes del primero.
A su Hijo mismo nos dio;
mas yo de esta acción colijo
lo mucho que nos amó,
y cuenta que el que esto dijo
15 el Evangelio escribió.
El decreto prevenía
darle al Verbo humano ser,
porque sin Dios no podía
el hombre satisfacer
20 deudas que con Dios tenía.
A una Virgen preservada
le dio por Madre escogida,
en tanto grado elevada
que ser no pudo exedida
25 si no es del que fue criada.
Diole a ésta esposo, el Señor,

116 Abajo de esta línea se empezó a escribir *Des*, luego tachado.

con quien en castidad viva,
y fue trasa de su amor
para que no se conciba
30 deshonra el más alto honor.
 María y José nombrados
son los consortes queridos,
de suerte a Dios entregados,
que viviendo en Él unidos
35 entre sí están más separados.
 Sucedió que sierto día,
estado ella retirada
donde su oración hacía,
de un Arcángel saludada
40 se halló en un Ave María.
 De gracia, dice, llena eres,
el Señor contigo mora,
ioh, Templo de sus placeres!
y por Él eres, Señora,
45 bendita entre las mujeres.
 Dejó turbada a María
lo que el Arcángel hablaba
y en su turbación mostraba
que el elogio le venía
50 porque ella no lo esperaba.
 Nada (prosigue) es temible
para ti, pues el Señor,
gracia hallaste en el amor,
con la que no es compatible
55 tal género de temor.
 Que un Hijo tendrás es fijo
y Jesús se llamará;
por grande se admirará
y, del Altísimo Hijo,
60 Él mismo se nombrará.
 Por ser Hijo de tal Madre,
de Jacob en la mañción,
con derecho y con razón
tendrá de David, su Padre
65 el asunto y poseción.
 Con quietud inalterable
felizmente reinará

este Monarca inefable,
y su Reino acabará
70 con la vida perdurable.
La Virgen con suspención
dijo: Para tal efecto
no halla causa mi razón
y el no alcanzar el concepto
75 es porque ignoro varón.
En esto daba a entender
María, al Eterno Padre,
que no pensaba perder
por el honor de ser Madre,
80 de Virgen el puro ser.
Todo lo serás, le dice
el celeste embajador;
el Espíritu de amor
vendrá sobre ti, felice,
85 y sombra te hará el Señor.
Sólo Dios causa ha de ser
del prodigio que ha de obrar,
por eso el que ha de nacer
de ti su Hijo ha de llamarse,
90 ni otro padre ha de tener.
Isabel ha concebido
aun en su esterilidad,
ya seis meses han corrido,
que al poder de la Deidad
95 ningún imposible ha habido.
A esto dice: Veisme aquí,
la Esclava soy del Señor,
y pues que para Él nací,
aunque indigna del favor
100 su voluntad se haga en mí.
María, desde este instante,
fue la verdadera Atlante,
mereciendo, desde el suelo,
del que no cabe en el cielo
105 ser dichosa sustentante.

Dando el autor a su querido mesenas, que era un Señor Ministro, noticia de una fluxión catarral que padeció, le cantó respentinamente* al** son de una vihuela las siguientes

quintillas.

Ya, Señor idolatrado,
que libre de mi dolencia
volver a verte he logrado,
cantaré con complacencia
5 lo que antes había llorado:
Una fluxión catarral,
cruel, de mí se apoderó,
y es cierto, Señor Fiscal,
que en mí se acrecentó el mal
10 porque en ti el bien me faltó.
El lunes por la mañana
la guerra me vino a hacer
esta enfermedad tirana,
sin poderme defender,
15 por no tener parte sana.
A mi cabeza un fatal
tormento oprimió, de suerte,
que a juzgar llegué, y no mal,
que fuese pena de muerte
20 viendo que era capital.
Preliminar del dolor
fue para mi cuerpo un frío,
pero no para mi amor
porque antes le dio el resfrío
25 nueva materia al ardor.
Sólo el pecho esta opresión
no la padeció, y sospecho
cuál fue de esto la razón,
y es que tú en mi corazón
30 serviste de escudo al pecho.
Cuando reflexión hacía

* *Respentinamente*: sic.

** En el manuscrito repetido *al* por error.

de que a tu lado no estaba,
tanto mi dolor crecía,
que sin sentir me quedaba
35 de lo mucho que sentía.

 Mi designio era buscarte
en medio de mal tan fuerte,
pero, temiendo la muerte,
imaginé que el hallarte
40 fuese el medio de perderte.

 Para el restablecimiento
la quietud se me intimaba,
pero era vano el intento
que fuera del centro estaba
45 en continuo movimiento.

 Tomé harta ropa conmigo
a fin de lograr sudor,
pero con verdad te digo
que sin tu abrigo, Señor,
50 es inútil todo abrigo.

 Vínoseme al pensamiento
si dudabas mi aflicción,
mas yo dije no al momento,
que quien sabe mi pación,
55 no ha de ignorar lo que ciento.

 Ya, en fin, puedo respirar,
ya sé que puedo vivir,
y así te vine a buscar
por poder asegurar
60 lo que llegué a colegir.

 Y pues he cobrado aliento,
yo quiero que en tu presencia
mi salud vaya en aumento,
pues ya declaró la ausencia
65 ser alma de mi tormento.

 A mi mal ya no resisto
si me volviera a invadir,
porque se ha hecho tan bien qu[isto]
que lo volviera a sufrir
70 sólo por haberte visto.

RAYMOND ARON

La significación política de la radio y la televisión

Presentación

EL PRESENTE texto, reproducido por la revista *Mediaspouvoirs* número 6, de marzo de 1987, bajo el rubro *Analyses* (Les Classiques de la Communication) transcribe una conferencia de Raymond Aron dictada en 1957 acerca de la significación política de la radio y la televisión. No se trata únicamente de la opinión personal del gran politólogo y filósofo francés, permanente contrincante intelectual de Jean Paul Sartre, sino de un análisis de los medios de comunicación en diferentes regímenes políticos (Inglaterra, Estados Unidos, Francia, países totalitarios) a la luz de los estatutos jurídicos y, sobre todo, de las prácticas observadas en cada uno de ellos. Es, desde la perspectiva actual, un documento histórico de primer orden, tanto más que aborda experiencias novedosas en el plano político de la televisión. Corresponde al lector confrontar estas primeras aproximaciones al uso político de la radiodifusión con la realidad actual tanto en los países analizados por Raymond Aron como en México. Concretamente, valdría la pena reexaminar las ideas del autor respecto a la objetividad de los medios de comunicación en el contexto sociocultural y político de cada uno de los países.

Dado que el texto es una transcripción de la conferencia dictada por Raymond Aron, conserva el estilo coloquial propio de esta forma de expresión, lo que origina una dificultad en su configuración escrita en el momento de la traducción.

Cuando meditamos acerca de la significación política de la radiodifusión nos vienen a la mente innumerables y obsesionantes recuerdos. En efecto, nos resulta difícil despojar de su dimensión radiofónica tanto los hechos que hemos vivido como cualquiera de los grandes acontecimientos de nuestra época. Así, Hitler resulta inconcebible si no nos percatamos de la repercusión de sus estrepitosos alaridos a través de las ondas hertzianas. También, los años de guerra —durante los cuales los pueblos sometidos sólo se pudieron relacionar con el mundo exterior gracias a la radiodifusión— siguen profundamente marcados por el hecho de que la palabra está presente hoy día y en todas partes, a pesar de que los emisores desconocen a sus interlocutores. Igualmente, la voluntad de cortina de hierro de ciertos regímenes para impedir que la palabra de otro universo cultural franquee su línea de demarcación se ha visto abatida, por así decirlo. Este esfuerzo por detener la palabra se evidenció inevitable e ineficaz a la vez por parte de estos regímenes, ya que las ondas hertzianas lograron penetrar a pesar de todo.

De ahí que la verdadera dificultad del tema a tratar no sea precisamente la de despejar el sentido político de la radio, sino la de hablar acerca de su especificidad. En cierto modo, toda la política actual se ve afectada por el hecho de que no solamente escuchamos lo que sucede sino, gracias a la televisión, también somos testigos oculares de los acontecimientos.

Para tratar de abarcar lo esencial y para analizar la influencia de la radiodifusión, tomaremos como punto de partida una idea por demás trivial, en el sentido de que una de las características de las sociedades modernas es la de que sus gobiernos están condenados a hablar, a explicarse. No pueden pasar por alto ni la justificación ni la discusión sobre lo que hacen o dicen, si consideramos que en la actualidad toda política es un diálogo interminable.

Se nos podría objetar que ese carácter “dialógico” de la política no es exclusivo de nuestra época, pues es obvio que nunca hubo política que comportara tantos diálogos como la ateniense, comprobado a través de la obra de Platón y de la del historiador Tucídides, autor de infinidad de discursos cargados de gran significación.

Sin embargo, el diálogo en las sociedades modernas consiste particularmente en que la palabra de los gobernantes se dirige a todos, a diferencia de la palabra ateniense, que sólo se difundía a una minoría de ciudadanos dedicados a la guerra, que no trabajaban y que disponían de tiempo libre. Ahora bien, el diálogo político en las sociedades modernas, tiende a hacerse extensivo a todos los hombres y, en este sentido, se vuelve universal y convierte a la ciudadanía en ciudadanos activos.

Para comprender mejor lo que queremos decir con respecto a esta necesidad de hablar, es conveniente recordar algunas tentativas llevadas a cabo por el régimen de Vichy.* En la primera fase del gobierno del mariscal Petain, los tradicionalistas estimaban que la discusión política y constante de las ideas era perniciosa, pensaban que sólo los gobernantes debían reservarse esa exclusividad, cuando se trataba de tomar medidas y cuando tenían que justificarse.

Para ilustrar mejor este caso, citemos el ejemplo de Charles Maurras** cuando escribía a propósito del colaboracionismo. En uno de sus textos famosos justificaba acertadamente este rechazo por la polémica; alguien le preguntaba: “¿Está usted de acuerdo en colaborar con los alemanes?” Y respondía: “No”. “¿Está usted en contra?” Respondía de la misma manera: “No, gracias al cielo, ya no estamos en la época en que los gobernantes tenían que justificarse ante sus gobernados y explicarles lo que hacían o debían hacer”.

No faltaba esa clase de argumentos en favor de esta negativa en un país ocupado. Sin embargo, los gobernantes durante la ocupación no pudieron sostener esta postura. ¿Por qué? Por el simple hecho de que ya existía la radiodifusión y ellos tenían la obligación de dirigirse diariamente a todos, además de que no podían dejar de dar una interpretación de sus acciones. Fue entonces cuando surgió un equívoco irresoluble: dado que los gobernantes que hablaban a los franceses se encontraban bajo el

* Se trata del régimen colaboracionista de los nazis instalado en Francia después de la derrota de este país en 1940 y presidido por el mariscal Petain, héroe de la primera guerra mundial. (N. del T.)

** Ideólogo francés de la extrema derecha fundador del movimiento Action Française a fines del siglo XIX. (N. del T.)

control de los alemanes, para la ciudadanía no fue claro quién disponía realmente del micrófono.

Se nos puede hacer una segunda objeción cuando hablamos de la política como sinónimo de discusión: ¿acaso la política-diálogo no se ha originado gracias al sistema parlamentario?; ¿acaso tampoco existió el diálogo en los Parlamentos en los siglos XIX y XX mucho antes de la aparición de la radiodifusión? y, ¿no es cierto que el verdadero diálogo se desarrolla fuera de la radio entre los parlamentarios o entre éstos y los gobernantes?

El tercer hombre

Ni por un momento pondríamos en duda el hecho de que el origen de la discusión política, en los regímenes modernos, se encuentra efectivamente en el Parlamento, pero pensamos que la radiodifusión agrega al diálogo un interlocutor esencial en todos los regímenes políticos. En efecto, en el régimen democrático se desarrolla un doble diálogo, a saber, el que se da entre los electos y el de éstos con los gobernantes. Ahora bien, en todos esos diálogos existe *un tercer hombre* llamado el elector. Este elector no puede ser excluido del diálogo parlamentario, precisamente porque existen instituciones admirables o satánicas que le hablan al conjunto de los ciudadanos todos los días.

Incluso en los regímenes totalitarios no es posible ese tercer interlocutor. Para nosotros, un régimen totalitario es esencialmente aquél donde los gobernantes quieren reservarse el monopolio de la palabra legítima y el monopolio de los medios publicitarios, declarando, al mismo tiempo, que su palabra, su justificación de los hechos y su interpretación son las únicas verdaderas.

El monopolio de la palabra legítima comprende el de la radiodifusión y el de la televisión por parte del Estado. Afortunadamente, la radio proporciona a los gobernantes un poderío insospechable pero limitado debido a la presencia de ese tercer hombre, que es a la vez *un intruso*. Entre Hitler y los alemanes se deslizaba un tercer hombre: la radio inglesa. También entre los gobernante húngaros y los habitantes de 1956 a 1957 se interponía otro tercer hombre: todas las radios extranjeras que hablaban entonces de la insurrección del pueblo húngaro.

Ahora quisiera hablarles de la significación política de la ra-

diodifusión en los regímenes democráticos, es decir, la que incluye al elector-tercer hombre, en primer término, para después referirme a los regímenes totalitarios, a saber, los que comprenden al tercer hombre-intruso.

Para hablar de la radiodifusión en los regímenes democráticos, nos vemos en la necesidad de analizar dialécticamente los términos de educación, propaganda y libertad, aunque quizá suene pedante.

Es incuestionable que toda radiodifusión democrática se basa en el compromiso de conciliar las exigencias en los planos de la educación, la propaganda y la libertad. En el caso ideal, la radio debería ser educativa, pero si es demasiado educativa, se convertiría en propaganda y, de ser así, dejaría de ser libre.

Probablemente ustedes conocen una fórmula célebre y perspicaz que, a propósito de la política, Paul Valéry escribió en alguna parte: "la política ha sido durante siglos el arte que impide a los hombres se inmiscuyan en lo que les atañe; luego, en nuestra época ha llegado a ser el arte de interrogarlos sobre lo que ignoran".

La información requerida para emitir un juicio

La democracia es, según la definición de Valéry, el arte de interrogar a los hombres sobre aquello que ignoran. Cabría preguntarse qué es lo que hace la radiodifusión en un régimen democrático. Existen dos respuestas posibles: o bien la radio trata de enseñar a los hombres lo que es necesario para responder razonablemente y con conocimiento de causa a las preguntas planteadas por el régimen y, en este caso, hablamos de la radio educativa; o bien, la radiodifusión se empeña en dictar a los radioescuchas la respuesta correcta, ya sea disimulando ciertos elementos del problema, ya sea imponiendo por la fuerza de la obsesión una única respuesta, es decir, una respuesta dictada que después se convierte en propaganda. Entonces la radio educativa sería aquella que falsearía la fórmula de Valéry, pues permitiría dar a conocer a los hombres, en caso necesario, la respuesta inteligente para responder a las preguntas que se les plantearan.

Si se consultara a los profesionales de la radio acerca de la función de la radiodifusión en una democracia, en la respuesta de todos no habría titubeos: la radio tiene la función de enseñar

a los hombres lo que es necesario saber para responder inteligentemente a las preguntas de la democracia; entonces, la primera exigencia sería proporcionar a los radioescuchas todas las informaciones necesarias para conocer los problemas; en segundo lugar y en un nivel superior, ofrecerles la información política para juzgar los problemas y, en tercer lugar, dado que la política es esencialmente un diálogo, si consideramos que no hay ciencia capaz de decirnos lo que tenemos que hacer en determinada situación, será necesario presentar a los radioescuchas todos los argumentos favorables frente a posibles soluciones bajo una forma impecablemente objetiva, es decir, sujeta a la discusión.

Idealmente, la radiodifusión democrática debería ser *objetiva* en cuanto a la información, *científica* en lo relativo a la educación y *libre* cuando se trate de la discusión.

Si la radiodifusión se sujetara a este ideal, pensamos que estos tres conceptos deberían corresponder a la práctica, pero de hecho, ninguna radio responde completamente a esas exigencias. Sin embargo, en la práctica se pretende alcanzar este ideal dependiendo de la especificidad de cada una de las organizaciones prevalentes en los distintos países.

1. En todos los países democráticos existe una organización cuyo objeto es limitar la influencia gubernamental sobre la radiodifusión. No obstante, en teoría, mientras mayor sea ésta, el aspecto de la propaganda es más acentuado. Ahora bien, el hecho de privilegiar a un solo partido sería contradictorio frente a lo que debe ser una radiodifusión democrática, por lo que cualquier estatuto reglamentario de la radio debe eliminar toda posible influencia propagandística del gobierno en función y, en caso de no poder hacerlo en forma radical, ésta tendrá que reducir su acción a expensas de la objetividad de la información o del carácter científico de las charlas o conferencias educativas, e incluso tendrá que sacrificar el marco de libertad de las discusiones políticas.

Debido a que los gobernantes representan sólo a uno de los partidos en disputa por el ejercicio del poder y por ser los virtuales opositores del mañana, es obvio que, según los intereses del bien común, los ministros no puedan someter la radio al servicio de su partido o sus ideas.

2. Todas las organizaciones democráticas de la radiodifusión tienen como objeto garantizar la pluralidad de las opiniones en

la radio y la televisión. Así, en todas las democracias occidentales, una vez llegado el momento de las elecciones se distribuye el tiempo disponible entre los diferentes partidos. Esa asignación de tiempos es una especie de demostración simbólica de la objetividad de una radiodifusión que, antes o después de las elecciones no llega, la mayoría de las veces, a alcanzar el ideal de la democracia. Me refiero a algo parecido al *show window* de los ingleses, que pretende convencer al público de que la radiodifusión pertenece a todos y a ninguno.

Es necesario ser justos y reconocer que no sólo es el gobierno el encargado de la propaganda —en realidad ésa es su función— sino que la existencia de dos fuerzas sospechosas nos lleva a pensar que están directamente inmiscuidas en una acción política dentro de los medios de comunicación. Si se nos permite, diremos que los primeros son nada menos que los periodistas (pedimos disculpas a los amigos dedicados a la radio por lo que acabamos de decir). Estamos seguros de que no develamos ningún misterio al afirmar que hemos visto, en muchas ocasiones, al personal de cierto noticiero televisivo literalmente ahogado debido a las presiones ejercidas por cierto partido político. Ahora bien, pensamos que para ser periodista no se deja de ser hombre; tampoco se trata, por ningún motivo, de que los periodistas de la radio escapen a las presiones políticas que animan a los simples mortales.

Pasemos entonces a considerar una segunda categoría de sospechosos representada por lo que en Francia se denomina “las fuerzas del dinero” o “los grupos de intereses”. En efecto, ahí donde existen varias cadenas radiodifusoras de propiedad privada o alquiladas por organismos económicos, es claro que sus dueños o financieros ejerzan, en algún momento, cierta presión sobre los trabajadores de la radio. Desafortunadamente, no se pueden tomar en forma simultánea todas las precauciones para evitar toda clase de influencias. Si se quiere limitar la presión del Estado en favor de las organizaciones privadas, es posible lograr la reducción de la propaganda gubernamental pero se corre el riesgo de aumentar la de las fuerzas del dinero. Si los periodistas gozaran de un estatus de independencia absoluta, entonces la influencia del gobierno sobre ellos podría limitarse, pero no se sabría qué uso harían de su autonomía.

En todo caso, no hay solución perfecta, pues por definición to-

da radiodifusión lleva en sí el riesgo de la "politización". No obstante, en todos los países democráticos los reglamentos tienden a limitar ese riesgo buscando ciertas fórmulas que, evidentemente, cambian según los países.

El caso británico

En Francia, el caso británico es considerado como el ideal, puesto que la radiodifusión es un servicio público que goza, en gran medida, de independencia respecto del gobierno.

La BBC tiene una tradición de objetividad más fácil de mantener que en Francia para crear un organismo análogo. Por un lado existen en Inglaterra reglas de objetividad más claras respecto de la prensa escrita que en Francia. Los británicos tienen un principio que no siempre aplican, pero que, de todos modos, gobierna sus acciones. Nos referimos al principio de la discriminación rigurosa establecida entre la *noticia* y el *comentario* que se hace patente al momento en que el periodista presenta los hechos olvidándose de sus preferencias.

Si comparamos la reseña periodística de una sesión de la Cámara de los Comunes publicada en un diario inglés y otra de la Cámara de Diputados en un periódico francés, en este último salta a la vista su tendencia política. Si procediéramos a recortar cualquier reseña y la presentáramos con el objeto de preguntar a la gente a cuál de las publicaciones pertenece (*Le Monde*, *Le Figaro*, *Libération*, *l'Humanité*, etc.) su respuesta acertaría sobre la tendencia política del redactor aun cuando no diera el nombre del periódico.

En varias ocasiones hemos preguntado a los directores de los diarios acerca de los matices manifiestos en las reseñas periodísticas y su respuesta ha sido: "al público francés no le gustan las reseñas carentes de pasión". Consideran que el tono de una reseña expresado a través de ciertas preferencias no equivale precisamente a una falta de objetividad sino a una forma de darle vida al relato.

Se puede estar de acuerdo en que una reseña escrita con cierta orientación no resulta tan aburrida como una noticia redactada con neutralidad pero, en este caso, es difícil establecer la diferencia entre la presentación de los hechos y el juicio emitido sobre ellos.

Nos referimos nuevamente a la BBC, la cual estimula más la diferenciación entre una información y un comentario que cualquier locutor de un noticiero radiofónico o televisivo francés. En este caso no se trata de un reproche dirigido a mis compatriotas, porque estamos conscientes de que ese asunto responde a la necesidad a la que se ven sometidos o a un hábito nacional al cual no pueden escapar.

Agreguemos que la BBC respeta otras reglas conocidas en Francia, relativas a los privilegios instituidos por el Parlamento. La radiodifusión constituye una especie de rival para la institución donde los representantes del pueblo discuten grandes cuestiones políticas. Actualmente existe ya otro espacio donde también se favorece el debate de los asuntos políticos; nos referimos a la radio y a la televisión, cuya regla establecida y respetada consiste en que las discusiones de orden político deben ventilarse antes que nada en el Parlamento, por lo que la BBC no puede organizar ningún diálogo con los parlamentarios sobre estos temas sin haberlos debatido con antelación en Westminster.

Efectivamente, el Parlamento perdería prestigio si las verdaderas discusiones se llevaran a cabo frente al micrófono o ante las cámaras de televisión, es decir, frente a los ojos y oídos de todo el mundo.

En resumen, la BBC es, en teoría, objetiva en la información y equitativa en la asignación del tiempo a los partidos políticos en los períodos de lucha electoral evitando, en la medida de lo posible, orientar su acción en favor del partido en el poder en un momento dado.

De hecho, en Gran Bretaña hay pocas controversias sobre el papel de la radio. En general, los dos partidos se muestran conformes en lo concerniente a la objetividad de la información, a la equidad y a la pluralidad de opiniones manifiestas en la BBC.

Pero la realidad es distinta, pues los logros de la BBC no se deben precisamente a su organización jurídica sino a otras causas. En el fondo, raramente explotan desacuerdos violentos entre los partidos políticos y, de surgir alguno, se cuestionaría el papel de esta radiodifusora. Tomaremos como ejemplo los acontecimientos relativos a la expedición inglesa hacia el canal de Suez.* La BBC

* En 1956 las tropas franco-británicas participaron en una acción punitiva por la nacionalización del canal de Suez decretada por el presidente egipcio A. Nasser. (N. del T.)

se empeñó en presentar los hechos de una manera rigurosamente objetiva, sin demostrar preferencia alguna por el partido que había decidido dicha expedición, ni por aquéllos que en ese entonces la habían criticado.

A pesar de ello, algunos tuvieron la impresión de que la BBC se inclinaba con cierta prudencia hacia el lado del gobierno. El gran debate político cuestionó la objetividad, la equidad de la información y los comentarios de la BBC sobre este asunto.

Además la polémica se agudizó cuando el ministro de Relaciones Exteriores de la Gran Bretaña nombró a un funcionario encargado especialmente de las relaciones entre la BBC y el Foreign Office, desencadenando una campaña periodística. ¿Acaso no fue éste un medio sutil del gobierno para influenciar esta cadena de radiodifusión?

De este modo, mientras más violentas sean las querellas entre los partidos, es más difícil respetar los principios de una radiodifusión democrática tal y como los hemos planteado. En efecto, cuando existen partidos extremistas, es difícil saber, aun en teoría, en qué consisten las reglas democráticas.

Prácticamente en Inglaterra no existe un partido comunista puesto que no hay un solo diputado comunista. Evidentemente sí lo hay, pero está constituido por algunos miles de militantes y la BBC no se ve en la necesidad de darles la palabra para respetar las reglas de la honestidad representada a través de las opiniones. Tampoco existe un partido de extrema derecha; por lo que, mientras menos extremistas sean los partidos, es más fácil garantizar la libertad y la objetividad en forma simultánea, además de que de este modo se reduce el riesgo tanto de transformar la radio en un foro manipulado tomando cualquier debate como pretexto para prácticas violentas y poco educativas.

Agreguemos que el sistema británico de radiodifusión no es una fuerza autónoma que gracias al sistema político logra cierta *neutralización* de los medios. Así, la política consiste sobre todo en la emisión de información, en la presentación de conferencias más bien educativas que propagandísticas, y de charlas, la mayoría de las veces presentadas muy cortesmente donde los interlocutores expresan necesariamente sus opiniones (sin lo cual el diálogo sería imposible), pero cuyas divergencias no pueden sobrepasar un límite razonable. En conclusión, los radioescuchas británicos no se hacen a la idea de que todo funciona a la perfec-

ción, sino que llegan a la convicción de que con buena voluntad cualquier acuerdo es posible. La radio británica es un modelo de democracia sin ser un poder suplementario agregado al Parlamento o a la prensa.

Se dice que el sistema de la BBC es perfecto, aunque se trata más bien de la perfección de un género en el sentido de una modalidad de la radiodifusión democrática consistente en su neutralización, por lo que está lejos de ejercer cualquier influencia determinante sobre el curso de la política. Ella se agrega como medio de expresión suplementario al juego tradicional de los partidos sirviéndose moderadamente de sus recursos y por eso es obvio que nada esencial haya cambiado en el funcionamiento del sistema democrático inglés.

El caso norteamericano

Nos parece que la solución norteamericana se sitúa en el extremo opuesto. Esta radiodifusión es democrática pero eso no quiere decir que sea neutra. El sistema democrático tiende a respetar el principio de libertad, al menos el de la pluralidad, pero tiende también a dejar que la radiodifusión sea una fuerza relativamente independiente, comparable a la de la prensa.

En Estados Unidos existen múltiples cadenas en manos privadas. Los periodistas más importantes, llamados *columnists*, de las radiodifusoras, son comparables a los de los diarios, exagerando incluso ciertas características de la prensa escrita norteamericana.

Es probable que todos ustedes conozcan el nombre del famoso *columnist* de la prensa radiofónica especialista en predicciones y a quien se le anunciaba así: "ahora van ustedes a escuchar al famoso *columnist* cuyas predicciones han acertado en un 83%". Quizá nos equivoquemos en cuanto al número; lo importante en este caso es destacar el estilo que, por otra parte, es inconcebible en Gran Bretaña.

Mientras que la radio norteamericana se esfuerza por lograr popularidad a toda costa, la radio inglesa se empeña en preservar su tono de dignidad. De tal modo, la radiodifusión norteamericana admite de buen grado lo que llamamos en Europa "la vulgaridad", casi siempre desdeñada por los ingleses. También la radio norteamericana, al dirigirse a millones de personas, ha

creado un estilo particular de periodismo político adaptado directamente a la televisión.

Convendría preguntarse si esta forma se sujeta a los principios de la radiodifusión democrática tal y como los hemos definido al inicio de esta conferencia.

En cuanto al ideal de libertad, la radio en Norteamérica es indiscutiblemente democrática; incluso aún más que la inglesa, pues esta última implica prácticamente un monopolio estatal neutralizado por los partidos, siendo en el fondo un monopolio del Estado. En cambio, en Estados Unidos, la radio es democrática según la concepción norteamericana, lo que equivale a decir que es plural, pues otorga gran posibilidad de influencia a múltiples grupos. En realidad, esta democracia está basada en el régimen de competencia, o mejor dicho, de abierta competencia inherente a cada partido y al sistema político en general.

La radio norteamericana comparte el mismo principio de libre competencia que se da en cada partido o entre diferentes partidos políticos, por consiguiente, la administración estatal puede hacer uso de la radiodifusión sin rebasar las prerrogativas de los grupos privados.

En este sentido conocemos, por ejemplo, la influencia que ejercieron las charlas por radio del presidente Roosevelt difundidas semanalmente. Hasta la fecha, el presidente de Estados Unidos puede dirigirse al conjunto de la opinión pública por radio y televisión, sin ninguna dificultad. Igualmente, cualquier partido puede comprar espacios en los medios audiovisuales.

Sin embargo, este tipo de organización presenta una doble problemática. Por una parte, es posible preguntarse en qué medida los grupos económicos poseedores de cadenas de radio y televisión, imponen su voluntad a los informadores de los medios. Creemos que, en la práctica este riesgo es más limitado de lo que se piensa y no se debe precisamente a la organización jurídica sino a las prácticas consuetudinarias. Tanto los dirigentes como los dueños de las cadenas de radio y televisión otorgan a los reporteros y comentaristas una libertad bastante amplia. Tomemos un ejemplo válido tanto para la prensa escrita como para la radiofónica. Un *columnist* norteamericano puede escribir en un periódico republicano cualquier artículo favorable al partido demócrata debido a que él no se siente responsable de las opiniones del diario, ni éste de las del periodista.

Precisamente ahí radica la libertad de la cual carecen los *communists* franceses y que tanto envidian a los norteamericanos. Evidentemente en Francia no se da el caso de opiniones contrarias a la línea oficial del periódico, en cambio, es muy posible que el periodista se rehúse a tratar temas con los cuales difiere su diario.

Por otra parte, los periódicos liberales se inclinan tanto a la derecha como a la izquierda dejando a sus colaboradores, por lo menos a los de mayor prestigio, un margen de libertad según su línea bajo la condición de no sobrepasar cierto límite.

Un segundo riesgo consistiría en lo relativo a las posibilidades del uso del tiempo de la palabra en forma desigual puesto que su concesión depende directamente del dinero. No hay duda que las oportunidades para dar la palabra en los medios no se reparten equitativamente, pues se necesita dinero para comprar el tiempo y no todos los partidos poseen igual riqueza.

El estilo de la radiodifusión norteamericana no es precisamente el de ser un servicio público neutralizado, sino más bien pluralista en la medida en que existe una propaganda numerosa no tan exenta de cierta virtud educativa. De hecho, la pluralidad en las mentiras, en el peor de los casos, tiene por lo menos el mérito de inspirar cierto escepticismo sobre cada una de ellas, además, por el simple hecho de que los medios acepten una pluralidad de opiniones, se excluyen muchas mentiras. Sólo pueden ser dichas algunas cosas bajo la condición de que nadie sea capaz de responderlas. La pluralidad, en un sistema de radiodifusión política, crea una dimensión de libertad, generándose con ella una dimensión educativa. Esta última varía, pues no basta con oír discursos contradictorios para lograr que el auditorio se instruya.

Con lo anterior tocamos otro punto, nos referimos concretamente a la capacidad educativa de la radio, dependiente más bien de la buena voluntad de los radioescuchas que de las intenciones de los emisores. A fin de cuentas, desde la aparición de la radio, las cadenas radiofónicas y televisivas han provocado la exigencia de ser escuchadas, de este modo, según sea la forma o el estilo de hablarle al auditorio, se tiene o no la posibilidad de aceptación. De buena gana sostenemos la teoría de que el riesgo más peligroso que corre la libertad de prensa proviene de los

lectores, quienes al dar de baja sus suscripciones, sólo consiguen que los periódicos caigan en el conformismo.

De la misma manera, los deseos de los radioescuchas no hacen más que limitar la acción educativa de la radio, pues creemos que los locutores se inclinarían de buena gana hacia los discursos educativos si estuvieran seguros de ser escuchados, lo que nos lleva a afirmar que la educación del público depende tanto de la cultura general de la nación como de la radiodifusión en sí.

La solución francesa

Esta tercera solución es la más fácil de definir en vista de que no se trata ni de la propuesta de la BBC ni de la norteamericana. El planteamiento francés no se ha formulado a partir de un estatuto legal, por lo que su realidad es conocida solamente a través de los que están inmersos en ese campo de trabajo. Si dijéramos todo lo que pensamos en este momento, nos arriesgaríamos a desencadenar una serie de dificultades a los colegas que nos han invitado a esta conferencia.

Teóricamente, los franceses quieren orientarse hacia la solución británica pero, seguramente, son más hostiles a la pluralidad de opiniones del capitalismo, manifiesta en las cadenas de radio y televisión, que al monopolio instaurado por los ingleses en un marco de neutralidad.

Si se diera a escoger a los diputados, a los periodistas, al gobierno y, por qué no, a los electores —aunque a estos últimos no estoy tan seguro pero, en fin, a los tres primeros— la opción se inclinaría en favor del régimen británico. Actualmente los franceses ponen a prueba la práctica inglesa sin ningún fundamento legal, incluyendo ciertas intervenciones del gobierno pero sin caer en la neutralización. Consideramos que no basta con expresarse en una votación para el establecimiento de un marco jurídico capaz de resolver el problema, sino que la primera exigencia que se nos presenta debería ser precisamente la de la creación de dicho marco.

Suponiendo que existiera un reglamento francés de la radiodifusión, obviamente éste correría el riesgo de que, una vez constituido, se buscara la forma de eludirlo con el mismo despliegue de ingenio con el que fue creado.

El caso francés es básicamente diferente del inglés porque los

ingleses carecen de partido extremista, en cambio, nosotros casi nunca hemos tenido un partido moderado. De esta forma, sería más fácil asegurar una radio neutralizada pues estaría compartida entre dos partidos moderados empeñados en obtener el mismo resultado.

Si hablamos de partidos moderados, podemos decir que, desde los socialistas hasta los independientes no tendrían dificultades para expresarse debido a la inexistencia de una regla de rigurosa proporcionalidad aplicable solamente a los períodos electorales. En general, se toleran las discusiones libres; decimos que en general porque hay etapas donde el gobierno es más susceptible cuando se tratan problemas candentes.

En principio de cuentas, el sistema es impugnable porque no se trata ni del pluralismo norteamericano ni del monopolio neutralizado de los ingleses.

Al fin y al cabo, nos orientamos hacia una reglamentación al estilo británico, pero interpretado de manera algo diferente en razón de las prácticas habituales de los periodistas y de las pasiones de los radioescuchas. Se trata, por así decirlo, de un monopolio neutralizado, cuya neutralidad se verá empañada por las pasiones de unos y otros dentro de cierto clima de amabilidad en medio de la anarquía.

A manera de conclusión nos preguntamos si todavía es necesario definir la radiodifusión bajo el régimen democrático, aunque también cabría cuestionarse sobre el papel de los medios como proveedores de respuestas ante los interrogantes o, si en realidad son ellos los que las dictan.

Como siempre, la verdad está a medio camino, pues es imposible afirmar que la radio de cualquier país sea capaz de hacer algo para darnos una respuesta. De todos modos, el ciudadano común y corriente de los Estados Unidos, de Gran Bretaña o de Francia conoce mejor los problemas que se le plantean gracias a los medios de difusión que lo que ha sabido en el pasado. La radio entonces hace parecer como falsa la ocurrencia de Valéry porque interroga a los ciudadanos sobre cuestiones cuyos datos ya no les son desconocidos por completo. Para el caso, pecaríamos de optimistas si dijéramos que estos ciudadanos manejan los datos cada vez mejor.

No obstante, es muy posible que algunos radioescuchas quieran que la respuesta les sea dictada, después de todo, no estamos

tan seguros de que el ciudadano desee fervientemente decidirse por sí mismo. Mientras tanto, digamos que la radio es ampliamente informadora, y que no es más educativa porque hasta el momento no ha encontrado una fórmula para educar sin ser tediosa. Se sabe que el filósofo francés Alain escribió: "El que enseña bien tiende a ser aburrido también", por lo tanto, sólo los buenos maestros son tediosos; pero si nosotros mismos estamos tan seguros de la veracidad de esta teoría, aunque exista el riesgo, sobre todo para la radio, de volverse aburrida cuando quiera ser demasiado educativa. De lo que sí estamos seguros es de que no toda la radio corre este riesgo con frecuencia.

La radio bajo los regímenes totalitarios

Ahora nos referiremos a la radiodifusión bajo un régimen totalitario, entendiéndose los límites del mismo.

El régimen totalitario pertenece a la era de la radiodifusión siendo al mismo tiempo su expresión y su negación. Bajo un régimen totalitario, el Estado se reserva el monopolio de los medios de la palabra, pero éste es en sí mismo contradictorio en razón de la ubicuidad de la radio, por lo que, en este caso, un Estado plenamente totalitario debería ser planetario.

Para que exista un régimen totalitario debería haber una sola radio en la superficie del planeta, sólo así los gobernantes serían los únicos en el mundo junto con su pueblo y tendrían realmente la exclusividad de la palabra legítima. Estamos seguros de que ningún país está solo en el mundo, prueba de ello han sido las dos grandes experiencias que hemos tenido: por un lado, la presencia del extranjero en el diálogo entre gobernantes y gobernados* y, por otro, la ocupación de Europa y los países del otro lado de la cortina de hierro, por lo menos hasta la frontera con la Unión Soviética, donde la radio occidental ha penetrado aunque con mayor dificultad.

Es bien conocido el papel desmesurado que jugó la radio durante la guerra. La radio londinense llegó a ser en Francia una realidad política mucho más poderosa que el mismo gobierno

* El autor hace alusión a la radio durante la segunda guerra mundial cuando los gobiernos en el exilio pudieron comunicarse con sus pueblos bajo la ocupación nazi. (N. del T.)

oficial instalado en Vichy o que la misma radio alemana. En este caso, lo que denominé el tercer hombre en las páginas anteriores cobra sentido, pues había algo casi burlesco en el esfuerzo realizado por los alemanes para reservarse el monopolio de la palabra que, por otra parte, no tuvo mayor resultado que el de reforzar el interés de la audiencia y la autoridad de la voz de los extranjeros.

Fue justamente en ese momento cuando la radio se convertía en una fuerza militar de primer orden pues, en gran medida, en la batalla se ponían en juego las convicciones de los europeos. Esta lucha fue ganada por una radio imperceptible para los alemanes; nos estamos refiriendo a la radio inglesa.

En una batalla de tal magnitud la radio conformista llevaba las de perder. La lucha se establecía entre una radio conformista al estilo de los países ocupados y una radio que se presentaba a sí misma como democrática, que ganaba automáticamente porque tenía el valor de proporcionar informaciones verídicas y porque anunciaba los hechos aun cuando eran desfavorables, logrando aumentar con ello intempestivamente la credibilidad de los radioescuchas. En pocas palabras, la radio toleraba la discusión abierta y presentaba las ideas que los radioescuchas querían oír ganaba de antemano a la radio que se devaluaba a sí misma por su afán de mantener el monopolio.

Nos referiremos a otro caso, todavía más interesante que el de la radiodifusión durante la ocupación alemana, se trata de la radio bajo el régimen totalitario. Ésta oscila entre dos intencionalidades o dos formas extremas. Es posible aprovechar el monopolio de la radio con el objeto de despolitizar a un pueblo, también se puede luchar por la difusión de una convicción ortodoxa.

La radiodifusión del estado fascista italiano, aun cuando no era completamente totalitario, servía para despolitizar y para politizar. Por el contrario, la radio de Hitler tendía esencialmente a politizar pero, en general, se dice que la radio al servicio de un estado totalitario es una fuerza diabólica. Ustedes seguramente conocen la novela de George Orwell, *1984* donde se describe un país completamente subyugado por una radiodifusión exclusiva que acaba de imbuir a los radioescuchas de un pueblo entero convicciones fabricadas artificialmente por los gobernantes, imponiendo, finalmente, a todas las mentes una falsa repre-

sentación de la realidad aceptada como la única verdadera a través del sometimiento general a una presencia obsesionante de la voz oficial.

Pensamos que esta descripción de la fuerza diabólica de la radio totalitaria es exagerada. No quiero decir con ello que la radiodifusión carezca de una gran fuerza en esta clase de regímenes, pues si consideramos una radio que habla sola, que repite indefinidamente las mismas ideas, que describe el mundo bajo un único aspecto, lo más seguro es que los radioescuchas acaben por ver el mundo tal y como se los presentan. Sin embargo, creemos que Gerge Orwell y sus discípulos olvidan algo importante en cuanto a que se llega, obligatoriamente, a un punto donde la propaganda acaba por negarse a sí misma.

Según tenemos entendido, en la Unión Soviética, el escepticismo es por lo menos tan grande como la sumisión a la verdad oficial. Por la fuerza del monopolio y de la propaganda obsesiva se provoca el rechazo inevitable de las mentes; este escepticismo es producto del abuso de la propaganda.

Las mentes escépticas pueden estar mal informadas y casi siempre se equivocan; en ocasiones, los radioescuchas se niegan a creer en algo aun cuando la radio les diga la verdad.

Por nuestra parte pensamos que el caso extremo de una educación o de una pseudoeducación totalitaria no es sino la reivindicación de la libertad. De todas formas no dejamos de ser optimistas en cuanto a la naturaleza humana, pues según lo que hemos visto, al cabo de diez años de propaganda totalitaria, los hombres comunes y corrientes todavía pueden aspirar a una información objetiva al estilo de la BBC.

Al parecer, los hombres son más dialécticos de lo que se cree; cuando se les somete a una dosis exagerada de propaganda totalitaria, acaban por amar apasionadamente lo contrario, es decir, anhelan una información neutra y una discusión política libre y abierta.

Por esa razón estamos convencidos de que la radiodifusión totalitaria es incapaz de crear un universo cultural humano adaptado a sus prácticas. Basándonos en la experiencia concreta, se evidenció que el efecto producido es a la inversa, ya que a la larga, la radiodifusión totalitaria termina por despertar el idealismo democrático con todo y sus defectos.

Quizá esta afirmación sea en extremo optimista, sin embargo

es justificable gracias a las pruebas del pasado, y no deja de inquietarnos el hecho de no saber cuánto tiempo será necesario esperar para revocar el totalitarismo; pues no basta que muchos hombres deseen fervientemente una información objetiva para lograr la anuencia de los gobernantes. Dicho de otro modo, la radiodifusión no es sino un medio de gobierno, razón por la cual fracasó al instituir el modelo totalitario pero eso no es la prueba fehaciente de su desaparición, pues dichos regímenes persisten aún en contra del escepticismo de los ciudadanos.

La televisión y la política

Tenemos la impresión de haber abusado de la paciencia del auditorio pero quisiéramos abordar un tema que a nuestro juicio tomaría todavía algo de tiempo, nos referiremos a la televisión. Hasta ahora hemos aludido a la relación existente entre la radio y la política. Si aún no hemos tocado aquel tema es porque en Francia todavía no cuenta con la suficiente difusión para ser tomado en consideración como un factor político. Hasta este momento la televisión es un fenómeno marginado en comparación con la influencia ejercida por la radio.

No obstante, en Inglaterra es lo bastante conocida como para desempeñar un papel importante en el marco político, pero según tenemos entendido, la televisión preferentemente se encarga de “despolitizar” en lugar de “politizar” a los ciudadanos. Hace poco mencionamos, a propósito de la radio bajo el régimen totalitario, que los ahora denominados medios de comunicación de masa, tienden a distraer la atención del público y a dictar una ideología conformista. Actualmente la televisión inglesa, no solamente es poco política sino es más bien partidaria de la despolitización. Esta acción está encaminada a producir en el telespectador imágenes que le hacen olvidar su trabajo cotidiano y abandonar sus reuniones sindicales o políticas.

La televisión nos hace ver los acontecimientos en lugar de oírlos, esta sustitución del oído por la vista tendrá seguramente sus propias consecuencias. Citemos el ejemplo de la entrada de las tropas alemanas a Viena en 1938; en el lugar de los hechos se encontraba un reportero de una estación privada, éste hizo que los franceses escucharan el ruido de las botas alemanas sobre el pavimento de las calles de Viena, con lo cual aseguró que este

acontecimiento, por más alejado que estuviese, en realidad viviera se en los hogares de millones de franceses. En cambio, la televisión presentaría ante los ojos del gran público una larga secuencia de imágenes políticas sobre el caso, diluyendo con ello el impacto logrado por la radio.

Una de las primeras consecuencias de la televisión —mil disculpas por esta impertinencia— será precisamente la de “despoetizar” los hechos. No creemos que el ciudadano medio de los Estados Unidos alimente un culto especial por los dirigentes de los partidos más importantes en el momento en que éstos nombren a sus candidatos a la presidencia. Sin embargo, la sola presentación de este hecho por televisión tiende más bien a reducir el respeto de cualquier ciudadano por los políticos. ¿Por qué razón? Porque en nuestra opinión, esos políticos no son precisamente estrellas de televisión. En efecto, cuando los políticos se ven sometidos al suplicio de las cámaras, la estima del ciudadano decae muy a menudo, en comparación con la situación previa al descubrimiento de la televisión.

A pesar de que no todos los políticos tengan dotes para aparecer en televisión y de que no todos posean voz de locutores, muchos de los que conocemos le deben su oficio, en gran medida a su voz; no necesariamente se trata de los mismos que imponen su presencia ante las cámaras. Tal es el caso de un hecho por demás curioso: una comisión encargada de elaborar una encuesta sobre un senador norteamericano del cual se hablaba con bastante frecuencia en las primeras planas de un diario, encontró que su popularidad decaía estrepitosamente cuando por primera vez millones de teleespectadores norteamericanos de buena voluntad y en el que cifraban su confianza, lo *vieron* por televisión.

En variadas circunstancias, la imagen hace más difícil la mentira que el solo hecho de oírla a través de la voz. Es muy posible que una plétora de políticos pueda hacer creer las mentiras que dice tan sólo con la voz, pero de seguro le resultará más difícil cuando se presente con toda su corporeidad en televisión.

En general diríamos, a riesgo de equivocarnos, que la imagen hace más difícil la mentira que la voz. Se puede falsear la presentación de los hechos por medio de imágenes, pero sería más complicado para los políticos encontrar una técnica televisiva comparable a la de la radio.

Llegó el momento de concluir y nos preguntamos qué hay

que hacer en estos casos. Por definición las observaciones planteadas no pueden someterse a una conclusión rigurosa, sin embargo, nos vemos en la necesidad de expresar por lo menos una de entre otras posibles. Consideramos que la era de la radiodifusión y de la televisión es la época de la ciudadanía universal porque estas se dirigen a todas y todos tienen la posibilidad de participar en la vida política. La mayoría sabe leer y escribir y aún cuando muchos no sepan tienen la capacidad de comprender lo que pasa en sus pantallas de televisión.

A pesar de vivir en la era de la ciudadanía universal no todos los hombres comparten el mismo universo cultural. En la práctica, hay mucha diferencia entre un ciudadano inglés que vive en el universo cultural del *Times* o del *Manchester Guardian* y aquél que vive en el universo cultural creado por las revistas, los periódicos dominicales de gran tiraje y los que generan un ambiente extraño donde prevalecen el sexo, el crimen, el amor y lo novelesco sobre las preocupaciones políticas.

La era de la radio y la televisión es, en teoría, donde todos los hombres viven en el mismo universo cultural y donde se encuentra, a pesar de todo, reconstituida la diferencia entre dos culturas y dos políticas disímboles y extrañas.

Digamos, aunque corramos el riesgo de llegar a una conclusión a toda costa, que el horizonte de la radio es el de un espacio simultáneo para hombres que viven en dos universos culturales. Por lo pronto no creemos que esto se haya logrado. La BBC ofrece programas destinados a los lectores del *Times* y del *Manchester Guardian* y no cuenta con tantos auditores fuera de los *happy few*. Las otras cadenas de radio se dirigen a los consumidores de periódicos sensacionalistas.

Sin embargo, la radio es superior a los diarios destinados a ese público. Los canales 1 y 2 crean un universo cultural que no es ni el de los *happy few* ni el de los lectores asiduos al sensacionalismo. La radio proporciona noticias en un tono objetivo, también ofrece elementos que contribuyen al conocimiento y propone ideas y argumentos en forma amena sin olvidar los temas sujetos a la discusión política, eventualmente presentados con cierta intención educativa.

La radio es ya un intermediario entre los dos universos culturales compartidos por ciudadanos de una misma comunidad.

Supongamos que dentro de mucho tiempo esos dos universos

culturales logren fundirse en uno solo, entonces la radiodifusión habrá cumplido con su cometido, y de no ser así le bastaría con lo que aspira a ser: una gran fuerza del mundo moderno.

Traducción y nota introductoria de Rosa Ma. Aponte.

Notas

CARLOS BLAS GALINDO

Nacionalismo y neonacionalismo¹

Empezábamos a comer hamburguesas, páys, donas, jotdogs, malteadas, áisgrim, margarina, mantequilla de cacahuete. La cocacola sepultaba las aguas frescas de jamaica, chíá, limón. Únicamente los pobres seguían tomando tepache. Nuestros padres se habituaban al jaibol que en principio les supo a medicina. En mi casa está prohibido el tequila, le escuché decir a mi tío Julián. Yo nada más sirvo whisky a mis invitados: hay que blanquear el gusto de los mexicanos.

José Emilio Pacheco, *Batallas en el desierto*

EL NACIONALISMO mexicano en las artes ha vivido etapas caracterizadas por una actitud de aislamiento cultural y desconfianza hacia productos artísticos de otras áreas geográficas, así como períodos en los que ha coincidido con los escasos momentos en que las decisiones gubernamentales han sido de lucha por la independencia política y económica, por la soberanía y el desarrollo de la nación.

Luëgo de intentos aislados que constituyen sus antecedentes, el nacionalismo mexicano en las artes surgió inducido por la política cultural de un Estado que requería con urgencia de un arte propio de la Revolución, porque el desarrollo de la alta cultura² se había interrumpido durante la lucha armada y también porque existía el impulso de demostrar —a pesar de las evidencias— que el conflicto había finalizado y el ambiente era ya propicio para un renacimiento nacional.

El nacionalismo —en las artes plásticas sobre todo— se generalizó como arte oficial al consolidarse en nuestro país un poder compartido entre los generales revolucionarios triunfantes y los políticos y militares sobrevivientes de los tiempos prerrevolucionarios. Pero, a pesar de constituir una actividad pro gubernamental, el arte nacionalista en sus

1 Versión aumentada del texto leído por el autor en el Museo de Arte Moderno, en la ciudad de México, el 23 de septiembre de 1987.

2 Se utiliza este término, para designar al tipo de cultura que no es de masas ni popular.

inicios fue una vanguardia capaz de dar respuesta a un sincero afán de autenticidad; fue un ejemplo de la posibilidad de identificación de los artistas profesionales con los valores culturales de los explotados.

Durante el obregonismo, los proyectos de promoción cultural y las aspiraciones latinoamericanistas de Vasconcelos prosperaron en un México cuyos gobernantes no demostraron urgencia en dar cumplimiento a las promesas revolucionarias; en una nación donde ya se legislabo para atenuar las tendencias nacionalistas y las orientaciones hacia las reformas sociales presentes en la Constitución apenas aprobada.

La consolidación del nacionalismo en las artes plásticas ocurrió al imponerse en el país una paz basada tanto en la fundación de un partido oficial —por medio del cual el grupo dominante obtuvo el control en las cámaras y en las elecciones—, como en la proliferación de militares y líderes enriquecidos; en el afianzamiento de la mediatización del movimiento obrero y en el silencio temporal del campesinado.

Durante la década de los años treinta, el nacionalismo mexicano en las artes se renovó a la par de la revitalización revolucionaria cardenista, de los avances en la legislación laboral y de las respuestas a las demandas campesinas que habían impulsado la Revolución y amplió sus alcances con el nacionalismo económico y la lucha antifascista, en un México caracterizado por un rápido aumento de la población urbana y por una inversión pública destinada a industrializar el país.

Desde sus inicios, el nacionalismo mexicano toleró las variantes y disidencias internas que le permitieron subsistir y permanecer como arte oficial. Su éxito local y externo se fortaleció merced al aislamiento del Continente con respecto a Europa (a consecuencia de la guerra); por la inexistencia, en aquel entonces, de algún movimiento artístico cohesionado en el extranjero y por el desconocimiento en nuestro país de productos culturales de otras regiones.

La pérdida de vitalidad del nacionalismo mexicano —y la reiteración que consumaron sus continuadores— fue patente cuando el régimen logró reducir al mínimo la violencia e incrementar su autoritarismo; cuando fue innegable la anulación de los logros cardenistas; cuando la nueva burguesía industrial alardeó —ya sin vacilación— de su triunfo; cuando los ingresos de grupos poblacionales (tanto urbanos como rurales) obtuvieron un nivel medio; cuando ya no se ocultó la orientación política hacia la derecha; cuando la inmoralidad administrativa se extendió.

Al ser el nacionalismo mexicano el arte oficial de los regímenes post-revolucionarios, contó con un apoyo cada vez mayor por parte de la burocracia. Sus autores consiguieron encargos, recompensas, reconocimientos y mercado; protección que era correspondida en muchos casos

con docilidad, con obras complacientes y de escasa elocuencia, poca fuerza expresiva y limitado poder de convicción.

El creciente entusiasmo por el nacionalismo mexicano convenía al grupo gobernante, pues le había dado al país el más amplio prestigio cultural internacional alcanzado por productos de este Continente. Por otra parte, el apoyo también fue consecuencia del considerable aumento en el consumo interno de obras nacionalistas, ya que el grupo de compradores se había expandido al aumentar tanto la cantidad de funcionarios beneficiados por las políticas del gobierno, como el número de burgueses enriquecidos mediante sus tratos con el sector público.

El nacionalismo mexicano en las artes plásticas, como arte oficial, se anquilosó de manera semejante a las estructuras gubernamentales. Así como el gobierno y el partido en el poder, sólo aceptaron cambios esporádicos, lentos y parciales en sus cuadros; tampoco propiciaron la renovación de la alta cultura. El hábito de ocultar y negar las tensiones se extendió por las áreas de la administración gubernamental e influyó en la plástica.

El nacionalismo mexicano fue una vanguardia que en treinta años desgastó sus lenguajes y se transformó en academia. Durante ese lapso, el país padeció también una gradual desnacionalización política, económica y social, como consecuencia de un fuerte aburguesamiento del régimen (que ni las denuncias de Jesús Silva Herzog ni los llamados de Daniel Cosío Villegas lograron detener) y de la violación de la independencia nacional desde el exterior por un abierto intervencionismo estadounidense, acrecentado por la Segunda Guerra y disfrazado de un panamericanismo útil para manipular a los países latinoamericanos durante la guerra fría.

Los mexicanos de ingresos medios —sobre todo los urbanos— debido a su oportunismo y arribismo, y a consecuencia de su falta de convicciones y marcos propios de referencia, pasaron gradualmente del orgullo a la vergüenza por sus costumbres; del gusto por la tradición nacional a su rechazo; contagiados por los ejemplos de una burguesía colonizada, ignorante y con un desmedido afán de lograr prestigio y acceder a una modernidad —jamás política— que implicaba el aniquilamiento de lo auténtico, calificado de anacrónico.

En este contexto y debido a múltiples causas, los productores de artes plásticas que habían iniciado su labor profesional durante los años cincuenta, organizaron la insurgencia contra el nacionalismo mexicano. Algunas de las razones de la rebelión fueron el prestigio en el extranjero de artistas disidentes; la posibilidad (para artistas y público) de viajar fuera del país y entrar en contacto con la producción extranjera; el predominio de conceptos defundidos por los medios masivos de comunicación; la necesidad del mercado de contar con productos nuevos y origi-

nales que el nacionalismo mexicano ya no podía satisfacer; el arribo e influencia de artistas e intelectuales europeos: el desdén de la población hacia sus gobernantes; la consolidación de alternativas de difusión cultural privadas y universitarias y la terquedad del medio oficial de negar calidad, e incluso artisticidad, a todo aquello que no se ajustara a los patrones estéticos nacionalistas del arte pro gubernamental.

La lucha de los insurrectos fue no únicamente por conseguir la legitimidad que implica la aceptación estatal, sino por imponer sus lenguajes —en un principio híbridos, con orientaciones abstraccionistas o semifigurativas— como el nuevo arte oficial, para participar de los privilegios que los políticos encargados de administrar la cultura dispensaban a los creadores nacionalistas consagrados y a sus seguidores. En 1966 el movimiento explotó al no obtener respuestas inmediatas por parte del medio oficial, y los artistas no nacionalistas tomaron el poder (que en parte aún detentan) e impusieron su actitud radical en el medio artístico: quienes se expresaban con lenguajes abstractos contaban de antemano con la posibilidad de triunfar, pero quienes utilizaban formas figurativas eran atacados, rechazados y ridiculizados por sus colonizados colegas y amonestados por muchos críticos.

Pronto arraigaron entre nuestros artistas las nuevas vanguardias. Comenzó a imperar una gran docilidad y devoción ante las modas artísticas provenientes del exterior; la alta cultura se produjo ya, no sólo para la capital del país (tendencia ya bastante grave), sino únicamente para un territorio comercial ungido como símbolo de prestigio y bautizado como Zona Rosa. La actitud extranjerizante de los productores de artes plásticas coincidió con la de muchos mexicanos: ni unos ni otros fueron capaces de darse cuenta de que con su postura confirmaban la derrota de un proyecto de nación.

La hegemonía de los neovanguardistas duró menos de la mitad que la de los nacionalistas, y esta vez, fue la política cultural del Estado la que propició —sobre todo por medio de los concursos y la descentralización— la convivencia entre artistas de diferentes movimientos, tendencias y corrientes, y la práctica de todo tipo de lenguajes artísticos.

Dentro del eclecticismo imperante en el panorama de la plástica nacional (originado en el medio internacional) llama la atención el interés de algunos productores contemporáneos por abordar asuntos relacionados con lo mexicano ahora que en nuestro país prevalecen —y públicamente se admiten— el olvido y sojuzgamiento de nuestro pueblo, la incapacidad gubernamental para afrontar determinaciones patrióticas, la oratoria declaracionista, la dependencia económica, la injusticia, el acrecentamiento de la pobreza, la desigualdad cultural, la segregación social, la decadencia educativa, la protección de la vieja riqueza terrateniente y el clero, la disminución en la productividad, la corrupción sin-

dical, la creciente marginación, la invasión transnacional, al abarataamiento de la mano de obra, la descapitalización, los acuerdos lesivos sobre empleo y finanzas, la nulificación de la oposición y el autoritarismo del partido oficial.

Ante la situación interna, las respuestas que los artistas neonacionalistas³ proponen —desde la alta cultura predominante— son disímiles: algunos insisten en que México fue, pero ya no es y se expresan con un sentido nostálgico, producto de su desacuerdo con el presente. Otros tienen nexos con las soluciones formales y colorísticas de ciertos trabajos artesanales. Hay también quienes desarrollan su interés mexicanista desde lenguajes relacionados con las corrientes internacionales y, están asimismo quienes se apoyan en temáticas costumbristas, en los mitos que subyacen en las tradiciones populares o en la cursilería característica de muchos mexicanos.

Entre los iniciadores del neonacionalismo se encuentran: Ricardo Anguía, Alejandro Arango, Javier Arévalo, Enrique Guzmán, Maximino Javier, Leonel Maciel, Jaime Saldívar y Nahum B. Zenil y, entre los más recientes: Elena Villaseñor, Mario Torres Peña, Carla Rippey, Adolfo Patiño, José Esteban Martínez, Eloy Tarcisio López, Marisa Lara, Arturo Guerrero, Janitzio Escalera, Carlos Aguirre y Fernando Andrade Cancino.

El neonacionalismo no es un movimiento formalmente constituido ni es homogéneo; sin embargo, quienes lo practican, cuentan con ciertas particularidades: a diferencia de muchos de los nacionalistas que les precedieron, no pretenden con su trabajo elogiar, enaltecer, ensalzar o celebrar la versión oficial de lo nativo, sino que con frecuencia manifiestan su deseo de censurar, condenar o desaprobar algo de lo que somos los mexicanos; pero ¿son tan mexicanos los comerciantes como los obreros y campesinos, los artistas e intelectuales como los desempleados, los líderes y las secretarías como los profesores y las amas de casa, los administradores y los técnicos como los pescadores y los artesanos, los profesionales y los empleados como los indígenas? ¿Por cuáles mexicanos se interesan los neonacionalistas? Promover y difundir las obras de estos autores es desde luego un acierto que puede apoyar la consolidación de un movimiento más amplio, pero los artistas comprometidos con la nueva mexicanidad deben ser capaces de superar, con su trabajo, la separación entre obra y público, y de asumir la responsabilidad de hacer factible la comprensión de sus propuestas plásticas. Solamente si lo logran tendrá sentido el neonacionalismo.

3 El término fue propuesto por la doctora Teresa del Conde.

JAIIME CASTAÑEDA

Sobre la novela policiaca

Breve historia

EL GÉNERO POLICIACO corresponde a un fenómeno literario de gran trascendencia que, a partir del siglo XIX y durante lo que va del actual, ha constituido una de las más gustadas temáticas de la narrativa universal.

La historia de la novela policiaca comienza hacia 1840 con Edgar Allan Poe, a quien puede llamarse el padre de este género; no obstante, existen algunos antecedentes, entre los cuales el más remoto data del siglo V a.C.; nos referimos a la obra dramática de Sófocles *Edipo Rey*, para algunos la más grande de las tragedias griegas.

El mito de Edipo es presentado en la obra de Sófocles a manera de una investigación que el propio personaje cumple y de la que resultará su autoconocimiento. Para quienes no recuerden de momento la trama de la genial tragedia, sintetizo a continuación su argumento:

Un oscuro oráculo afirmaba que Edipo mataría a su padre y se casaría con su madre. Para librarse de tal destino, Edipo huye de su patria. En el cruce de dos caminos riñe con otros viajeros y encolerizado mata a uno de ellos, un anciano. Al llegar a Tebas y por haber resuelto el enigma de la Esfinge es premiado con el trono y debe desposar a Yocasta. Pasado el tiempo, Tebas es assolada por una peste... Consultado el oráculo, contesta: debe arrojarse al impuro que mora en la ciudad tebana. ¿Quién es el impuro? Edipo, seguro de sí mismo, inicia la investigación con la implacabilidad propia de un detective de la escuela americana (ya hablaremos más adelante de las diferentes tendencias dentro del género policiaco). Al final de la tragedia, y en posesión de muchos datos, Edipo deberá reconocer que él es el impuro del que hablaba el oráculo, pues sin saberlo mató a su padre Layo en el cruce de dos caminos y se casó con su madre Yocasta. (Es miserable la condición humana pues no puede escapar al designio de los dioses.) Horrorizado ante su descubrimiento, Edipo apura su castigo: se saca los ojos que "no vieron cuando debieron ver". La investigación ha terminado, el propio investigador es el homicida-incestuoso. Se cierra así la búsqueda; el orden es restablecido.

La tragedia griega buscaba operar una catarsis en el espectador me-

diante la producción de dos fuertes sentimientos: el terror y la piedad. En el caso de *Edipo Rey* se produce un restablecimiento del orden religioso y moral transgredido por el culpable. No son de igual índole e intensidad los sentimientos que el relato moderno se apresta a despertar en el lector.¹

El lector de la novela policiaca se identifica especialmente con el personaje central que siempre desempeña el papel de investigador. El deleite que produce la lectura de este género literario está inserto en el desarrollo de la investigación misma.

La emoción por excelencia que registra es esencial al seguimiento del proceso deductivo; es un placer intelectual ir reconstruyendo la situación global a partir de los datos que el autor va dando en el transcurso de la narración. Por fin se concluirá quién fue el asesino y se dará la explicación justificativa del acto que determinó el comienzo de la investigación. Al menos así ocurre en gran parte de la producción novelesca policiaca.

En cuanto al protagonista (el detective), una vez resuelto el caso, está en condiciones de comenzar una nueva investigación. De aquí deriva su permanencia prolongada en series de novela, lo que asegura la producción cuantiosa y el éxito correlativo del escritor.

Durante muchos años, el género policiaco fue visto con menosprecio en los círculos académicos y pretendidamente intelectuales, donde se le clasificaba despectivamente como "literatura barata" o "subliteratura"; sin embargo, el tiempo se ha encargado de hacerle justicia al demostrar que, como cualquier otra temática y en mayor proporción que muchas, ha aportado auténticas obras maestras a la literatura mundial.

Es cierto que a primera vista podría pensarse que el crimen es de por sí un tema antiestético, mas conviene señalar que muchas de las grandes obras de la literatura universal abordan el tema, dando verdadero valor artístico a su tratamiento; tal es el caso de obras como *Macbeth* de Shakespeare, *Los miserables* de Víctor Hugo o *Crimen y castigo* de Dostoyevski, por citar sólo algunos ejemplos.

Con el propósito de reafirmar esta apreciación, nos parece oportuno recordar el juicio que sobre el particular expresó el notable escritor inglés Thomas de Quincey: "La gente comienza a darse cuenta de que la ejecución de un bello crimen entraña algo más que la presencia de dos imbéciles (el asesino y la víctima), un cuchillo, una cartera y un sen-

1 Cfr. Margarita Fynn, "De Edipo, el detective culpable, a James Bond; el inocente risible", en *Comunidad-Conacyt*, enero-febrero 1981, año VII, núm. 121-122, p. 104.

dero oscuro. El objetivo, la situación de los actores, la luz y la sombra, la poesía, el sentimiento, éstos son los elementos que parecen indispensables en obras de esta naturaleza".²

Desde la publicación de la ya clásica obra de de Quincey, *Del asesinato considerado como una de las bellas artes*, la realidad del placer estético que proporciona una novela o un relato policíacos no puede ponerse en duda.

Como señalamos líneas atrás, la historia de la narrativa policíaca se inicia con Edgar Allan Poe, quien entre sus numerosas aportaciones cuenta con la invención del primer detective de la literatura universal: Auguste Dupin. Este curioso personaje es el protagonista de tres relatos magistrales en los que aparecen, perfectamente desarrollados, aquellos elementos que darán origen al género policíaco. Ellos son: "El doble asesinato de la calle Morgue", "El asunto de María Roget" y "La carta robada". Es muy probable que ni el mismo Poe se percatara de que con su personaje, Dupin, había establecido el arquetipo del investigador privado y, por consiguiente, del héroe mítico que mejor reflejaría a la cultura occidental de los tiempos modernos.

Dupin es un individuo dotado de cualidades excepcionales, un intelecto superior cuya capacidad de observación y deducción le permiten descifrar enigmas insolubles para el común de las personas. La principal arma de Dupin es su mente analítica a la cual añade una poderosa imaginación y una amplia cultura; se trata, en suma, de una inteligencia cultivada.

Si Poe fue el iniciador del género, el famoso escritor británico Arthur Conan Doyle, creador del aún más famoso Sherlock Holmes, tiene el mérito de haberlo consolidado. El método deductivo que tanta popularidad confirió a Holmes, es el mismo que aplica Dupin en sus investigaciones, lo cual no constituye evidentemente una coincidencia y sí una imitación que, por cierto, supera al original.

A partir del enorme éxito obtenido por Conan Doyle, mediante los relatos protagonizados por su fascinante personaje Sherlock Holmes, surgirían una gran cantidad de imitadores, algunos francamente mediocres, pero otros capaces de hacer valiosas aportaciones al incipiente género, que de esta manera acabó por imponerse como una de las temáticas fundamentales de la literatura moderna.³

Entre aquellos autores que no se limitaron a seguir la pauta trazada

2 En Alonso de Santillana, *Siete artistas del crimen*. Ed. Arión, México, 1980, p. 6.

3 Cfr. Fereydoun Hoveyda, *Historia de la novela policíaca*, Alianza Editorial, col. El libro de bolsillo, núm. 69, Madrid, 1967, p. 103.

por Conan Doyle y enriquecieron considerablemente la narrativa policiaca pueden mencionarse los siguientes:

Gilbert K. Chesterton, el notable polígrafo británico, quien justamente apreciado como uno de los mejores escritores de lengua inglesa no incurrió en el grave error de desdeñar el género policiaco, incurriendo en el mismo con su habitual ingenio y refinado sentido del humor. En efecto, a él se debe la creación de otro formidable detective: el padre Brown, nada menos que un sacerdote capaz no sólo de resolver intrincados crímenes sino, asimismo, de salvar las almas de los delinquentes.

Aunque de menor calidad literaria, no puede soslayarse a la fecunda escritora inglesa Agatha Christie, creadora de dos célebres investigadores, el inspector de policía Hércules Poirot, cuya técnica fundamental es la inspección ocular, junto con el interrogatorio y aún mejor, la conversación, y la señorita Marple, versión femenina del detective, quien tras su apariencia inofensiva de dama de sociedad, oculta un enorme poder analítico que le permite envolver con su conversación y astutas preguntas a todos los sospechosos.

En Estados Unidos aparece un estupendo innovador, Dashiell Hammett, quien antes de revelarse como un magnífico novelista, había desempeñado el oficio de detective privado para la Agencia Pinkerton. Así pues, su experiencia personal explica el mayor realismo de sus obras y la convincente caracterización de sus personajes, especialmente del investigador Sam Spade, protagonista de sus novelas. Éste ya no es el clásico detective cerebral que resuelve los casos sin ensuciarse las manos, por el contrario, se trata de un hombre rudo, violento, inmerso en el despiadado ambiente del hampa propio de las grandes ciudades. Por todo ello se le considera el precursor de la escuela americana, también llamada *serie negra*, de la novela policiaca.

Para evitar extenderme con una lista interminable de autores y personajes, sólo añadiré algunos de los más representativos, como el norteamericano Rex Stout, creador del detective Nero Wolfe; el francés George Simenon, que concibió al inspector Maigret; los también norteamericanos Lee y Danay, autores de las novelas protagonizadas por Ellery Queen; Earl Stanley Gardner, quien inventó al abogado penalista Perry Mason; y el holandés S.S. Van Dine, creador del personaje Philo Vance.

A partir de la década de los cincuenta, el género policiaco, que parecía extinguirse, sobrevive al adoptar diversos elementos de otras modalidades literarias, como el espionaje, el suspenso, la ciencia ficción e inclusive el erotismo —que combinará con desigual fortuna— para adaptarse a las nuevas circunstancias de la sociedad contemporánea.

Cabe señalar que este género ha encontrado una mayor difusión a

través del cine y sobre todo de las series televisivas, no siempre a la altura de los modelos inspiradores. Así por ejemplo, el caso más representativo lo constituye el agente 007 James Bond, mezcla de detective, espía, don Juan y tecnócrata capaz de realizar proezas sólo asequibles a un superhombre. Su creador, Ian Fleming, queda en realidad muy por debajo de los grandes autores policiacos y debe su popularidad a la adaptación de sus mediocres novelas para la pantalla cinematográfica.

Tendencias del género policiaco

Es importante señalar que, desde sus orígenes, la literatura policial ofrece algunas variantes que sin apartarla del tema central —la investigación de un delito, casi siempre un crimen—, le confieren características propias. En este sentido, podríamos hablar de cuatro tendencias dentro del género, de las cuales dos, por su mayor trascendencia, se han constituido en escuelas. A continuación, en forma breve, describimos cada una de ellas.⁴

Resulta paradójico que fuese un norteamericano, Edgar Allan Poe, quien iniciara la *escuela inglesa* del género policiaco, que Conan Doyle llevó a su máximo grado de perfección, con las características que pueden resumirse de la siguiente manera:

1. Planteamiento de un caso “indescifrable”, que será resuelto mediante un complicado procedimiento intelectual, similar en muchos aspectos a un juego de ajedrez.
2. El detective o investigador es una persona sumamente inteligente, culta, en ocasiones incluso un hombre de ciencia.
3. En la investigación se sigue el método científico: observación, análisis, deducción.
4. La investigación realizada para esclarecer el caso debe conducir a una doble respuesta: a) quién cometió el crimen, b) cómo se llevó a cabo (muchas veces esto último resulta más importante para el interés de la trama).
5. La violencia ha de presentarse en dosis muy reducidas, limitadas casi siempre al crimen que origina la investigación.
6. La solución del problema es proporcionada por el detective en las páginas finales del relato.

4 Alonso de Santillana, *op. cit.*, p. 8.

Los principales representantes de la *escuela inglesa* o *novela-problema*, como también se llama a esta tendencia, son los ya mencionados Poe, Conan Doyle, Chesterton, Agatha Christie, Simenon, Lee y Danay; creadores de los detectives Auguste Dupin, Sherlock Holmes, el padre Brown, Hércules Poirot, el inspector Maigret y Ellery Queen, respectivamente.

La segunda gran vertiente del género policial se conoce con el nombre de *escuela americana* o *serie negra*, habiéndose originado en los Estados Unidos durante la década de los treinta, cuando entró en vigor la célebre "ley seca", que con la prohibición de la venta de licores alentó la proliferación de gánsters y sus turbios y lucrativos negocios.

El padre de la *serie negra* es Dashiell Hammett, escritor norteamericano, que como ya se dijo fue detective a sueldo antes de dedicarse profesionalmente a la literatura. Hammett no gozó del aprecio de la crítica sino mucho tiempo después de haber conquistado fama y dinero con sus novelas, cuentos y guiones cinematográficos, lo cual no debe extrañar a nadie dado que la historia de la literatura es, en gran medida, la historia de los errores de la crítica, empeñada en confundir la seriedad con el aburrimiento.

Hammett impuso una nueva modalidad narrativa, más acorde con la realidad de su época y la idiosincrasia del pueblo estadounidense. Dejó la figura del investigador cerebral —a manera de Sherlock Holmes—, para remplazarla por la del detective rudo y práctico, que no vacila en golpear o en usar su revólver. Los héroes de Hammett están muy lejos de poseer un intelecto superior; por el contrario, se trata de sujetos mediocres e incultos, cuya profesión les obliga a proceder guiados más por el instinto que por la razón, inmersos hasta el cuello en las múltiples trampas de una sociedad corrupta y brutal. El agente de la Continental y Sam Spade (los dos personajes mejor logrados de este autor) constituyen la contraposición exacta a los investigadores de la escuela inglesa.

En términos generales, puede afirmarse que la serie negra implica una intención de crítica social sin perder por ello amenidad ni cualidad estética. He aquí sus rasgos distintivos:

1. El interés no gira alrededor de un crimen inexplicable, sino en torno a la violencia cotidiana.
2. Se abandonan los escenarios aristocráticos y sofisticados para adentrarse en la "jungla de asfalto", es decir, en la gran ciudad.
3. Violencia constante y progresiva.
4. Descripciones breves, impresionistas.
5. Diálogos ágiles, de ritmo cinematográfico.

Además de Hammett, es representante de la escuela americana Raymond Chandler, con su héroe Philip Marlowe, detective honrado a manera de un caballero errante, siempre en rebeldía frente a una sociedad corrupta, pero impotente ante ella. Las descripciones de Marlowe acerca de la sociedad californiana son formidables y propias de un sociólogo popular. Otro ejemplo de la serie negra es Mickey Spillane, creador del famoso detective Mike Hammer, popularizado por la televisión; de muy inferior calidad literaria.

Al margen de las particularidades estilísticas que diferencian la escuela inglesa de la americana, ambas comparten idéntica fascinación por el crimen, entendiéndose como tal cualquier clase de delito y no exclusivamente el asesinato.

La tercera variante de la novela policial, aunque menos importante que las anteriores, es aquella que sustituye al detective por el delincuente como protagonista de la obra. En efecto, no son pocos los escritores que han preferido otorgar al criminal el papel protagónico de sus narraciones; esta otra faceta del género fue iniciada en Francia por Maurice Leblanc, quien inventó al máximo rival de Sherlock Holmes: Arsenio Lupin, el "genio del disfraz", una vez tenor, otras chofer, otras más viajante de comercio marsellés... Una especie de Robin Hood trasplantado al siglo XIX. La principal característica de este singular personaje es su elegancia: Arsenio Lupin es el dandy ladrón de guante blanco y sombrero de copa, que sólo opera en los castillos y los salones aristocráticos, y que una noche dejó en la mansión del barón Schorman su tarjeta de visita con esta anotación: "Volveré cuando los muebles sean auténticos".⁵

Una versión posterior del "protagonista-delincuente", que también se dedica a hacer justicia por su propia mano, es la del famoso Raffles, creado por Ernest William Hornung, cuñado de Arthur Conan Doyle, quien retoma la fórmula de la pareja, haciendo acompañar a Raffles en sus fechorías por un leal e ingenuo ayudante, como el doctor Watson lo hacía con Sherlock Holmes. Otro ejemplo de novelas en esta línea son las del inglés Leslie Charteris, quien dio vida al sofisticado personaje Simón Templar, alias "el Santo", no el enmascarado luchador, sino el personaje caracterizado por el actor Roger Moore, también ampliamente difundido a través de la televisión, si bien en ésta aparece despojado de todo carácter criminal.

Finalmente, la cuarta tendencia del género policiaco sería la que combina el racionalismo de la escuela inglesa, con la violencia de la se-

5 José de la Colina, "Marius Jacob, el hombre que fue Arsenio Lupin". En *Comunidad-Conacyt*, enero-febrero, 1981, año VII, núm. 121-122, p. 91.

rie negra, más elementos de la ciencia ficción, el espionaje y el erotismo, como ya hemos señalado, y de la que es principal representante el británico Ian Fleming, creador de James Bond; corriente a la que se suman cientos de héroes y superhombres, cuyo éxito comercial no siempre es proporcional al talento de sus autores.

La ciencia y la novela policiaca

A primera vista, como señala César Sepúlveda,⁶ especialista en la materia, el género literario de las novelas policiacas no adeuda cosa alguna a la ciencia; nada se ve más apartado de la disciplina científica. La imaginación pura es lo que parece presidir el tema, en ocasiones desbordado, construyendo situaciones irreales, dibujando imágenes fantásticas, idealizando personajes, siempre aparentemente sin bases sólidas. Cuando no tropieza con lo sobrenatural, el lector de tales obras se encuentra con situaciones increíbles, panoramas artificiales, desconectados del mundo en que vivimos.

Sin embargo, y por lo que vamos a exponer aquí en forma somera, creemos que la ciencia y la tecnología han jugado, directa o indirectamente, un papel muy importante en lo que a este género literario se refiere; también a la inversa, que la novela policiaca ha influido en el desarrollo científico y tecnológico.

Que el arte de escribir novelas tiene que ver con la ciencia y la técnica, así como que la narrativa policiaca tiene conexión con la ciencia, lo demuestran muchos autores, distinguidos literatos, que a veces también han sido hombres de ciencia. Un ejemplo es el eminente novelista británico Sir Charles Snow, fallecido en 1980. Destacado científico, profesor de la Universidad de Cambridge, por una parte defendió con brillantez la necesidad de complementar las humanidades y las ciencias, en su polémica con Leavies (*Las dos culturas y la revolución científica*); por otra parte, escribió más de diez novelas formidables, siendo la última una historia policial, *Capa de barniz* (1979), donde emplea conocimientos científicos profundos de medicina forense para describir paso a paso, de manera cautivante, la autopsia de la víctima. No fue ciertamente demérito del Dr. Snow dedicar su talento a esta clase de literatura, que para muchos se antojaría barata e intrascendente, pero que sin embargo, además de divertir al lector, estimula su interés para empresas inte-

6 Cfr. César Sepúlveda, "El autor policial: un científico en potencia o malogrado". En *Comunidad-Conacyt*, enero-febrero, 1981, año VII, núm. 121-122, p. 72.

lectuales de otra índole. Tal vez para Snow este género constituía un divertimento entre sus complicadas tareas científicas.⁷

La compleja psicología del creador de historias de crímenes o del fabricante de novelas detectivescas tal vez tenga algo en común con la del genio científico. En esencia, el espíritu inventivo del escritor no parece diferir mucho del del investigador científico. Como quiera que sea, algunos de los relatos policiales se sustentan en elementos científicos, que facilitan la deducción y la solución del hecho delictuoso.

Los puntos de contacto entre la ciencia y la narración policial se encuentran desde los orígenes del género, es decir desde que Edgar Allan Poe escribe sus primeros relatos sobre crímenes. El atormentado autor norteamericano ofrece desde el comienzo de su carrera indicios de hombre de ciencia. En su famoso cuento "El doble asesinato de la calle Morgue", Poe emplea elementos científicos, si bien rudimentarios, y también cierto análisis científico para la solución del caso. Por supuesto, la ciencia aplicable a la solución de problemas policiales se encontraba en pañales en esa época (1841).

En el "El escarabajo de oro", escrito en 1843, Allan Poe pone a su personaje Legrand a resolver criptogramas, que le permiten descubrir un entierro de despojos humanos, y debajo de ellos un tesoro. La manifiesta habilidad de Poe en sus narraciones detectivescas sería imitada en lo sucesivo: mantenimiento del suspenso hasta el final, conduciendo al lector a través de un proceso científico o pseudocientífico. Su maestría en la urdimbre de hechos probables e improbables, mezclados con datos científicos y técnicos —así como su espíritu de incurable mitómano— se revela en todas sus obras. Lo más interesante de Poe, como observa alguno de sus biógrafos, es su capacidad para integrar el poder y la responsabilidad del hombre, criatura racional, con las facultades del ser instintivo e imaginativo. Es decir, otra vez, la reunificación de la ciencia con la imaginación, que tan brillantemente él pudo lograr.

Señalabamos páginas atrás, que sin los relatos de Poe, con su detective Auguste Dupin, probablemente no hubiera surgido el gran Sherlock Holmes. Pero también apuntamos que Conan Doyle, en lo que respecta al género policiaco, superó a su maestro. El escritor británico poseía amplios conocimientos científicos, era médico, y su personaje utiliza el análisis científico y la experimentación, cristalizando técnicas para dilucidar hechos delictuosos, especialmente los realizados por el malvado profesor James Moriarty, su implacable antagonista.

El propio Sherlock Holmes describe así el método que utiliza: "aquellas facultades de deducción y de síntesis lógica que han hecho mi provincia especial". Conan Doyle tomó el método de uno de sus profe-

7 *Ibid.*, p. 72.

sores en la Escuela de Medicina de Edimburgo, el doctor Joseph Bell, quien hacía diagnósticos con sólo observar las peculiaridades del vestuario y los modales del sujeto, llevando así la detección a una ciencia exacta. La deducción pues, era el método del incomparable detective, quien después de la observación de los pequeños detalles, lograba resultados sorprendentes.

Además de la evidente conexión entre la ciencia y la novela policial, puede verse al cultivador de este género, en cierta forma y en algunos casos, como un sociólogo, como un crítico de la sociedad y su tiempo. En las novelas de Conan Doyle, por ejemplo, los policías aparecen como seres desprovistos de imaginación, mediocres y hasta tontos. Los crímenes no se resuelven sino por el talento de su detective. Pero también Doyle es un moralista, pues las aventuras de Sherlock Holmes propenden a demostrar que la sociedad existente es buena y que sus leyes son excelentes, y que el delito es una aberración que debe extirparse.⁸

Además de buen médico, Conan Doyle puede ser considerado como un científico, con un genuino impulso de investigar y explorar. Su búsqueda de la verdad lo llevó al espiritualismo y al misticismo, y a realizar experimentos de telepatía; raro destino para un autor de historias de crímenes.

La relación de la ciencia con este género literario es más notoria aún en la versión moderna del relato policiaco, al que se añaden temas como el espionaje y la ciencia ficción, que emplean gran variedad de recursos científicos y tecnológicos como, por ejemplo, instrumentos letales refinados, equipos de detección, dispositivos de comunicación, mecanismos de transporte raudo, tóxicos singulares, sofisticados laboratorios, etc., que dan colorido y sustancia a las narraciones policiales.

Aunque menos conocido que Fleming, el que dio verdadero impulso a esta nueva versión literaria fue el también inglés Eric Ambler, quien produjo novelas de espías más creíbles y de mayor realismo, al explicar con sumo cuidado los detalles de la historia, especialmente los científicos. Ambler, como antes Conan Doyle, está dominado por un deseo de investigar y explicar, perfectamente comprensible dado que fue estudiante de ingeniería electrónica.

Aunque habría mucho más para decir, lo anterior pone de manifiesto la estrecha relación entre la ciencia y este género literario. También es importante señalar las aportaciones de la novela policiaca al desarrollo científico y a la tecnología.

Así como el extraordinario novelista francés Julio Verne se anticipó varias décadas a avances de la ciencia concibiendo un submarino atómi-

8 *Ibid.*, p. 75.

co, un viaje a la Luna y otros prodigios que mucho tiempo después la tecnología haría realidad, también los cultivadores del género policial se han adelantado muchos años a la aplicación de técnicas novedosas o inverosímiles a primera vista, que hoy en día son de uso cotidiano en los laboratorios de criminalística, tales como el análisis de sangre, el estudio de pelos, la balística y la dactiloscopia, por señalar sólo algunos ejemplos.

Volviendo a Sherlock Holmes, el prototipo del detective policiaco, en muchos episodios aparece como un excelente químico analista, como aquél donde nos recuerda a Arquímedes, cuando lleno de júbilo grita: "¡ya di con ello! ¡ya di con ello!", refiriéndose al descubrimiento que acababa de hacer de un reactivo precipitado por la hemoglobina. Esta acción corresponde al relato "Estudio en escarlata", publicado en 1882. Lejos se encuentran los estudios de Landsteiner sobre inmunología que le valieron el Premio Nobel de medicina en 1930. Exagerando, podríamos decir que a quien le hubiera correspondido el premio era a Sherlock Holmes.⁹

Siguiendo la línea de buscar puntos de conexión entre la novela policiaca y la ciencia, encontramos muchas referencias interesantes. El hecho de que Holmes llevara siempre consigo una lupa y sólo en contadas ocasiones revolver, revela claramente cómo en él prevalece el científico sobre el policía. La famosa lupa, con la cual se le ha caracterizado en infinidad de ilustraciones y películas, le servía para descubrir pequeños indicios cuyo posterior análisis contribuiría decisivamente al esclarecimiento de los hechos criminosos. Sobre todo, por cuanto se refiere a la impresión de huellas dactilares o dermatoglifos —como se llama en general a cualquier conjunto de líneas de la piel—, cuyo estudio sistemático sería llevado a cabo años después por el británico Francis Galton, también creador de la eugenesia.

Otra rama de la criminalística moderna que tiene antecedentes en las novelas "clásicas" del género policiaco es la balística, sobre todo en lo que se refiere al estudio de los daños producidos por el proyectil de un arma de fuego, que hoy constituye el objetivo de la balística de efectos. Varios de los famosos detectives novelescos se preocuparon en su momento por analizar estos fenómenos, midiendo distancias, suponiendo posiciones de víctima y victimario, etc. No nos atrevemos a afirmar que Lacassagne o Balthazard, iniciadores de esta disciplina, hayan basado sus primeras investigaciones en tales novelas, pero por cierto desde

9 Cfr. Rafael Fernández, "Elemental, mi querido Einstein". En *Comunidad-Conacyt*, enero-febrero, 1981, año VII, núm. 121-122, p. 94.

los orígenes de la literatura policial se advierte la importancia de examinar armas y proyectiles para el esclarecimiento de un crimen.¹⁰

En las primeras novelas policiales de la versión moderna del género —década de los treinta— ya se describen infinidad de equipos, aparatos y armas inverosímiles por su sofisticación. Sin embargo, al pasar de los años, muchos de esos extravagantes instrumentos se fueron convirtiendo en realidad gracias al acelerado desarrollo de la tecnología. Baste un solo ejemplo: en 1936, Eric Ambler, escritor inglés al que ya nos hemos referido, publica su novela *La oscura frontera*, en la cual describe con lujo de detalles la bomba atómica —aún no construida—, haciendo uso de su agudo poder de deducción, después de estudiar a fondo las investigaciones de Rutherford sobre el núcleo atómico.

Finalmente, sólo añadiré como otra aportación de la novela policial, el hecho indudable de que ha logrado “una lúcida reflexión sobre la realidad, una aproximación y una respuesta al problema de la violencia”, que seguramente es aprovechada por sociólogos, criminólogos, criminalistas y penalistas.

Termino con esta cita de Borges:

“¿Qué podríamos decir como apología del género policial? Hay una que es muy evidente y cierta: nuestra literatura tiende a lo caótico. Se tiende al verso libre porque es más fácil que el verso regular; la verdad es que es muy difícil. Se tiende a suprimir personajes, los argumentos, todo es muy vago. En esta época nuestra tan caótica, hay algo que, humildemente, ha mantenido las virtudes clásicas: el cuento policial. Ya que no se entiende un cuento policial sin principio, sin medio y sin fin... Yo diría, para defender la novela policial, que no necesita defensa; leída con cierto desdén ahora, está salvando el orden en una época de desorden. Esto es una prueba que debemos agradecerle y es meritorio.”¹¹

10 Cfr. Román Gubern y otros, *La novela criminal*, Tusquets, col. Cuadernos ínfimos, núm. 10, Barcelona, 1970, p. 216.

11 *Borges oral*, Bruquera, col. Libro amigo, núm. 734, Barcelona, 1980, p. 88.

Reseñas

Mijail Gorbachov, *Perestroika. Nuevas ideas para mi país y el mundo*, Diana, México, 1987, 300 pp., ISBN 968-13-1827-7.

Leer los textos de los estadistas, sobre todo de los que se encuentran en pleno ejercicio del poder, conlleva a adoptar al menos dos actitudes por parte de un lector crítico. Por un lado, uno se siente atraído por la presentación de los motivos en la toma de decisiones, por la argumentación en favor de su línea política, por el análisis de la realidad y por la anticipación deseada del futuro. Estos elementos pueden obtenerse de “primera mano”, directamente del artífice de determinada estrategia política, sin intermediación de los verdaderos o presuntos especialistas, sean periodistas o científicos sociales. Es incuestionable que en el último caso, entre el texto del estadista y el lector aparece un filtro de selección e interpretaciones de las ideas originales, filtro que lleva siempre un sello personal no desprovisto de omisiones o énfasis particulares. Las presentes notas no aspiran a tener otras características.

Pero, por otro lado, no hay que olvidar que el texto de un estadista sobre cuestiones candentes y de plena actualidad suele estar dictado por su afán —por cierto legítimo— de convencer a la opinión pública sobre lo acertado de su política, por despertar simpatías o, al menos, por romper el hielo de desconfianza de ciertos sectores. Se trata pues en el fondo de un alegato, concebido como tal desde el principio, más que de un discurso exclusivamente analítico, sopesado y anclado en los hechos, abierto a diferentes interpretaciones.

Obviamente, cada texto de un político (suponiendo que él sea realmente el autor, lo que no siempre sucede) se distingue por su temperamento, estilo y capacidad argumentativa, derivada de innumerables factores imposibles de clasificar en un espacio breve. Sin embargo, me parece inconfundible la característica en el texto de un político activo del propósito explícito o implícito de justificación, defensa y autoalabanza, en diferentes grados, de la política por la cual él se siente personalmente responsable. Esos rasgos lo diferencian de un historiador o un politólogo quienes deberían concentrarse en análisis, interpretaciones y explicaciones más objetivos.

De hecho, el libro de Gorbachov —como él mismo lo dice en el prefacio— fue escrito por invitación de editoriales norteamericanas para explicar el nuevo viraje político de la URSS. El autor presenta su texto de la siguiente manera: “Este libro no es un tratado científico o un panfleto de propaganda a pesar de que los puntos de vista, las opiniones,

conclusiones y aproximaciones analíticas que el lector encontrará están basadas naturalmente en valores determinados y premisas teóricas” (p. 7). Y más adelante precisa que su objetivo al escribir dicho texto consiste en expresar sus pensamientos y reflexiones sobre la *perestroika*: “Los problemas que enfrentamos, la graduación de cambios involucrados, y la complejidad, la responsabilidad e inestabilidad de nuestro tiempo”. Veremos en qué medida Gorbachov cumple con su cometido y cómo lo hace.

Al hablar de las causas y los motivos de lanzamiento del ambicioso programa de reestructuración del sistema vigente con modificaciones radicales en todas las esferas de la vida soviética, Gorbachov rechaza la tesis prevaleciente en Occidente según la cual todo esto obedecería al desastroso estado de la economía, a la desilusión del socialismo y a una crisis de los valores que sustentan la vida social. Pero al dar su propia explicación, no rehuye ofrecer un cuadro sombrío de la realidad instaurada en los últimos años, por lo cual presenta la actual *perestroika* como una necesidad cuya demora “podría haber llevado en el futuro cercano a una situación interna exasperante, la cual, para decirlo sin vueltas, se habría recargado con una muy severa crisis social, económica y política” (p. 23).

En mi opinión, no existen diferencias de fondo entre los estudiosos occidentales y el mismo secretario general del PCUS en cuanto al deterioro constante de la situación económica en la Unión Soviética a partir de la segunda mitad de los años setenta, en la llamada era brejneviana. Pero la explicación que ofrece el máximo dirigente soviético de dicha situación se detiene en la apariencia de los fenómenos negativos, sin indagar las causas profundas del problema; a saber, por qué ha ocurrido este estancamiento en los principales indicadores económicos. No me parece convincente su explicación al decir, “la riqueza de nuestro país, en términos de recursos naturales y mano de obra, nos ha echado a perder; incluso podría decirse que nos ha corrompido. Esa es, de hecho, la principal razón por la cual fue posible para nuestra economía desarrollarse extensamente durante décadas” (p. 18). Es acertado atribuir al desarrollo económico extensivo durante tanto tiempo los frenos estructurales para el crecimiento dinámico y con menores costos materiales y humanos. Pero se olvida o, mejor dicho, prefiere callar la responsabilidad política por tal estado de cosas, haciendo creer que el desarrollo económico extensivo fue el fruto natural del desenvolvimiento de las fuerzas productivas *per se* y no una medida política mantenida desde finales de los años veinte por la cúpula dirigente del partido y el Estado.

Motivos pragmáticos, como mejorar la condición económica, asegurar un alto crecimiento en las principales ramas industriales, agrícolas, culturales y de servicios, elevar el nivel de vida de la población, se

situían en el centro de las preocupaciones del secretario general del partido. Pero no se limitan exclusivamente a ellos, ya que abarcan también motivos de orden ideológico. En palabras de Gorbachov —altisonantes como pocas en el texto— esta razón ideológica está impulsada por “nuestra conciencia preocupada, por el indomable compromiso con los ideales que heredamos de la Revolución y como resultado de una búsqueda teórica que nos dio un mejor conocimiento de la sociedad y reforzó nuestra determinación de seguir adelante” (p. 25). En concreto, Gorbachov encuentra la fuente de inspiración en las obras de Lenin y sus ideales socialistas, de los cuales habla con términos cuasi-religiosos (cfr. p. 25). Cabe preguntarse en este contexto, ¿no fueron acaso las interminables referencias a Lenin y sus ideas una constante de los discursos de todos los dirigentes soviéticos, empezando por Stalin? No hay que olvidar que fue precisamente Stalin quien modificó la obra del dirigente bolchevique en un cuerpo cerrado de doctrina y que él mismo se erigió en su discípulo más fiel e intérprete más autorizado de su obra. La recurrencia a Lenin no es una medida táctica, calculada a calmar los celos de los guardianes de la ortodoxia, sino que proviene de un hecho obvio que Gorbachov no esconde en ningún momento, a saber: que a la cabeza del programa de la *perestroika* se sitúa el partido comunista y sólo a él le corresponde impulsar, dirigir y responsabilizarse por los resultados finales de la restructuración. Sería extraño que Gorbachov, máximo dirigente del partido y formado por él, pudiera concebir un programa radical de reformas estructurales del sistema de otra manera, pensando en excluir o relegar al partido.

Es pertinente en este contexto precisar que las referencias que hace Gorbachov a la obra e ideas de Lenin corresponden al último período de la vida del fundador de la URSS, a su desesperada lucha contra la burocratización del sistema y contra los abusos del poder centralizado y sofocante de las iniciativas individuales y sociales. Gorbachov reivindica las tesis de Lenin de 1921-1923 respecto a la necesidad de reintroducir los mecanismos económicos en la gestión y administración de las empresas en oposición al voluntarismo y la coerción política, militar y policiaca instaurada en la Rusia bolchevique inmediatamente después de la revolución de octubre de 1917. Gorbachov es muy explícito en este sentido remarcando: “las obras de Lenin en los últimos años de su vida concitaron una atención particular (...) sus doctrinas sobre la necesidad de tomar en cuenta los requerimientos de las leyes económicas objetivas, sobre el planteamiento y la contabilidad de costos, el uso inteligente de las relaciones dinero-mercancía y los incentivos materiales y morales” (pp. 25-26).

Es muy significativo que Gorbachov compare el actual programa de la *perestroika* con la NEP de 1921, una política audaz y controvertida en su momento, que se propuso poner fin al comunismo de guerra e ini-

ciar un vasto programa de reconstrucción económica con base en el estímulo al productor directo, la iniciativa de la gente y la implantación del cálculo económico de beneficios y costos en el sector estatal. Gracias a estas medidas, que en su tiempo fueron impugnadas por una gran parte de los dirigentes bolcheviques, el país logró restituir la red de intercambio entre las ciudades y el campo y recuperar en un lapso sorprendentemente breve los niveles de producción en los principales rubros económicos de antes de la primera guerra mundial. Gorbachov compara la *perestroika* con la NEP para enfatizar la extensión y la profundidad de los cambios que la URSS se aboca a realizar en lo inmediato, como sucedió con la NEP en los años veinte, pero no se trata de repetir aquella estrategia económica, como han vociferado algunos periodistas en el Occidente. La situación actual es radicalmente diferente de la de aquella época y resultaría prácticamente imposible regresar a estrategias políticas y económicas de entonces.

Del libro se desprende claramente qué objetivos persigue la *perestroika* en el plano de la economía, que “es y seguirá siendo nuestra preocupación principal”, según el propio Gorbachov. Se trata de un ambicioso programa; nada más y nada menos que de un cambio radical del sistema de funcionamiento económico, “una profunda reorganización estructural de la economía, reconstrucción de su base material, nuevas tecnologías, cambios en la política de inversión y altos niveles de excelencia en la dirección” (p. 28).

Tal reforma, que el secretario general del partido no omite calificar de “revolución” (p. 54), debe ponerse en marcha desde abajo, es decir, desde el nivel de las empresas, eslabón principal de la producción. A este propósito se adecúa la nueva ley sobre empresas productivas aprobada en junio de 1987 y aplicable desde el inicio de este año, que se propone restituir la autonomía fabril en todas las cuestiones operativas, desde el perfil de la producción, pasando por la facultad de manejar libremente los fondos financieros, hasta el derecho de comercializar por su cuenta los productos. Precisamente en las empresas se busca promover la iniciativa de los trabajadores, el sentido de la responsabilidad, el uso racional de los recursos humanos y materiales, en esencia: el dinamismo productivo. Dentro de esta óptica, las prerrogativas de los órganos centrales, de la planificación y de los ministerios por ramas, deberían estar drásticamente reducidas, pero sin llegar a abandonar el sacrosanto principio de la economía planificada. Hasta ahora no se ha elaborado ningún plan detallado de cómo deben funcionar las instancias centrales en su relación con las empresas productivas. Gorbachov lo admite al constatar: “Todavía hay mucho que decidir sobre la determinación de las funciones de los ministerios, la reorganización de la administración territorial y la reducción de personal” (p. 100).

En cambio, surgen dudas acerca de la realización cronológica del

programa de reestructuración económica. No me refiero a diferentes apreciaciones por parte de economistas soviéticos y occidentales (entre ellos hay algunos que profetizan su fracaso!), sino a la percepción contradictoria, tal como yo la veo, en el libro de Gorbachov. Cuando escribe, "tenemos un largo camino a recorrer antes de que la *perestroika* cobre impulso" (p. 71), el dirigente soviético da prueba de realismo frente a la magnitud del problema. Pero, por otro lado, la aseveración "el fin de esta reforma es asegurar —dentro de los dos o tres años próximos— la transición de un sistema de gestión excesivamente centralizado, dependiente de órdenes, a uno democrático, basado en la combinación de centralismo democrático y autogestión" (p. 35), peca de optimismo desbordante, sólo explicable por el deseo de lograr en poco tiempo la sustitución de un sistema creado a lo largo de sesenta años, incrustado en las mentes y costumbres de dos generaciones. En mi opinión, las palabras de Gorbachov sobre este punto son el típico ejemplo del *wishfull thinking*.

Confieso que me siento aún más embarazado al intentar entender el propósito de la democratización del sistema en su conjunto, que es el otro pilar de la *perestroika*, al lado de la reestructuración económica. Mi confusión concierne a la concepción que otorga Gorbachov a la democratización del sistema soviético. ¿La concibe como meta en sí, o más bien la entiende como un instrumento, al fin y al cabo, de la reforma económica? En este último caso, se trataría pues de concebirla como un vehículo necesario, en la mejor suposición, o como un anzuelo, en la peor versión, para despertar la adhesión de la gente al proyecto de reestructuración económica y así encontrar un mayor soporte social en la fase de su realización. Considero que este problema no es únicamente de matices y de susceptibilidades semiológicas, sino que toca la esencia del programa de la *perestroika*, a saber, la naturaleza de los cambios anunciados y, por consiguiente, del futuro del régimen soviético. Un lector atento encontrará fácilmente en el texto citas probatorias en uno u otro sentido y sólo sus simpatías o antipatías personales determinarán su adhesión, en consideración a cuál concepción considere como la más fidedigna y mejor sustentada. Por mi parte, creo que en última instancia decidirán los hechos concretos de democratización en la URSS para constatar en qué dirección confluyen los cambios iniciados en 1985.

Percibo otra gran contradicción interna en el texto, que me parece inocultable. Por un lado, Gorbachov repite muchas veces que todo el pueblo está apoyando al programa de reformas, que está decididamente convencido de los elementos positivos que traerá la *perestroika*. Para documentarlo, publica fragmentos de cartas de gente común y corriente con fervientes votos en su favor. Pero las mismas cartas relatan casos de obstrucción, sabotaje y frenos estructurales por parte de los aparatos del poder e influyentes personajes en la provincia en lo relacionado

con la implantación de los cambios. Gorbachov no es ingenuo para no darse cuenta de que su programa choca con los intereses acumulados, con los privilegios usurpados, con las prácticas de influyentismo e, incluso, de abierta corrupción. En honor a la verdad, hay que reconocer que Gorbachov anota todos esos fenómenos negativos, considerándolos como frenos y obstáculos serios al programa de cambio radical del sistema. Pero además, los relatos de los viajeros, de los periodistas acreditados en Moscú, los artículos de algunos diarios soviéticos informan que la *perestroika* encuentra una ola de desconfianza, de escepticismo y distanciamiento por parte de los sectores que deberían estar más interesados en su promoción: obreros, campesinos, intelectuales. Persiste el temor de que la reforma económica acarreará más esfuerzo, más trabajo por la misma remuneración. Gorbachov admitió en el discurso pronunciado a los redactores en jefe de los principales medios informativos que se había subestimado la inercia del comportamiento humano y la extensión de las prácticas corruptas (cfr. *Excelsior*, 14 y 15 de enero de 1988).

En otro orden de cosas, señalaré la nebulosidad que envuelve en este texto las relaciones de la URSS con los demás países del "socialismo real". Para cualquier interesado en esta problemática no queda clara la línea a seguir. Es de conocimiento público que las relaciones con los países que forman la llamada "comunidad socialista", tienen una importancia especial ya que pertenecen a su zona de influencia exclusiva. El secretario general se limita a repetir una fórmula hueca, desgastada por los acontecimientos contrarios: "Cada país es libre de decidir si está dispuesto a cooperar y en qué medida quiere participar en ello" (p. 197), dando a entender que realmente dichos países tienen una clara opción derivada de su plena soberanía estatal. Pero en el mismo capítulo esboza toda una serie de planes y modificaciones en el funcionamiento de las relaciones comerciales, tecnológicas, científicas y financieras en pos de una mayor integración económica y política. En este contexto critica severamente el papeleo y el burocratismo que se había apoderado del CAME (Comecón) para desbloquear los lazos de una estrecha cooperación interestatal.

Hay otros tópicos en el texto que invitan a una discusión más detallada y más matizada de la que postula Gorbachov. Así por ejemplo, la cuestión de la colectivización del campo, la segunda guerra mundial, el papel de Stalin; problemas históricos que despiertan muchas controversias y están aún muy lejos de quedar esclarecidos. La visión de dichos problemas en el texto contrasta por su afán de justificación y defensa con el discurso del mismo Gorbachov en ocasión del 70 aniversario de la revolución de octubre, cuando el secretario general adoptó un tono mucho más crítico e invitó a los historiadores a explorar esta época, así como anunció formar una comisión del partido para investigar respon-

sabilidades. No entro en debate sobre estas cuestiones por considerar que son aspectos colaterales del principal tema que es la *perestroika*. También omito comentar la parte del libro consagrada a las relaciones internacionales de la URSS con el resto del mundo, principalmente con los Estados Unidos, por conocerse esta problemática a través de la prensa diaria.

En conclusión, el libro de Gorbachov es un valioso testimonio de un hombre que atrae la atención mundial con su compromiso de impulsar un gigantesco programa de reestructuración del sistema soviético y por sus infatigables iniciativas en favor de la paz mundial, concebida como el bien supremo de la humanidad. Además, está escrito en un lenguaje franco y directo, inusual en los discursos de los dirigentes soviéticos. Desafortunadamente, la traducción al español dista mucho de ser fluida y precisa. Las citas esparcidas en la presente reseña darán idea de lo oblicuo que resultan muchos términos, sobre todo, los económicos. Me imagino que en algunos casos la mala traducción puede hasta dificultar la comprensión del texto; así por ejemplo: "planeamiento" en lugar de "planificación" o "planeación", "conducción" en lugar de "gestión", "formidable golpe" en lugar de "duro golpe", etc. Y, finalmente, no entiendo las razones de por qué el traductor se esconde bajo iniciales.

JAN PATULA

Coloquios y doctrina cristiana (Diálogos de 1524 dispuestos por Fray Bernardino de Sahagún), ed. facsimilar, introducción, paleografía, versión del náhuatl y notas de Miguel León-Portilla, Instituto de Investigaciones Históricas, Facsímiles de lingüística y filosofía nahuas, 4, Universidad Nacional Autónoma de México/Fundación de Investigaciones Sociales, A.C., México, 1986, 216 pp. (32 de facsímil), 1 ilustración a colores.

1. Hace ya más de treinta años (en 1956) fue publicado el importantísimo trabajo de don Miguel León-Portilla titulado *La filosofía náhuatl estudiada en sus fuentes*¹. A través de él se fue abriendo camino la atención a

1 1a. ed. Instituto Indigenista Interamericano, México, 1956, 6a. ed. UNAM, México 1983.

la presencia de un pensamiento profundo, en los lindes de la metafísica, en el México prehispánico. La edición, ese mismo año, de una nueva versión de la *Historia General de las Cosas de la Nueva España* de Fray Bernardino de Sahagún, presentada por el P. Ángel María Garibay² ayudó también a que se pusiera sobre la mesa de estudio la íntima colaboración del ilustre franciscano y los sabios indígenas, unos de ellos jóvenes preparados en el Colegio de la Santa Cruz de Tlatelolco, como Antonio Valeriano, Alonso Vegerano, Martín Jacobita o Andrés Leonardo y otros, "viejos pláticos", ancianos entendidos en las cuestiones del pasado prehispánico y versados en rituales y costumbres.

A la acuciosa y amorosa dedicación de Sahagún se debe la existencia de los *Coloquios* que ahora tenemos enfrente. La memoria de esa presentación confrontada entre la doctrina antigua de los indígenas y la "nueva" de los cristianos en 1524, se fijó gracias al trabajo de Fray Bernardino, y su versión pulida y decantada en limpio castellano y fino y clásico náhuatl es la que nos emocionó al entrar en contacto con aquellos capítulos VI y VII de los *Coloquios*, puestos como apéndices de *La Filosofía Náhuatl*: "Vosotros dijisteis que nosotros no conocíamos al Dueño del cerca y del junto, a aquél de quien son el cielo, la tierra. Habéis dicho que no son verdaderos dioses los nuestros. Nueva palabra es esta, la que habláis y por ella estamos perturbados, por ella estamos espantados. Porque nuestros progenitores, los que vinieron a ser, a vivir en la tierra, no hablaban así..." (p. 149).

2. El manuscrito del siglo XVI se conserva, aunque mutilado, en el archivo Vaticano. De él había dado noticia y una reproducción facsimilar parcial, el P. José María Pou y Martí en 1924.³ En 1949, en edición póstuma, se dio a la luz el texto completo introducido, anotado y con traducción al alemán del investigador Walter Lehmann.⁴

El texto que hoy presentamos, no obstante, es el mejor y más completo y, puede decirse, definitivo para el estudio y confrontación del contenido de los *Coloquios* y *doctrina cristiana*. Las notas (de tipo lingüístico en el texto náhuatl y auxiliares de la comprensión doctrinal en el castellano) son nítidas y rotundas y las introducciones tanto a la versión paleográfica como al estudio completo, muy iluminadoras. El castellano de los coloquios es armonioso y limpio y el texto náhuatl ha de ser fiel y pulcro.

2 Fray Bernardino de Sahagún, *Historia General de las Cosas de la Nueva España*, ed. Ángel Ma. Garibay, (Biblioteca Porrúa, 8-11) Porrúa, México, 1956, 4 vols. (2a. ed., 1969).

3 *El libro perdido de las pláticas o coloquios de los doce primeros misioneros de México*, en: *Miscelanea Francesco Ehrle III*, Biblioteca Vaticana, Roma, 1924, 281-333.

4 *Sterberde Götter und christliche Heilsbotschaft...*, Stuttgart, 1949.

Con este libro presentado por León-Portilla tenemos a la vista un manantial para el estudio de la confrontación entre el evangelio y la cultura en un momento especialmente dramático e importante. El humanismo delicado de los hijos de San Francisco provenientes del famoso convento de San Gabriel en Extremadura y el que no soplaran aún los vientos de la Contrarreforma y de Trento, llevaron a un acercamiento sincero y real a la cosmovisión "pagana" de los indígenas. La impresión tremenda, empero, de la idolatría y su identificación con el culto al demonio les urgió a un cambio de sentido en el culto y en la profunda religiosidad viva en los corazones mexicanos.

3. Los *Coloquios y doctrina cristiana* tienen elementos que merecen atención. Son, no sólo un diálogo, sino una presentación del cuerpo de la doctrina cristiana con relevancias culturales propias de la época y de la circunstancia, además, desde luego, de los puntos centrales sobre Dios, Jesucristo y la salvación.

El teólogo podrá percibir la insistencia en los poderes del mal, en el puesto de Lucifer y de San Miguel, en la actuación de los demonios y de su influencia en la conducta humana, desde Adán y Eva. En el culto a los dioses antiguos se oculta el culto al demonio y por ello es necesario dejarlo. La autoridad de la palabra divina, la Sagrada Escritura, es la que invita al Reino de Dios, realizado en la tierra en la Iglesia Católica y en el Papa que los ha enviado. Cito un texto de bella confección que expresa a un tiempo la gratitud y la necesidad de tomar un nuevo camino: "Nosotros somos doce. El que nos envió es el gran gobernante en las cosas divinas de la tierra, allá se encuentra en el corazón de la gran ciudad, la que se llama Roma. Y a nosotros nos hizo entrega, hemos traído su autoridad y también el libro divino. Allí está, allí se guarda, su reverenciado aliento, su palabra, del que es único, verdadero Dios, del que son los cielos, del que es la tierra, del Dador de vida, al que vosotros no habéis conocido.

Y no es otra cosa por la cual hemos venido, hemos sido enviados, sólo por compasión de vosotros, por la salvación vuestra. Nada de lo que es terrestre, quiere el gran gobernante en las cosas divinas, bien fueran jades, metales preciosos, o tal vez plumas de quetzal, o cualquier objeto valioso, sólo ya todo es vuestra salvación, lo que él quiere" (p. 107).

El desconcierto, la primera incomprensión, la apertura, la interiorización, están presentes. También el misterio del hombre de todos los tiempos y latitudes y el misterio del Verbo y de las "semillas del Verbo" sembradas por doquier. De todo ese conjunto podrá hacerse ponderación y juicio equilibrado y justo.

4. En los *Coloquios y doctrina cristiana* tenemos material de un momento todavía no suficientemente comprendido. El encuentro de entonces aún tiene vestigios en el hoy de México y la serena investigación y pro-

fundización sobre su sentido, es tarea necesaria de armonía y reconciliación. La lectura de los textos indígenas requiere una gran capacidad de comprensión de un espíritu aparentemente triste y nostálgico, pero en realidad, abierto a la esperanza y por tanto a la salvación: "Entre las razas de América, quizá la de Tenochtitlan y sus contornos es la que tiene mayor apariencia de melancolía... Pero esta tristeza, si analizamos con serena mirada los textos, no se detiene en la decepcionada amargura del escéptico, sino en la humana inquietud de todo hombre que tantea en el misterio sin comprenderlo. Y en el resumen final hallamos siempre la luz del sol que todo lo pervade: como es el *ipal nemoani*, autor de toda vida, es también de toda alegría fuente, pero esta alegría mana del trabajo duro y de la total oblación de la vida misma. Y este doble don ennoblece la tristeza".⁵

Ojalá la obra ahora dada a conocer al gran público por el Dr. León-Portilla estimule el acceso interdisciplinar a tan importante y esclarecedora fuente, a esa luz sobre un pasado que fue no final trágico de una raza, sino gestación dolorosa de un nuevo pueblo.

Miguel León-Portilla, *Los franciscanos vistos por el hombre náhuatl. Testimonios indígenas del siglo XVI*, (Instituto de Investigaciones Históricas. Serie de cultura náhuatl. Monografías, 21) Universidad Nacional Autónoma de México, México 1985, 94 pp., ilustrado.

1. Toda interpretación histórica, a fin de ser adecuada, habrá de ajustarse a una lectura directa de las fuentes. Éstas, enmarcadas en un contexto cultural determinado, iluminan el ámbito más íntimo de la historia: su contribución propia al acercamiento a la verdad, tan necesaria para la humanidad como el aliento vital.

El Dr. León Portilla tiene un puesto único en la historiografía mexicana por su aportación definitiva a la versión que los indígenas de la altiplanicie de México dieron de los hechos de la conquista y la primera evangelización en el siglo XVI.

5 Ángel Ma. Garibay, *Historia de la literatura náhuatl*, I, (Biblioteca Porrúa, 1) Porrúa, México (2), 1971, 206.

En el libro al que hacemos referencia, el punto que se aclara es la opinión que los indígenas se forjaron acerca de los franciscanos, principales agentes de la evangelización primera y portadores de una especial capacidad de diálogo y comprensión con el indígena.

Tiene en cuenta el autor tres estudios interpretativos, *La conquista espiritual de México* de Robert Ricard,⁶ todo un clásico, *El Reino milenario de los franciscanos en el Nuevo Mundo*⁷ y *Los aztecas bajo el dominio español 1519-1580*.⁸ Los dos primeros tienen una visión positiva del asunto, mientras que el tercero más bien pone frente al lector una versión modernizada de la "leyenda negra" española en América.

León-Portilla, con la lectura de las fuentes, llega al fondo del problema y da a conocer, con las palabras de los mismos textos originales, la opinión de los indígenas sobre los frailes, escueta, sencilla, diversificada y amplia.

La cuidadosa lectura de códices de diversa procedencia (México, Texcoco, Tlatelolco) y de los escritos de "anales" entre los que destaca el importantísimo de Chimalpaín, lleva a reconstruir, en primer lugar, la anotación de acontecimientos relacionados con la llegada, la predicación y la expansión de los religiosos.

Lugar especial adquiere el famosísimo texto de "los coloquios de los sabios y de los doce", donde se entabla un diálogo a nivel filosófico y teológico sobre encontradas cosmovisiones. De él León-Portilla ha presentado una edición reciente.⁹

La imagen que de algunos franciscanos en particular se habían formado los indígenas, se realza de forma peculiar con palabras de gran cercanía y cariño. Chimalpaín dice de Fray Alonso de Molina, "De él aprendieron nuestra lengua náhuatl y también de él así, ante nosotros, en lo tocante a lo nuestro, de los hombres de aquí, pudo después con verdad, con rectitud, con orden, escribir para nosotros su libro... fue gran maestro en San José, en San Francisco, tea grande, luz..." (p. 66). De Fray Bernardino de Sahagún expresa el *Memorial breve acerca de la fundación de Culhuacán* del mismo cronista Chimalpaín: "Escribiré, según lo que interrogó a los que eran ancianos en tiempos antiguos a los que conservaban los libros de pinturas, según lo tenían pintado en ellas, así allá en tiempos antiguos..." (p. 68).

2. No se ocultó a los indígenas la existencia de dificultades sobre to-

6 Ed. en español: Robert Ricard, *La conquista espiritual de México*, ed. Ángel María Garibay, FCE, México (2), 1985.

7 Ed. en español: John Leddy Phelan, *El reino milenario de los franciscanos en el Nuevo Mundo*, trad. Josefina Vázquez, UNAM, México, 1972.

8 Ed. en español: Charles Gibson, *Los aztecas bajo el dominio español 1519-1580*, trad. Julieta Campos, Siglo XXI, México, 1977.

9 Véase mi reseña a *Coloquios y doctrina cristiana*.

do entre las diversas órdenes religiosas y con los obispos. La opinión en favor de los franciscanos abundó. Baste conocer este ejemplo de una "Relación" de 1539 ante un posible cambio: "¿Ahora dejas de saber quiénes son los indios de la Nueva España? ¿Ahora ignoras nuestras necesidades? ¿Ahora tienes por entender cuán casada y conglutinada está la necesidad y voluntad de los indios con los frailes de San Francisco? ¿Por ventura conocemos otros padres, ni otras madres, ni otro abrigo, ni otro amparo después de Dios?" (p. 42).

Opinión negativa sostuvo Don Carlos Ometochzin, sometido a proceso inquisitorial en tiempo de Fray Juan de Zumárraga. Dijo: "Huyamos de los padres religiosos y hagamos lo que nuestros antepasados hicieron y no haya quien nos lo impida... ¿Quiénes son estos (frailes españoles) que nos deshacen y perturban y viven sobre nosotros y los tenemos a cuestas y nos sojuzgan?" (p. 40).

No obstante, la opinión favorable fue la dominante e interiorizada. Cita León-Portilla al final de su libro el hermoso canto "Pipilcuícatl" (canto de niños pequeños) donde se pinta de cuerpo entero, partiendo de Fray Pedro de Gante, a San Francisco y, a través suyo, a la palabra de Jesucristo:

"Libro de colores es tu corazón
tú padre Pedro, los que son tus cantos
que a Jesucristo entonamos
tú los haces llegar a San Francisco,
el que vino a vivir en la tierra.
Así en verdad él es mi ejemplo,
alegraos, que se entreteja nuestra dicha;
por nosotros hace merecimiento
quien lleva un collar de plumas, San Francisco" (p. 79).

"...libro de pinturas es el corazón de Fray Pedro, collar de plumas finas lleva San Francisco. Los vencidos enriquecieron su propia visión de las realidades de su tiempo con la presencia de los rostros y corazones que habían llegado, los *motolinianih*, pobres de verdad, pero dueños de gran sabiduría: Tu corazón es eso, un libro de pinturas..." (p. 79).

3. Importante lectura para la justa ponderación del diálogo doloroso pero fecundo, tenido a poco tiempo del "encuentro de dos mundos" es el libro al que hacemos mención aquí. Sobrio y melodioso el estilo del autor, impregnado de la cadencia de la Lengua del Anáhuac, más que exaltar o denigrar, presenta, de la rica veta de los textos del siglo XVI, los testimonios sobre un estilo de vida y de anuncio del evangelio que de tantas maneras dejó huella indeleble en el nacimiento de una raza nueva en México y en su línea futura.

Aportación decisiva y que requiere atención es la que nos ha brinda-

do en este libro. En él se descubre, desde luego, el choque cultural —el “trauma de la conquista” como lo llamó Don Ángel María Garibay— pero queda patente la calidad humanista, la comprensión de los valores presentes en el conjunto de la vida indígena integrados por los franciscanos partiendo de un dimensión de amoroso acercamiento y defensa de la dignidad humana. Los textos antiguos, puestos en fila por León-Portilla, hablan por sí mismos: “Quien se haya acercado a textos de la tradición prehispánica, en los que se describe cuál era la condición de los macehuales o gente del pueblo, podrá comprender por qué muchos indígenas, consumada la conquista, encontraron en los franciscanos, según su misma expresión, quienes los llevan a cuestras, como madre, como padre...” (p. 77).

MANUEL OLIMÓN

**México se transforma
unomásuno ha dado cuenta
del cambio**

unomásuno
director general: manuel becerra acosta

México, df., viernes 11 de septiembre de 1987 año X 3540

EU debe compartir riqueza y libertad: el Papa ante Reagan
Pide Romero Kolback investigar el uso de fondos por la especulación en la Bolsa
Por fluctuaciones en los CAP, bajó ayer 13 mil 485 puntos
Armando Salgado
Luis Acosta Rodríguez

unomásuno 10 años de ser y estar a la vanguardia del periodismo

unomásuno
para usted que sí lee

suscríbase
al 563-99-11 exts. 127, 221 y 222

América en 600 millones. La importación de productos del agr...

Dentro y fuera ha crecido la confianza en México: DLM

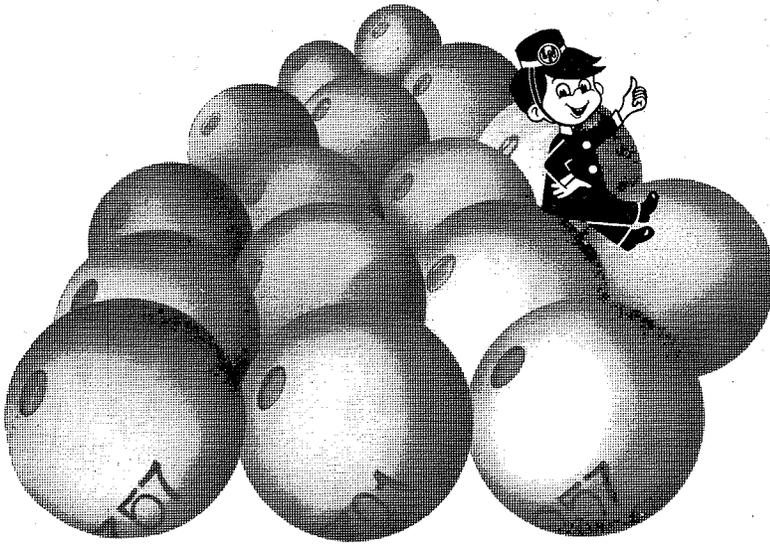
El CIG: la lejosa distribución del ingreso disminuye la palbra coexistencia
Demandan replantear la alianza campesino-Estado
Miguel A. Treviño y consuejo a Sábido con el presidente de UNAM

Riesgos y creta jes de Roberto Cardenas
Eduardo Contreras

trecientos pesos




*La Suerte es de Unos,
la Fortuna es de Todos*



**LOTERIA NACIONAL
PARA LA ASISTENCIA PUBLICA**

ediciones era

**CUADERNOS
POLITICOS**
51

**LA UNIÓN
SOVIÉTICA:**

BORÍS KAGARLITSKY
MAX HAYWARD
S. OKADA / L. ABALKIN
MIJAIL GORBÁCHOV

MARÍA DARAKI

**DEL PALACIO DE
INVIERNO A
LA PERESTROIKA**



FOUCAULT Y EL AMOR GRIEGO

EDICIONES ERA / AVENA 102 / 09810 MÉXICO, D. F. ☎ 581 77 44

■ GUADALAJARA ☎ 14 90 84 ■ MONTERREY ☎ 42.08 12

Vuelta

LIBROS

NOVEDADES

PRIMAVERA 1988

SEVERO SARDUY
Nueva inestabilidad

EDUARDO LIZALDE
Tabernarios y eróticos

DAVID BRADING
Profecía y mito
en la historia de México

OCTAVIO PAZ
Primeras letras

MILAN KUNDERA
El arte de la novela



Yo estoy con el BANCO INTERNACIONAL

**Porque nos apoya con asesorías y créditos
a los exportadores, en todo el país.**

 **Banco
Internacional**
La alta responsabilidad de ser útil

Suscríbese a

proceso

para suscribirse

Llene, recorte y envíe el cupón adjunto

Precio de suscripciones

Distrito Federal	• \$ 50.000.00 — seis meses	
e Interior de la República	• \$ 100.000.00 — un año	
E.E.U.U.	• 120.00 Dls. — un año	
Centro y Sudamérica	• 800.00 Dls. — un año	
Europa, África, Asia y Australia	• 400.00 Dls. — un año	

1) Teléfono: a. 559-78-928, 559-78-986
 2) Recorte el cupón adjunto, llénelo y envíelo en un sobre cerrado con un giro o cheque a nombre de:

*Comunicación e Información, S.A.
 Fresas 13.
 México 08210 D.F.*

Envíenme

proceso

Nueva Renovación meses _____

Adjunto Cheque No. _____ giro No. _____

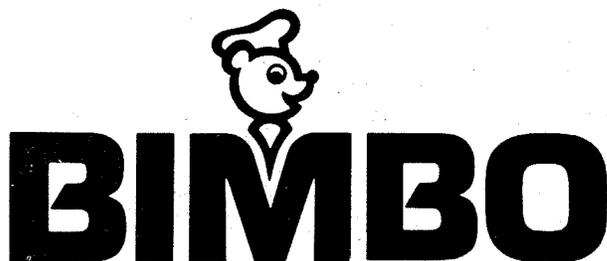
* Si utiliza giro postal, sírvase girarlo contra Administración de Correos No. 44.

Nombre _____
 (POR FAVOR USE LETRA DE MOLDE. Gracias)

Dirección _____

Entre las calles _____ Colonia _____

C.P. _____ Tel. _____ Ciudad _____ Estado _____



**Empresa 100% mexicana,
con más de 35 años
haciendo pan
para las familias mexicanas.**

©ITAM Derechos Reservados.

La reproducción total o parcial de este artículo se podrá hacer si el ITAM otorga la autorización previamente por escrito.

MORTERO



CEMENTO



CRUZ AZUL

Empresa 100% Mexicana

Fábricas:

CRUZ AZUL Hidalgo

Teléfono: 91 (773) 2-0114

CRUZ AZUL Lagunas, Oax.

Teléfono: 91 (972) 2-1004

Oficinas administrativas:

México, D.F.

Torres Adalid 517

Del Valle

03100 México, D.F.

Teléfono: 91 (5) 687-2030

CEMENTO



CRUZ AZUL

Estudios 12, primavera 1988.

La Jornada

La Jornada es la mejor opción periodística de México: abundante y variada información en el menor espacio; diversidad de secciones informativas sobre el país, el mundo, la economía, la capital, la cultura, los espectáculos y los deportes; los juicios más certeros y críticos en los artículos de sus colaboradores; actualidad gráfica en fotografías y caricaturas; la imagen moderna en un diseño nuevo y funcional. Cada semana, *La Jornada* entrega a sus lectores dos suplementos culturales: *La Jornada de los Libros*, que aparece los sábados, presenta información y crítica sobre el mundo editorial; *La Jornada Semanal* se edita los domingos con materiales de investigación y análisis sobre la cultura de México y el mundo; en ambas publicaciones hallará usted a los mejores escritores de nuestro país. Los sábados aparece también un suplemento dirigido al público infantil, *La Jornada Niños*, y el primer lunes de cada mes circula *Doble Jornada*, una publicación para las mujeres.

Conviértase en uno de nuestros lectores

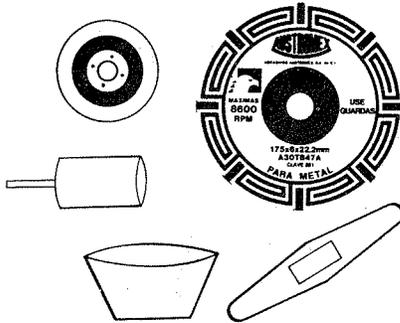


518-1764

La

Un diario a la medida de su tiempo

MAS DE 30 AÑOS SIRVIENDO A LA INDUSTRIA MEXICANA



AUSTRONEX[®]

ABRASIVOS

DISCOS CORTADORES
PUNTAS MONTADAS
DISCOS DE DESBASTE
RUEDAS ESMERILADORAS
LIMAS AFILADORAS
RUEDAS DE DIAMANTE

ABRASIVOS ESPECIALES S.A. DE C.V
BLVD. M. DE CERVANTES SAAVEDRA 432
TEL.: 557 19 66 11500 MEXICO, D.F.



- Publicación mensual
- 3000 suscriptores en todo el mundo
- Distribuida en las más prestigiadas librerías de México, América Latina y España
- Lo más importante y actual de la creación literaria y artística
- La investigación en ciencias sociales y filosofía
- Textos poco conocidos de clásicos modernos.

ORDEN DE SUSCRIPCION

Sres.: Sírvanse ustedes registrarme como suscriptor de **LA GACETA** por un año

Nombre _____

Domicilio _____

Colonia _____

Estado _____

Para lo cual adjunto giro postal o cheque por \$ 10,000 ó 20.00 Dis.
(Sírvanse llenar esta tarjeta y devolverla al Fondo de Cultura Económica)
Av. Universidad 975 Apartado Postal 44975 Deleg. Benito Juárez 03100
México, D. F.

ESTUDIOS

en librerías de la Ciudad de México:

Extemporáneos(San angel) Batik Abaco
 CIDE El Agora El Relox(San Angel) F.C.E
 Gandhi Hamburgo Interacadémica (Son.)
 Joaquín Porrúa José Martí Miguel Angel Porrúa
 Interacadémica El Parnaso Universo Zaplana
 (Insurgentes) Extemporáneos(Juárez) Fernando
 Porrúa Barba Roja Madero Polanco INBA
 Bibliorama ITAM Allende Gusano de Luz
 Casa del Libro(Satélite) Interacadémica(Copilco)
 Allende(Copilco) Fernando Porrúa Del Prado
 y en las 24 Librerías de Sanborn's.

CUPON DE SUSCRIPCION (Use letra de imprenta)

ADJUNTO CHEQUE A NOMBRE DE
ASOCIACION MEXICANA DE CULTURA A. C.
 POR LA CANTIDAD DE

SUSCRIPCION 4 NUMEROS		COSTO POR 1 EJEMPLAR ATRASADO								
<input type="checkbox"/> \$ 12,000.00 Distrito Federal <input type="checkbox"/> \$ 15,000.00 Interior de la República Mexicana <input type="checkbox"/> 30 Dls. USA Extranjero		<input type="checkbox"/> \$ 4,000.00 M.N. República Mexicana <input type="checkbox"/> 8 Dls. USA. Extranjero.								
<input type="checkbox"/> Suscripción nueva desde Núm. hasta Núm. <input type="checkbox"/> Renovación desde Núm. hasta Núm.	Números deseados									
	1	2	3	4	5	6	7	8	9	10

Nombre _____
Apellido Paterno Materno Nombre

Ocupación _____ Dirección _____

Colonia _____ Delegación _____ C.P. _____

Ciudad _____ Edo. _____ País _____

Teléfono _____ Matrícula ITAM No. _____

©ITAM Derechos Reservados.

La reproducción total o parcial de este artículo se podrá hacer si el ITAM otorga la autorización previamente por escrito.

ITAM